

Kobo Abe  
**HISTORIA DE LAS PULGAS  
QUE VIAJARON A LA LUNA**  
(Y OTROS CUENTOS DE FICCIÓN CIENTÍFICA)

Traducción de Ryukichi Terao  
Prólogo de Gregory Zambrano



Lectulandia

Con ingenio y sutileza Abe combina las exploraciones temáticas de la ficción científica y los recursos expresivos de la narrativa policial para generar situaciones tan absurdas como misteriosas. Empleados, suicidas, marcianos, lunáticos, dictadores y científicos, enfrentan un espectro de tensiones y problemas que muchas veces encuentran salidas tramposas que solo llevan al caos.

Parodia e ironía para revelar la lógica perversa de ciertos sistemas y las paradojas de una época signada por la guerra fría, la búsqueda de soluciones a cualquier precio o la búsqueda del confort en medio del congestionamiento.

Una oportunidad más para descubrir la magia narrativa de Kobo Abe y comprobar por qué el escritor alcanzó en vida su consagración como un autor clásico en la literatura japonesa del siglo xx.

**Lectulandia**

Kōbō Abe

# **Historia de las pulgas que viajaron a la Luna**

**(y otros cuentos de ficción científica)**

ePub r1.0  
Titivillus 9.7.15

Kōbō Abe, 2013  
Traducción: Ryukichi Terao  
Prólogo: Gregory Zambrano  
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*La ficción científica se asemeja al descubrimiento realizado por Cristóbal Colón en la medida en que conjuga la construcción de una hipótesis extremadamente racional con una pasión extremadamente irracional, manifestada en forma de ilusión.*

*La poética de la ficción científica, producida por el enfrentamiento entre la tensión intelectual y la tentación aventurera, no solo nos conduce a lo moderno sino también al espíritu original de la literatura.*

KOBO ABE, 1960

# PRÓLOGO

## Kobo Abe: poética de la ficción científica

### La tensión intelectual

La publicación en 1962 de *La mujer de la arena* (*Suna no onna*) reveló la presencia de Kobo Abe como un narrador de condiciones excepcionales. Tal vez esta novela, considerada por muchos de sus críticos y comentaristas como una obra maestra, generó un inusitado interés por la escritura previa del autor, que basaba sus ficciones en ambientes artificiales, desprovistos de esa condición “exótica” tan atractiva y misteriosa al mismo tiempo que enmarca a buena parte de la narrativa japonesa moderna. Si bien su incursión en la literatura se dio de la mano de la poesía, con su cuaderno *Poemas de un poeta desconocido* (*Mumei sishu*), 1947, muy pronto definió su camino como un narrador dispuesto a explorar nuevos rumbos en la novelística japonesa. Este derrotero comienza con *La pared o el crimen del señor Karuma* (*Kabe, S. Karumashi no hanzai*), 1951, novela con la cual recibió el premio Akutagawa y continúa sobre todo con *La cuarta edad interglaciar* (*Dai yon kan pyouki*), 1959, con la que iniciaría la aventura de elaborar hipótesis futuristas. No se trataba solo de comprender su pertenencia a una larga tradición, moldeada sobre un gran prestigio, sino de definir hasta qué punto esa forma tan aparentemente austera de sus narraciones se articulaba con la necesidad de expresar la esencia del ser humano, sus sueños, búsquedas y pesadillas, más que reproducir y reinventar los íconos de sus antecesores.

*La mujer de la arena* ganó el importante premio Yomiuri y dos años después fue llevada al cine, en una producción dirigida por Hiroshi Teshigahara. La película obtuvo el Premio Especial del Jurado del Festival de Cannes en 1964. A este éxito siguió su novela *El rostro ajeno* (*Tanin no kao*), 1964, que también fue llevada al cine, por el mismo director; ambas producciones contaron con la colaboración de Abe como coguionista. El crecimiento de sus lectores, más allá de las fronteras japonesas, estaba gestando la consagración internacional del escritor, sobre todo después de que comenzaron a traducirse al inglés y al francés. Igualmente, la temprana filiación del escritor a la ideología de izquierda había despertado el interés de editores y lectores del otro lado de la cortina de hierro, principalmente en las antiguas repúblicas soviéticas. Pero había algo más que fomentaba ese interés. Al no alinearse en la forma narrativa tan típicamente apegada al patrón sutil y exótico de autores como Kawabata, Tanizaki o Mishima, el énfasis de Abe estaba puesto más bien en la

búsqueda de un nuevo lenguaje que se adaptara a la sensibilidad del sujeto de posguerra, definiendo un nuevo estilo y asumiendo temas audaces: el absurdo, la identidad, la incomunicación, la soledad, la alienación, todos ellos comprendidos como formas de desarraigo que sufren los individuos en la vorágine de una sociedad fracasada y caótica. Esa exploración tan novedosa en el contexto cultural japonés llevó a Mishima a considerar en un momento que el autor más auténticamente moderno que había en Japón era Kobo Abe. Pronto surgieron las comparaciones y la necesidad de ubicar su obra en determinado panorama. Algo había en los personajes y sus conflictos que lo emparentaban con Kafka, Dostoievski o Beckett, y también con Melville, Carroll, Cervantes y Apollinaire. Alguna pulsión latía en sus anécdotas y en sus preocupaciones filosóficas que lo acercaban a ciertas corrientes en boga, como el existencialismo.

Kobo Abe nació en Tokio en marzo de 1924. Su nombre verdadero era Kimifusa Abe. Su infancia y adolescencia estuvieron marcadas por la injerencia de Japón en otros países. Pasó sus primeros años en Manchuria, región ubicada al noreste de China (hoy llamada Dongbei Pingyuan), ocupada por Japón en 1904 y anexada a su territorio en 1931, adonde su padre fue enviado a trabajar como profesor en el Colegio Médico Imperial. Creció rodeado de extensos desiertos que acaban a orillas del mar Amarillo, y allí despertó su interés por las matemáticas y sobre todo por el mundo de los insectos, que aparece referido en algunos de sus relatos y novelas. Retornó a Japón en 1941 y se radicó en Hokkaido hasta que le llegó la hora de proseguir sus estudios universitarios, en 1943. Eran los años más intensos de la guerra. Se matriculó en la Facultad de Medicina en la antigua Universidad Imperial de Tokio, de la que egresó como médico en 1948. Ese mismo año publicó su primera novela, *La señal de tráfico al final de la calle (Owarishi michi no shirubeni)*. Había seguido los pasos de su padre y continuaba ese patrón japonés de acuerdo con el cual una buena universidad puede garantizar un buen empleo para toda la vida. Pero carente de una verdadera vocación, según su propio testimonio, no fue un alumno muy destacado y sus maestros lo ayudaron a culminar la carrera bajo la firme promesa de que no ejercería la profesión de médico. La verdadera vocación era la escritura y a ella consagró todos los años siguientes. Su carrera como escritor creció de manera prodigiosa y pronto obtuvo importantes reconocimientos, además del ya mencionado premio Akutagawa en 1951 por *La pared o el crimen del señor Karuma*. También mereció el premio Yomiuri en 1962 por *La mujer de la arena* y en 1967 el premio Tanizaki por *Amigos (Tomodachi)*, los más altos reconocimientos a que aspiran los escritores en Japón. Su obra abarca novelas, cuentos, guiones radiofónicos, de cine y de televisión, así como obras de teatro. Entre sus títulos más destacados, además de las novelas mencionadas, están *El mapa en ruinas (Moetsukita chizu)*, 1967; *El hombre caja (Hako Otoko)*, 1973; *Reunión secreta (Mikkai)*, 1977; *El arca sakura (Hakobune Sakuramaru)*, 1984; *El cuaderno del canguro (Kangaru Noto)*, 1991, y una antología en inglés que reúne algunos de sus relatos breves,

titulada *Más allá de la curva* (*Beyond the Curve*), 1991. Cuando murió en Tokio de un ataque cardíaco, en enero de 1993, era un autor consagrado. La aceptación de su obra como novelista, dramaturgo y cuentista lo había convertido al final de su vida en uno de los escritores japoneses de mayor prestigio internacional y fue considerado como un fuerte candidato al Premio Nobel de Literatura.

## **La ciencia ficción y la ficción científica**

Ante el uso generalizado del concepto de “ciencia ficción”, Kobo Abe prefería utilizar la noción de “ficción científica” por cuanto sustentaba, de una manera más amplia, las posibilidades de incorporar elementos propios de la ciencia objetiva en el marco de sus lucubraciones e hipótesis. Por ello intenta alcanzar cierto grado de operatividad en el uso de la nomenclatura y de los conceptos científicos como elementos narrativos y, al mismo tiempo, parodia e ironiza aspectos derivados de los métodos de la ciencia. Así que no se trata de una búsqueda científicista, sino de emplear distintas estrategias para alterar ese mismo lenguaje y lograr que el procedimiento sea más bien la concreción lúdica de un universo virtual que muchas veces deviene juego retórico. En el fondo existe la convicción de que la ciencia y la tecnología en realidad no se hallan muy lejos de la fantasía. Y en la mayoría de los casos, el escritor busca como fin último subvertir el sentido unívoco del lenguaje científico, parodiándolo.

Así, la “ciencia ficción” obedece más bien a una especie de “pseudociencia”, que puede verse como una tendencia de la literatura de ficción, con la cual Abe tuvo diferencias y reparos. Más bien diríamos que sus juicios socavan las estructuras teóricas de esa tendencia, de la cual se ocupó en varios ensayos. A partir de sus reflexiones pudieron implícitamente reconocerse sus criterios de distanciamiento y más aún las líneas de su propia postura estética.

Kobo Abe pudo comprender la ciencia ficción, pero no la consideró como un género independiente que tuviera plenamente el control de sus propias reglas, más bien prefirió considerarla como una rama flexible derivada de la vanguardia.

En el ensayo “El auge de la ciencia ficción” (*SF no ryuko ni tsuite*), de 1962, señala: “La popularidad de la ciencia ficción se ha visto favorecida por la abrumadora avalancha de productos tecnológicos: lejos de reflejar un creciente espíritu científico, esta popularidad debe ser vista como el indicador de una confusión no científica. En los albores de un verdadero espíritu científico, pseudociencias como la ciencia ficción serán rápidamente ahogadas, al igual que el sol ahuyenta la niebla de la mañana”.

En otro ensayo, titulado “La ciencia ficción para mí” (*Bokuno SF kan*), de 1963, propone un nuevo nombre: “Yo personalmente prefiero denominar esta tendencia ‘literatura hipotética’, pero no me importa que la llamen ‘ciencia ficción’. A mi modo de ver, esta sirve de antídoto para la literatura japonesa, que se ha vuelto demasiado

naturalista a medida que ha obtenido cada vez mayor número de lectores”.

Y no solo como una mera justificación de sus filiaciones estéticas, en ese mismo ensayo menciona una lista de autores clave para comprender la orientación de sus lecturas y donde podría hallarse el origen de sus exploraciones temáticas: “*Historia verdadera* de Luciano de Samosata; *La historia del cortador de bambú*; *Viaje al Oeste* de Wu Cheng’en; ‘El licenciado vidriera’ de Cervantes; *Viajes de Gulliver* de Swift; *Frankenstein* de Mary Shelley; ‘La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall’ de Poe; *Moby Dick* de Melville; *Pinocho* de Collodi; *Alicia en el país de las maravillas* de Carroll; *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Stevenson; *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Verne; *El hombre invisible* de Wells; *R. U. R* y *La guerra de las salamandras* de Capek; *La desaparición de D’Honoré Sublac* de Apollinaire; *La reunión de té* de Rohan Koda; *El otro mundo* de Hyakken Uchida; *La noche del tren galaxia* y *La biografía de Guskobudori* de Kenji Miyazawa; *El arca de Noé* de Supervielle; *La estrella hermosa* de Yukio Mishima, más las obras en general de Mark Twain, Jun Ishikawa, Kiyoteru Hanada y Kobo Abe”.

Por último, en “Ciencia ficción: el innombrable” (*SF Kono nadzukegataki mono*), de 1966, vuelve sobre su cuestionamiento y concluye con una apreciación basada en un elemento que mira de manera crítica el desarrollo histórico de la literatura: “Con lo que yo sueño es con la rehabilitación del espíritu de la ciencia ficción en la literatura en general, la restauración del territorio de la literatura hipotética, que ha estado ocupado por el naturalismo”.

Cuando publica su novela *La cuarta edad interglaciar*, de proyección futurista acerca de las consecuencias de las guerras atómicas, Abe logra un punto de inflexión en la narrativa japonesa, por tratarse además de la primera novela —en sentido estricto— que trataba el tema, trasladándolo a una forma canónica y con un lenguaje ambicioso. Desde entonces la ciencia ficción ha logrado interesar abiertamente a un considerable número de lectores. Aunque este tipo de relatos no es muy frecuente en la literatura japonesa, es necesario destacar al escritor Shinichi Hoshi (1926-1997), considerado un maestro del cuento breve y autor de algunos relatos de ciencia ficción.

## **El mundo de la ficción como alteridad**

Las novelas de Kobo Abe muestran a un narrador dotado de una singular maestría para construir diálogos y presentar los asuntos más absurdos en medio de una atmósfera de total naturalidad. También logra cimentar un mundo alterno, artísticamente hablando, en medio de las disonancias de su tiempo. Así como enfrenta el problema de la pérdida y consecuente búsqueda de la identidad, propia de muchos autores japoneses de posguerra, también intenta proponer un espacio de reflexión en medio de elementos sórdidos, desesperanzados y disonantes,

característicos de una época que no tenía más certezas que la derrota. Pero no se queda allí. Tal vez producto de esa conciencia es el impulso que lo lleva a explorar un nuevo lenguaje, cuyos temas y formas expresivas serían orientados hacia los sentidos utópicos que afectan al sujeto de la modernidad. Estos temas tienen su más alto nivel de expresión en su narrativa breve.

Tal vez los interrogantes sobre el devenir marcan la psique de algunos de sus personajes, que procuran aventurarse fuera de su espacio-tiempo sórdido y desesperanzado. Quizás esa sea la fuente de su escepticismo —que algunos han interpretado como nihilismo—, que lo lleva a postular una poética de la ficción científica que no es más que la sumatoria de todas las aristas de su propia curiosidad ante los misterios del universo.

La exploración ficcional muestra su pasión por plantear problemas analíticos y su afición por aventurar hipótesis. De esta manera sus búsquedas temáticas y discursivas pasan por el ludismo, que se reviste de humor en sus más connotadas expresiones, esto es, la innovación que se desprende de su conciencia cultural y lingüística frente a su tradición.

La rebeldía —que marca el derrotero de su exploración hacia nuevos lenguajes— podría interpretarse como la necesidad de hallar respuestas ante las incertidumbres de su presente. La imaginación es el recurso que le permitirá modelar sus mundos alternos, sin que estos elementos evadan la condición de verosimilitud. Sin embargo, el universo ficcional de Kobo Abe, con toda su carga de hipotéticas lucubraciones, no deja que los personajes y sus conflictos se desprendan de manera absoluta de la condición humana.

Si consideramos que muchas de sus exploraciones temáticas van en el sentido de la llamada ficción científica, debemos resaltar que también aprovecha fórmulas y recursos expresivos de la narrativa negra o policial. Todo ello sin renunciar a los artificios retóricos que dan sentido existencial a sus personajes: el humor, la ironía, la paradoja y por supuesto la sátira, aun cuando no persiga necesariamente un fin correctivo. Si consideramos que el denominador común de sus ficciones se sustenta en el sentido lúdico del lenguaje, podremos comprender los artificios que organizan su poética, esos que hacen de los cuentos reunidos en este volumen breves obras maestras.

## **La tentación aventurera**

Nada más estremecedor y atractivo que la posibilidad de imaginar mundos donde lo insólito, lo absurdo y lo imprevisto se mueven en un mismo plano, causando un efecto de realidad disonante y caótica. En los relatos de Kobo Abe esa sensación se intensifica por su recurrencia, potenciada mediante fuertes dosis de humor. También el absurdo y lo grotesco se plantean dentro de una lógica verosímil. Estos temas son

desarrollados con absoluta naturalidad, considerando que el lector será espectador y partícipe de las acciones solo dentro de los límites de una lógica que desafía el sentido común, como ocurre en su cuento “El Grupo de Petición Anticanibalista y los tres caballeros” (*Los cuentos siniestros*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2011), que sumerge al lector en una atmósfera de pesadilla.

Como un efecto de las paradojas, en “El método”, se ironiza frente a la lógica burocratizada de los seguros contra accidentes. Considerar un valor monetario para resarcir la pérdida de una parte del cuerpo equivale a estimular en el protagonista el deseo irrefrenable de alcanzar un beneficio súbito. Pero mientras el personaje pretende resolver un problema económico sacrificando una parte de su cuerpo, realmente es presa de un vividor que se aprovecha de una situación fortuita. Quien no tiene nada que ganar es convencido de que estaría haciendo un buen negocio. Lo que pareciera ser la búsqueda de soluciones fáciles ante los problemas cotidianos, en realidad, limita la conciencia del riesgo y abre la posibilidad de perderlo todo, incluso la vida. La estrategia gira en torno al ocultamiento, es decir, borrar la intencionalidad del accidente para así dar cumplimiento a la condición de que este fuera “exterior, fulminante y fortuito”, lo cual permitiría cobrar la indemnización. El humor va implícito en la forma como se ironiza la búsqueda de soluciones a cualquier precio y la lógica perversa del sistema de seguros.

En estos relatos coexiste el mundo de los empleados, oficinistas, maleantes, marcianos, lunáticos y desocupados, que a la larga funcionan como pícaros o vividores. También se deja al descubierto un espectro de tensiones familiares, sumado a los problemas propios de la cotidianidad en ciudades altamente pobladas: congestionamientos, ruidos, máquinas, contaminación. Siempre bajo el sentido paradójico de la búsqueda del confort o de la mejoría de las condiciones de vida. Las salidas posibles que tienen los personajes se tornan a la vez trampas que los conducen por laberintos y túneles marcados por el caos y el absurdo.

El autor apela al recurso de la intertextualidad entre algunos de sus propios cuentos. La estrategia narrativa le permite hacer puentes entre las peripecias de sus personajes en diferentes circunstancias. Así como en “El método” el personaje es convencido por otro de que puede comprar un seguro de vida en la estación de trenes y luego simular un accidente para cobrarlo, así en “El valor de las orejas”, recurre al mismo motivo pero con un cambio de perspectiva. Es decir, produce en dos cuentos distintos un ejercicio de simultaneidad para mostrar el mismo mundo absurdo donde no solo el narrador sino el mismo escritor se autorrepresentan:

—¿Has leído algo del novelista Kobo Abe?

—Solo he oído el nombre.

—Un tipo que escribe puros cuentos raros, que te enseñan, por ejemplo, cómo hacer dinero mediante el compendio de leyes. Recuerdo haber leído un cuento suyo en que narra una anécdota de ganar dinero con esta misma

máquina. Seguro se me había grabado en el subconsciente.

Varios testimonios dan cuenta de la vocación científica de Kobo Abe, sobre todo de su propensión a las hipótesis y el rigor con el que procura la exactitud de sus datos. Es decir, aun cuando los parodia, no abandona los recursos de su propia formación profesional, a la que recurre en diversos momentos. Como conocedor de los tipos humanos presta su experiencia a uno de sus narradores, quien llega a hacer diagnósticos precisos:

Qué fastidio, habría de ser un tipo problemático, quizá algo esquizofrénico. Se veía pálido con los ojos desorbitados. El cuello demasiado estirado, los hombros caídos y los huesos demasiado salientes en todo el cuerpo. Típico Schizoids según la clasificación de Kretschmer. De haberlo sabido antes no lo hubiera atendido desde el inicio...

O también, hace gala de una de sus más destacadas aficiones: la entomología, que se puede considerar como un catalizador de las acciones en *La mujer de la arena*. En “Historia de las pulgas que viajaron a la Luna”, encontramos esta referencia:

Ya ven que no estoy al tanto del Congreso de Insectos Dañinos porque sea médico o porque fuera coleccionista de insectos en mi época escolar, sino por la simple casualidad de haberlo presenciado con mis propios ojos.

Pero en verdad esta vocación tendría más relación con su definitiva capacidad para la exploración de los mundos imaginarios. Así puede llevar a sus personajes a situaciones límite y procura mostrar las circunstancias por las que atraviesan los seres humanos, sometidos a leyes absurdas que condicionan su cotidianidad, es decir, su vida.

No obstante, algunas de las ficciones de Kobo Abe plantean la existencia de mundos futuristas, como el que se muestra en su relato “El huevo de plomo” (*Los cuentos siniestros*), ejercicio de imaginación donde mezcla ingredientes de la física, la matemática, la botánica y la biología para construir una historia de profunda raíz experimentalista.

El espacio y el tiempo se trastocan mientras se atreve a crear la vida de la ficción en una especie de “afuera” de la realidad, que sorprende por su ingenio, y que sin embargo permite también, de manera sorpresiva, el contraste con el “adentro” de la experiencia cotidiana y presente. Así genera en sus personajes la sensación de vivir una pesadilla. Este relato representa un ejercicio de imaginación revestido de una versátil conciencia lúdica.

Sin duda, la creación de estos instrumentos futuristas pasa por los objetos

mismos, tales como “la caja de hibernación”, construida como una “máquina de congelación para mantener animales o seres humanos en estado somnoliento contra el avance del envejecimiento”, o un “reproductor del pasado” que permitía “congelar a los profesores selectos para transmitir a la posteridad el patrimonio histórico y cultural de la raza”; asimismo el “aparato de traducción simultánea y multilingüe” o el “teléfono móvil inalámbrico”, que no existían para la época en que se escribieron estos cuentos.

Como hemos afirmado, la obra de Kobo Abe escapa de los moldes temáticos y estilísticos de la literatura japonesa tradicional. Su modernidad se entronca con diversas exploraciones de la literatura occidental del siglo xx. Si bien es cierto que con su humor, a veces amargo, cuestiona la pérdida de la fe en el presente, apunta también hacia diversas utopías futuristas.

Kobo Abe tal vez fue un escéptico frente a las consecuencias de la posguerra, y por esta razón hizo énfasis en el fenómeno del aislamiento, como ocurre en la más célebre de sus novelas, *La mujer de la arena*. O indaga el problema de la identidad, como en *El rostro ajeno*, o la alienación, como en *El hombre caja*. Todo pareciera sumarse para construir una gran metáfora acerca de la soledad del hombre, sin renunciar a la concordia que subyace en su reiterada idea del orden y la paz social. De manera no tan velada, también hay en sus ficciones una toma de posición política, oculta bajo las máscaras de alguno de sus narradores, como cuando se dice, por ejemplo:

Acertado o fallido, el juicio siempre es relativo, por lo cual uno no puede dejar de hacer lo que le parezca correcto; si no existe mutua comprensión en este punto, no funciona ninguna democracia. El exceso de críticas siempre nos conduce al nihilismo que anhela la aparición de un héroe carismático...

En sus relatos está el hombre urbano, decepcionado, triste y solitario, y por ello su mirada se deja ver a trasluz de la propuesta humorística y al mismo tiempo reflexiva. Sin embargo, no se podría decir que su narrativa se encuentra radicalmente de espaldas a su tradición, sino que asume su momento histórico de otra manera, tal vez de forma elíptica, y precisamente allí está representando ese presente suyo tan lleno de amargura y de incertidumbre.

### **Algo se mueve allá afuera**

En varias de las ficciones, relatos y novelas de Kobo Abe, aparecen seres que dicen ser de Marte y que en apariencia son iguales a los habitantes de la Tierra. El tema de los hombres venidos de otros mundos le apasiona. Y de ello trata su novela *Idéntico al ser humano* (*Ningen sokkuri*, 1967; edición en español: Barcelona, Candaya,

2010); también es el motivo de su relato “El misionero”, que juega con el principio de inferencia, a partir de la necesidad que tiene uno de los personajes de demostrar su procedencia extraterrestre y donde otro desmonta toda la argumentación del primero en procura de evidencias concretas. El incrédulo hace expresa mención de *La guerra de los mundos* (1898), la famosa obra de G. H. Wells, para concluir diciendo:

—Olvida ese viejo truco, que ya no estamos viviendo en la época de Wells. Marte es un planeta congelado, sin agua ni oxígeno, al igual que el desierto a la altura de veinte mil metros. A lo sumo habrá musgos o moho...

No es casual encontrarse con personajes que insisten en afirmar que son marcianos y que al no poder demostrarlo terminan en un manicomio; sin embargo, el narrador deja sembrada la semilla de la duda.

“Historia de las pulgas que viajaron a la Luna” podría leerse como una alegoría de los sucesos en boga durante la Guerra Fría y la carrera espacial. Comprendido como una fábula, el relato, en apariencia trivial, postula la condición efímera de la vida frente a los totalitarismos. Nuevamente la alianza entre el humor y el sentido lúdico construye un mundo ficcional logrado con gran belleza y extrema sutileza.

Para un lector avezado no será sorprendente encontrar —en los relatos reunidos en este volumen— un conjunto de mundos contruidos por el arte de la imaginación, que responden a un momento definitorio de la poética de la ficción científica. En ellos los animales hablan y hacen milagros (“El diablo”) o en el cuento bifronte “Total Scope / Cine perfecto”, un personaje se confiesa como un extraterrestre auténtico o hay alguien a quien quieren convencer de que existe una máquina que le permitirá proyectar una película no contra la superficie de una pantalla, sino en el interior de su propia imaginación, de tal manera que pueda vivir personalmente el drama del personaje cinematográfico.

Ante situaciones absolutamente extrañas, los relatos fluyen dentro de una aparente normalidad. El artificio narrativo construye ambientes creíbles, pero hay un punto en que las acciones se desbocan y toman caminos insospechados donde el espacio real, el tiempo o la acción misma adquieren una apariencia misteriosa o absurda, como ocurre en los relatos “La sogá” y “El cuarto de los niños”.

Pero es que estas ficciones tienen la doble virtud de perseguir el interés del lector y de, cuando este menos lo espera, impactarlo en la lógica de sus sentidos. Es allí donde el juego literario alcanza su máximo efecto lúdico. Estos relatos pueden ser leídos bajo las claves de la ciencia ficción o pueden ser desmontados con las herramientas que sirven como disparadores del relato policial. Todo ello siguiendo un principio aristotélico citado explícitamente en uno de los relatos: “la vida no es sino la experiencia”.

Estos relatos corresponden a la maestría de un autor que, como Abe, posee infinitos recursos para crear los diálogos y sostener la tensión dramática en los

razonamientos o argumentaciones de los personajes y, sobre todo, para construir una ilusión de naturalidad frente a situaciones insólitas, como en “La invención de R-62”. Demasiado consciente del efecto de intensidad que imprime a las acciones, Abe va revelando paulatinamente los elementos disonantes para dosificar el interés y tensar más el desenlace. El resultado tiene varias lecturas, pero todas pasan por crear un efecto de desasosiego o cuanto menos una sonrisa cómplice frente a la factibilidad de hechos tan insólitos como la metamorfosis que tiene lugar en “El palo”. El lector podrá descubrir en estos relatos la magia narrativa de Kobo Abe y comprobar por qué el escritor alcanzó en vida su consagración como un autor clásico en la literatura japonesa del siglo xx.

### **Criterios de esta selección**

El conjunto de relatos reunidos en este volumen obedece a uno de sus rasgos concomitantes: la ficción científica. Este es el eje desde el cual se irradian otros temas. Todos fueron extraídos de *Obras completas de Kobo Abe* (*Abe Kobo zenshu*, editorial Shincho, 1997-2000, 29 volúmenes). Cronológicamente el orden de los relatos es el siguiente: “La invención de R-62” (*R62gou no hatsumei*), 1953, vol. 3, 1997, pp. 409-433; “El palo” (*Bou*), 1955, vol. 5, 1997, pp. 183-188; “El dictador” (*Dokusaisha*), 1955, vol. 5, 1997, pp. 195-198; “El método” (*Shudan*), 1956, vol. 5, 1997, pp. 375-386; “El valor de las orejas” (*Mimi no kachi*), 1956, vol. 6, 1998, pp. 57-69; “El misionero” (*Shisha*), 1958, vol. 9, 1998, pp. 295-309; “Historia de las pulgas que viajaron a la Luna” (*Tsuki ni tonda nomi no hanashi*), 1959, vol. 11, 1998, pp. 225-235; “La sogá” (*Nawa*), 1960, vol. 12, 1998, pp. 239-253; “Total Scope / Cine perfecto” (*Total Scope*), 1960, vol. 11, 1998, pp. 477-492; “El diablo” (*Akuma*), 1963, vol. 17, 1999, pp. 251-254 y “El cuarto de los niños” (*Kodomo beya*), 1968, vol. 21, 1999, pp. 441-455.

Todos fueron traducidos directamente del japonés por Ryukichi Terao, académico de la Universidad Ferris de Yokohama, quien se ha dedicado a traducir al español autores fundamentales de la narrativa japonesa, como Yasunari Kawabata, Ryunosuke Akutagawa, Junichiro Tanizaki, Shinichi Hoshi, Yukio Mishima y Kenzaburo Oe. De Kobo Abe, Terao ha traducido también la novela *Idéntico al ser humano* (Candaya, 2010), *Los cuentos siniestros* (Eterna Cadencia, 2011), y *El hombre caja* (Siruela, 2012). Esta antología ha sido posible gracias a su dedicación y entusiasmo. Agradezco al profesor Terao la oportunidad que me ha brindado para acompañarlo a lo largo de esta travesía por las ficciones de Kobo Abe, persiguiendo en ellas las resonancias y los sentidos del idioma español. Igualmente expreso mi gratitud a la Fundación Japón por el patrocinio que me permitió permanecer en Tokio como becario del Programa de Estudios Japoneses (Japanese Studies Fellowship Program), durante el período 2008-2009.



## LA INVENCION DE R-62

Al caminar dispuesto a suicidarse, la ciudad le pareció dotada de una calma imprevista, como si fuera un objeto de cristal.

Un canal corría con su corriente turbia y blanquecina por las afueras del barrio S. El dique alcanzaba justo la altura que permitía apoyar los codos sin apremio. Anocheció de repente, cuando una lancha de motor atravesaba remolcando una balsa entre objetos flotantes, como calzados de madera, trozos de repollo y cabezas de gato.

Sobre el puente de hierro, recogió un cigarrillo americano que alguien ya había fumado hasta la mitad. Caminó a lo largo del canal, evitando toparse con los transeúntes, hasta llegar a un claro ubicado entre los almacenes, a semejanza de un ojo abierto y adormilado... Remolinos formados en la confluencia de los vientos correteaban bajo la luz del farol. Uno de ellos hizo cosquillas en los batientes de un almacén y le sacó una risa aguda, desencajando la puerta aceitosa. Para ensamblar de nuevo esa puerta tan jocosa haría falta la fuerza de tres obreros juntos.

Pronto llegaría a un sitio ideal para arrojarse. Ya le habían dicho que había suficiente profundidad, como la del mar, alrededor del punto donde un afluente desembocaba abruptamente en el canal. Encontró un aviso que decía: “Prohibido suicidarse”.

(¿Debería quitarme los zapatos?).

En la otra orilla se veía la luz parpadeante del faro para guiar a los aviones, instalado sobre una chimenea alta. Hacia abajo, de repente, de una compuerta salió con torpeza un chorro de vapor, levantando cenizas ardientes que permanecían en el aire durante un largo rato sin apagarse.

(... Parece que en general los suicidas se quitan los zapatos).

Pero no llegó a quitarse los zapatos porque alguien lo llamó desde atrás.

Era un estudiante que vestía un uniforme raído.

Él se alivió al ver que no se trataba ni del guardián de los almacenes ni del policía de turno. Accedió con presteza a la solicitud de entablar un diálogo, mientras el otro se disculpaba con sucesivas y humildes venias. Tras aclarar que solo hacía un trabajo temporal, el estudiante le preguntó por qué había decidido suicidarse. Él supuso que el estudiante realizaba alguna investigación psicológica.

—Por una nimiedad —se rio distraído—. Me dedicaba a diseñar máquinas, pero los inversionistas americanos me dejaron sin trabajo. Sé muy bien que no me sirve de nada morir, pero un técnico tan especializado como yo no tiene voluntad para seguir viviendo. Me cuesta más vivir que morir, ¿entiende?

El estudiante asintió con la cabeza, con tanta humildad que parecía despreciarse a

sí mismo. Iba a decir algo, pero titubeó cabizbajo sin abrir la boca. “Qué frío, el agua debe estar helada”, balbuceó él para recordar a su interlocutor la circunstancia en que se encontraban.

El estudiante alzó los ojos para escudriñarlo.

—Me da pena decírselo, pero... —al empezar se infundió ánimos con un susurro, para continuar de repente con más fluidez—, me atrevo. Es que mi trabajo consiste en conseguir los cadáveres de los suicidas y entregarlos a una agencia para cobrar cierta comisión. Oiga, ¿usted no quiere concederme su cadáver?...

—Qué disparate —dijo él, y estaba a punto de marcharse sin hacerle caso. El mundo, que antes le había parecido diáfano, empezó a mancharse de golpe. Deseó que el hombre, que le había recordado que aún vivía, fuese un escarabajo disfrazado con un uniforme escolar y que, pisoteado, se reventara echando fuera sus entrañas blancas.

—¡Perdóneme! —insistió el estudiante, abordándolo con un poder inesperado, que no era tan solo su fuerza muscular, sino su habilidad para torcerle paulatinamente el brazo y llevarlo agarrado hasta dominarlo—. Claro —ya hablaba con vehemencia—, un trabajo tan extraño no era razón para preocuparse, pero no estoy en condiciones de escoger empleos, me tengo que conformar con lo que salga...

Se le dislocaría el hombro si se resistiera. No es verdad que la decisión de suicidio aligere el dolor físico; al contrario, lo multiplica con la humillación de saber que se ha resquebrajado la confianza.

—Haz lo que quieras, pero después de mi muerte.

—No me está entendiendo. No me refiero al cadáver propiamente dicho, sino al cadáver vivo. Solo necesito que se haga el muerto. Disculpe, a mí también me pareció un trabajo diabólico al comienzo, pero le juro, pese a que ignoro los detalles en mi calidad de empleado temporal, que la agencia garantiza un mínimo de comodidades. Además, le conseguirán un empleo decente, relacionado con el suyo, ya que le preguntan por su profesión en el momento de firmar el contrato. Ahora estoy un tanto aliviado porque ya sé que los cadáveres no serán utilizados como material de experimentos bioquímicos. Mire, ¿no cree que en realidad somos esclavos del sentido común, que marca una diferencia contundente entre vivos y muertos?

De repente el estudiante lo empujó lanzando un chillido. Un ratón con pelos erizados pasó con indiferencia entre los pies de los dos hombres.

—Odio los ratones. —El estudiante perdió el control de sí al tratar de serenarse—. Perdóneme que le hable con tanta franqueza: se trata de un trabajo demasiado dificultoso. Últimamente muchos prefieren suicidarse con pastillas de Adorm, sin importar el lugar, y por lo tanto es difícil conseguir gente al borde del suicidio. Hay cierto porcentaje que se lanza al ferrocarril, pero estos tardan tanto en decidirse que casi no los soporto. Es relativamente fácil ubicar a los que se arrojan de los edificios, pero la agencia no los aprecia mucho porque siempre implican problemas sentimentales o familiares. Nuestra opción número uno son los desempleados. He

realizado investigaciones serias hasta descubrir este lugar. Ya llevo una semana a la espera...

La neblina que subía del canal se dispersaba disipándose entre los almacenes. Algo retumbaba. ¿Por qué reinaba tanta inquietud?

—Si accede, ahora mismo le puedo entregar mil yenes que aquí traigo a modo de anticipo. Pero si no, me los robaré para convertirme yo mismo en el próximo suicida.

—¿Cuánto cobras de comisión? —le preguntó no por compasión, sino por curiosidad.

La neblina seguía emanando del canal como si fueran almas en pena, impacientes por la espera.

—Dos mil yenes. Además, me pagarán mil de extra en su caso, porque, ahí también he acertado, les urge un ingeniero mecánico. Podré vivir tres semanas con lo que cobraré...

—No me compadezco de ti. —Sin querer pensó en voz alta.

—Disculpe. —El estudiante se apresuró a hurgar en su agenda y sacó un billete de mil yenes, doblado con meticulosidad, que parecía tener su propia vida.

Al recibirlo, él se hizo consciente de que solo sabía a medias lo que estaba en marcha en ese instante. Se sintió como si el billete de mil yenes lo hubiera contactado después de seguir desde el comienzo una cinta invisible.

—La agencia empieza a trabajar a las doce de la noche en punto... —El estudiante estaba embargado por el miedo de que el billete volviera a sus manos—. Antes, puede ir a comer algo caliente... Si no es una osadía, me gustaría pedirle que se cortara el cabello lo más que pudiera... hasta raparse si es posible. Sé que le estoy pidiendo algo extraño, pero es lo que exige el director, un tipo un tanto estafalario que, según dicen, fue un militar severo durante la Guerra...

Le resultaba sedante, quizá por su valor inquebrantable, la textura del billete de mil yenes, que, sin ser más que una hoja de papel, aseguraba la vida como un barco amarrado. ¿Acaso había venido al canal para abordar este barco? A lo mejor solo seguía la ruta normal, puesto que el objetivo del suicidio no consistía en la muerte, sino en la fuga...

Sin querer empezaron a caminar casi al mismo tiempo. Los pasó un coche de lujo sobre el puente.

—Qué bien huele la gasolina, me parece que nutre la realidad. —El estudiante se puso alegre.

“Soy hombre muerto”... Los dos apuraron el paso en silencio.

El estudiante se paró en seco cuando divisaron la ciudad.

—Le agradezco mucho. Aquí me despido de usted. Para cazar la segunda anguila volveré al mismo sitio y estaré al acecho hasta la medianoche. Gracias. Nos vemos en la oficina a las doce. Lleve esta tarjeta, por favor. Dice “R-62”, que es su número. En el revés está el mapa. A las doce, sin falta. Mi agencia solo trabaja de noche.

Era un edificio antiguo de tres plantas. El estudiante se encontraba a la espera en la entrada. Al llegar al fondo del pasillo entraron en una habitación sin ventanas, estaba iluminada por dos hileras de lámparas cuya luz intensa difuminaba las paredes recién pintadas, borrando la frontera entre la superficie y el aire. Se endurecía la atmósfera mezclada con la consistencia de las paredes.

Tacones demasiado altos, aretes de color ¿dorado?, gafas sin marco, faldas estrechas y cortas: una mujer, que a primera vista se suponía secretaria, le abrió la puerta. Sospechó que estaba ebria pero quizá solo fuera el efecto producido por su cutis descolorido y los párpados legañosos.

Detrás del escritorio, cubierto por una capa de cristal, se sentaba un hombre vigoroso con un bigote ralo. Sostenía entre los dedos una pipa larga y echaba una humareda lenta desde la mitad de los labios. Los ojos muy separados, con la gruesa columna del humo al medio, le daba una impresión de torpeza y malicia bestial a su rostro.

—El señor Kusai, nuestro contratista —dijo el estudiante al presentarlo, mientras entregaba la tarjeta.

—Bienvenido, señor R-62 —dijo con voz grave, lanzando una ojeada rápida a la cabeza rapada, sin mover ni en lo más mínimo el cuerpo—; así te llamaremos para no tener que conocer tu verdadera identidad... —Luego de sacudir la pluma, confirmó la profesión y la causa del suicidio...—. A ver, desempleado, ingeniero mecánico, qué cosa, no hay ningún ser más humano que un intelectual que se suicida a causa del desempleo, vea, señorita Hanai —llamó a la secretaria—, pásele una pluma y el formulario para que lo firme.

Le entregaron solo un papel en blanco. R-62, desconcertado, “¿Qué debo firmar?”, y Kusai, sin inmutarse, “No sé, así es el reglamento, servirá de prueba para verificar que has accedido a la entrega de tu cadáver, no conozco detalles, pues no soy más que contratista, pero podemos plantearlo de la siguiente manera: hay quien dice que la ley no admite la ignorancia; es decir, los seres humanos tenemos derecho y obligación de estar enterados; ahora, tú estás a punto de morir, lo cual significa que vas a estar fuera de la ley y que estás reclamando la ignorancia”.

¿Quién sería capaz de refutarlo en esta circunstancia? Firmó enseguida. “Ya estás hecho todo un muerto...”. Las piernas de Kusai, satisfechas, se desplegaron largamente debajo del escritorio, como si desearan estirar la costura del pantalón.

—Buen trabajo, que se repita... —dijo Kusai entregando el dinero al estudiante, que, tras hacer venias indistintas a Kusai y a Hanai, se despidió de R-62 diciendo “Que estés bien”. Cuando estaba a punto de salir, Kusai lo llamó desde atrás—: Oye, espera un segundo... ¿no quieres comprar mi libro nuevo, *La estadística sobre los suicidas en relación con los altibajos de la Bolsa?*, te lo recomiendo, es un libro muy útil.

Hanai se esmeraba en cuidarse las uñas frente a la máquina de escribir. Las

rodillas enlazadas relucían como si fuesen de hule. Kusai envolvió la pipa en un pañuelo... Transcurrió un tiempo ocioso...

—Mira, te llevo al siguiente trámite. —Kusai se levantó para apurar a R-62—. Es algo muy sencillo. Tómallo como una ceremonia para certificar la muerte...

“¿Y para qué?”, iba a decir R-62, pero se tragó las palabras. “Debo hacerme a la idea de ser un cadáver vivo, es el único valor que tengo”...

Aun así, la desazón salía a flote por más que tratara de hundirla, como si fuera una bola de caucho metida en el agua. Logró sellarla a duras penas, imaginándose a sí mismo convertido en un cadáver flotante.

Se atrevió a hacer una pregunta:

—¿Qué significa “R”?...

—Es solo —dijo Kusai— la primera letra de la palabra “robot”.

Al salir del edificio, se encaminaron hacia la puerta trasera. Kusai se adelantó con una linterna en la mano, conduciendo a R-62 por una escalera estrecha, forrada de neumáticos viejos para silenciar los pasos. De cuando en cuando se oían ruidos, producidos por pisadas de zapatos de goma desgastados. Al final de la escalera había un descanso que tenía la forma de un depósito de herramientas. Kusai llamó a una puerta pomposa, que contrastaba con las otras, ya deterioradas. El golpe no repercutió, anulado quizá por algún equipo insonorizador. Un silencio inquietante que pesaba en los oídos creaba un ambiente apropiado para cometer un homicidio. Kusai pateó impaciente la puerta y cuando dijo, entre insultos, “Esos tontos, que se niegan a colocar un timbre” se abrió la puerta de tal manera que pareció empujada por la pared. R-62 se sintió asfixiado ante el espesor de la enorme puerta.

Los recibió una mujer idéntica a Hanai. No, fue solo un error sensorial, producido por el color de los labios: era la misma Hanai, quien inclinaba hacia abajo su linterna para no enceguecerlos, sacando un brillo de hojalata laqueada a sus zapatos de tacones altos. “¿Se fue la luz?”, preguntó R-62 con un aplomo simulado, pero Kusai se retiró sin responderle; “No más”, dijo, “te lo encargo”. “Pasa”, dijo Hanai con voz nasalizada.

Un cuarto pequeño y desolado, sin ventanas, con apenas una silla polvorienta, colocada en un rincón. Hanai alzó la linterna para iluminar el cielo raso y, mientras graduaba la intensidad de luz a su antojo, se ufanó del aparato diciendo que era de último modelo. De arriba colgaba un cable desgajado. En los cuatro rincones se adherían telarañas acumuladas como trapos mojados.

“Espérame aquí”, dijo Hanai, tomando la postura de una grulla, mientras salía por la puerta del otro lado. Los tacones altos le apuraban los pasos. R-62 creyó detectar una sonrisa en el momento en que se volvió hacia él. De repente se sintió fortalecido al encontrarse a solas con una mujer joven en una habitación oscura; un ingeniero mecánico vale mucho, pero pronto recordó que era un cadáver vivo: “No debo estar tan relajado”... “R significa robot”, esa frase de Kusai lo acuciaba como la cola de

una serpiente escondida en un bosquecillo.

Además, qué habitación tan extraña. Probablemente estuviera en desuso y la había habilitado de improviso solo para él. Tentó el bolsillo en busca de fósforos a ver si encontraba alguna premonición. Solo quedaban dos cerillas. Una se apagó apenas la raspó, pero alcanzó a percibir pasos dispersos sobre el piso cubierto de polvo. Le costó mucho trabajo encender la segunda, estaba mojada, y buscó solventarlo frotando la punta entre los dedos, hasta que finalmente se partió.

Al mismo tiempo se abrió la puerta y la linterna le indicó que pasara. Solo habían transcurrido dos minutos. Le gustó la rapidez. No hay nada mejor que la sencillez en los negocios. Si visitan fábricas grandes verán que más de la mitad de las ventanas siempre están rotas.

Entró en un pasillo estrecho, escondido entre las paredes, donde cabía apenas una persona. Olía a paja seca ya podrida. Era la primera vez que sentía el olor a polvo con tanta nitidez... En cada lado se veían cabos sueltos de hormigón que parecían dedos levantados.

Lo condujeron a una sala vacía, muy alargada, otra vez sin ventanas. Dos focos descubiertos color naranja, una caja del tamaño de un ataúd forrada hasta la mitad con una tela blanca, junto a una lámpara elevada por un trípode alto. R-62 creyó que ahora sí iba a asistir a su propio funeral. A medida que se acostumbraba a la penumbra, se dio cuenta de que al otro lado de una mesa larga y rústica había un hombre sentado que lo escudriñaba en una postura extraña. “Es el señor director”, le susurró Hanai. Casi pegado a la pared se acucillaba otro hombre con la cabeza sostenida en una mano. Era Kusai. “Qué rodeos”, pensó R-62, “están montando una farsa”...

—Bienvenido —dijo el director con una voz tersa y afeminada, en un tono sumamente ceremonioso.

R-62 iba a pasar de largo, pero lo detuvo Hanai:

—Quédate aquí.

—¿Te decidiste? —Otra vez el director...

En lugar de asentir con docilidad, R-62 sospechó, al ver que la agencia no se encontraba en buen estado financiero, que confiar solamente en la capacidad de su interlocutor le traería consecuencias calamitosas, y dijo en un tono ambivalente para remarcar su duda:

—Estoy casi decidido...

Y el director, asombrado:

—Yo solo te pregunté a modo de rito, pero tú contestas con casi. Qué sorpresa. A decir verdad, el verbo “decidir” no existe para los muertos, que no tienen derecho a escoger, no te ilusiones.

R-62 le objetó:

—El suicidio es de libre albedrío...

Y el director se burló:

—Pero el desempleo no lo es.

“Qué tontería, libre albedrío...”, balbuceó el director mientras sacaba unos binoculares de la caja que tenía frente a él. Como por reacción, Hanai levantó la tela blanca del ataúd (¿sería un ataúd?) y reveló una extraña cama, equipada con aparatos en forma de escayolas. Volvió al lado de R-62 y, tirándolo por el brazo en diagonal a la espalda, le dijo en un tono consolador: “Adelante”. Como acto reflejo R-62 forcejeó para librarse; enseguida terminaron enlazados y fueron trastabillando hasta pegarse contra la pared. Nadie supo cómo, pero al instante un botón de la manga se enredó con un arete de Hanai, quien lanzó un chillido escalofriante y mordió desesperada la punta del dedo de R-62. Observando la escena a través de los binoculares, el director dijo con frialdad: “Imbéciles”.

—No resistas en vano —dijo Kusai en un tono cínico—. Ya firmaste el contrato, para qué tratar de tapan el pozo con el niño ahogado...

Le agarró los brazos y se los llevó a la espalda, luego lo levantó en vilo para depositarlo sobre la cama, como si estrangulara una gallina. Sin perder tiempo, Hanai esposó sus extremidades con argollas metálicas y acto seguido tiró de una manivela instalada al lado de la cama. Las argollas que oprimían las muñecas se abrieron en dos direcciones opuestas, mientras las de los pies se clavaron en los mismos sitios; R-62 se quedó inmóvil, crucificado horizontalmente sobre la cama. Como si fuera poco, salieron varios cinturones de cuero desde abajo para sujetarlo con más fuerza. R-62 empezó a gritar, “¿Qué hacen, ¡suéltense! ¡No dejaré de gritar hasta que me dejen en paz! ¡Seguiré gruñendo a todo pulmón hasta la eternidad!”.

Cuando un foco se prendió de repente con crudeza, como para borrar los gritos con golpes de luz, R-62 se cohibió ante la posibilidad de volverse invisible. Tras quitar los ojos de los binoculares, el director dijo:

—Qué hombre tan repugnante, pese a su apariencia de hombre serio y hambriento. ¿Por qué no dijiste al comienzo que no querías entregarte, si nadie te lo suplicó? Seguro has visto aquella habitación en la entrada, que llamamos “sala de reducción”. Está diseñada específicamente para atender a los arrepentidos imbéciles como tú. Con esta silla y el cable podemos satisfacer tu deseo sin dificultad alguna, es decir, devolverte al estado en que te habrías encontrado si no hubieses tenido la suerte de toparse con uno de nuestros empleados... Anda, decídete.

—Sé más obediente —dijo Hanai.

—Como quien dice, clavado al ataúd, recuperas la calma, ¿sabes? —dijo Kusai.

Y R-62 apretó los ojos con firmeza. Al mismo tiempo, cerró los ojos del alma, quizá por un ataque de somnolencia.

—Oye, no te muevas.

R-62 volvió en sí al oír una voz grave. Oprimido por fuertes ruidos y una luz intensa, no tenía libertad de movimientos. Sonidos producidos por remaches y tornos, luz de soldadura, olor a metal chamuscado... Se encontraría en alguna fábrica. Sentía

una satisfacción inexplicable, como si estuviera observando un paisaje soleado a través de un resquicio de la tapia... ¿Desempleo?... Fue tan solo una pesadilla... ¿Qué tenía que hacer? ¿Llevar la lista de subasta a la sección de equipamiento? Claro, tenía que hacer el plano de la cabeza de torreta para los tornos complejos automáticos antes del comité de técnicos de esta noche... ¿Desempleo?... Votaría por la célula en las elecciones para la directiva del sindicato...

—¡Cuidado!

Se produjo un ruido horrible, como si un bloque de acero abrasado cayera rodando a un tanque de aceite. Un ruido capaz de desgarrar una roca, que en efecto hacía que la ilusión se aferrara al momento presente.

—¡No te muevas, te estoy diciendo!

Con los gritos trató de huir del asesino que lo perseguía a manotazos, pero estaba inmóvil, como si fuera un insecto atrapado dentro de la resina de un árbol vetusto de hace quinientos millones de años. Abrió los ojos y vio que lo escrutaban dos hombres de bata blanca y una enfermera.

Ahora sí, estaba clavado a la cama. Lo que parecía fuego de soldadura, lo que parecía luz de foco, olor a metal chamuscado era en realidad... olor a sangre, sin duda... Las manos de los tres, sostenidas en los brazos doblados, brillaban con una humedad roja. Uno tenía una pinza y una espátula delgada de acero; otro, Kusai, un tenedor con punta retorcida; la enfermera, un recipiente de acero inoxidable que contenía algunos utensilios, todos dispuestos con una escrupulosidad extrema.

—No te muevas si no quieres ser cadáver muerto.

Era la voz del director. Lo veía a través de los binoculares, montado sobre el escritorio. Le pareció graciosa la actitud y de repente se le alivió la respiración.

El hombre bajo y gordo, de pinza y espátula, asintió con la cabeza y murmuró “Empecemos”. Las manos de los tres se estiraron al mismo tiempo hacia la cabeza de R-62. El gordo sería el comandante de esta maniobra. “¿Qué van a... hacer?”, iba a decir, pero se le quebró la voz en mitad de la frase, entre los labios resecos, y se conformó con preguntar moviendo los ojos. “Hemos terminado de taladrar y aserrar el cráneo, y ahora vamos a despegarlo”, contestó el hombre con voz joven y tensa. R-62 se estremeció ante el tamaño del suceso, y sintió su cuerpo reducido a la mitad. ¡Qué horror, sería preferible ser cadáver muerto! El canal habría sido un lecho mortuario mucho más cómodo.

Zumbaba un enjambre de moscas sobre sus tímpanos. Una voz dolorosa...

—Úntalo con parafina... Esponja, por favor... Anda... Sonda y bisturí... Estamos abriendo la membrana cerebral —dijo el hombre, haciendo un guiño.

—¿Qué van a hacer?

—¡Cállate, no te muevas! —gritó el director desde el escritorio—. Lastímallo un poco, doctor. Qué puerco tan necio.

—Efectivamente, qué puerco —coreó el doctor—. Con cualquier descuido se nos va, mira, ya tenemos el lóbulo frontal, está bastante alta la tensión cerebral, ¡pásame

el respirador! Espátula número 5... Tiene color de tofu podrido. Venas gruesas reptan entre los círculos como algas y transparentan la sangre de adentro. ¿No te parece extraño? ¿Eso eres tú o eres parte de eso?... Como ves, me ha salido una frase mucho más bonita que la de Hamlet, jaja... Anda, ¿cómo te sientes? ¿No ves el mundo torcido? Estamos volteando los hemisferios de tu cerebro con la espátula número 5. Aquí está la glándula pituitaria. Qué interesante...

—No hables escupiendo —lo amonestó el director.

—No hay problema, los órganos cerebrales tienen una resistencia misteriosamente fuerte, sabe, casi nunca se reportan casos de cerebros supurados, no se preocupe —continuó el doctor sin inmutarse, y R-62 se odió a sí mismo por no haberse enloquecido—. Ahora viene la etapa crucial, vida o muerte, por un pelo... ya, me ha salido bien, qué habilidad tengo, ¿ves que estás vivo? Qué gracioso, ya eres cadáver vivo, jaja. Siguen los tálamos... Vamos a pellizcarlo.

Tras una ira repentina, R-62 lanzó un gemido profundo y gritó como si fuese el viento anunciador del invierno que corre rasgando con sus uñas secas los cables extendidos sobre toda la ciudad... De repente se congeló el viento. Tuvo una sensación de tristeza como si lo envolviera un cristal de color hecho polvo...

—Jaja, ¿te asustaste? —se rio el doctor—. Pellizqué un poco los tálamos, como ves, se trata de un núcleo inferior, sin valor alguno, es mejor extirparlo para purificar la razón, al fin y al cabo el robot no es otra cosa que la razón pura.

—¡Perdóneme, no haga semejante barbaridad! —gritó R-62 en un tono lastimoso.

—Con otra operación pequeña, ahí va —dijo el hombre bajo—, ya no sientes nada, ¿verdad?

En efecto, el mundo se despejó por completo, como si lo hubieran despellejado con destreza para dejarlo solo frente al horizonte.

—¿Ya he perdido el sentimiento?...

—No exactamente, solo te has purificado. ¿No sientes alivio?...

—Me siento como si me cayeran encima gotas azules con una frecuencia regulada, vaya a saber de dónde...

—Qué poético te has puesto, jaja —se rio el hombre bajo—, pero ha sido un descubrimiento, ya tenemos la receta para producir poetas.

—Bueno, entremos a la etapa de procesamiento —dijo el doctor—. Exhalando, tira el respirador... Fórceps número 3... *Corpus calosum*... ¿Lo alcanza a ver, director?, es una especie de cable que comunica el hemisferio derecho con el izquierdo. Aquí atraviesan todos los conjuntos de la corteza. Este enganche convierte la diferencia de corriente eléctrica entre los dos hemisferios en voltaje activo. Recuerde bien el dato porque lo va a necesitar cuando haga un discurso. Aquí... ¡Esponja!... El corpus artificial, producido en la fábrica de California, propiedad de nuestra empresa... Tira, tira el respirador, 61 pulsos, tensión normal... Agarremos el corpus artificial con la pinza, este lado arriba, y bajémoslo despacio... Bien, ahora cortemos el *septum* y coloquemos una placa inductiva y la válvula electrónica B...

Lentes de polarización electrónica... El cable de platino, no es ese, sino el número 31, conéctalo y gíralo despacio...

A medida que la operación parecía complicarse cada vez más, las voces se fragmentaron en murmullos casi inaudibles y solo repercutían los tintineos de los utensilios, intensificando la densidad temporal. Al poco tiempo, alguien emitió un suspiro liviano, como un aleteo del primer pajarito del alba violeta, que marcó el final de la maniobra.

—Cinco minutos más —dijo el doctor con júbilo—, inserta el filtro en la cápsula interna... Conecta el cable de platina... Ya está... Mire, director, es lo más importante, el segundo enlace entre reacción y movimiento ya se ha independizado del resto, el discurso que dio el fin de semana pasado fue bastante torpe, lleno de errores... Retira el fórceps... Debería haberlo explicado de la siguiente manera: la conciencia humana, la memoria lingüística en primer lugar, se estabiliza al vincularse con conjuntos inferiores como la vista y los movimientos musculares para escribir; ahora que hemos acabado de romper los vínculos, podemos controlar, al menos de manera selectiva, la conciencia desde el exterior... ¡Aflójalo!... Lo que le falta sería solo citar unos clichés como: “No hay frontera entre genio y locura”; es decir, el genio consiste en la capacidad de olvido y división, y hemos llegado a poner esta teoría en práctica a nivel masivo...

El director lo interrumpió desalentado:

—Desde la próxima vez, tú te encargas del discurso, doctor, a mí no me interesan más que cuestiones filosóficas...

—Hombre, si la filosofía es una ciencia... Ahora, muévelo despacio por la frente... Se ha secado demasiado, unta un pedazo de gasa en líquido cerebral para mojarlo... Devuélvelo despacio... ok... Hay que suturar la membrana cerebral, oye, ¡falta el hilo!... Mide el cráneo, ¿qué número? S4/8L2, qué hacer, solo tenemos L3... Pero este cráneo artificial es sorprendente, según el cálculo, en un plato tan delgado cabe una emisora entera de antaño, qué maravilla, quién se habría imaginado hace cinco años a un hombre con el cerebro cubierto por la emisora a cambio del cráneo. Pronto llegará una época en que la gente se burle de quienes andan todavía con el cráneo de hueso... Perfora un punto para meter la antena... Cúbrela con piel... Jaja, qué bonito quedó, un hombre con cuernos cromados, como si su esposa lo hubiera traicionado mil veces... No te preocupes, la antena mide solo tres centímetros, cuando te crezca el cabello, la disimulas con el corte especial...

—Cómo no —dijo el director para seguir la corriente—, pronto llegará una época en que se burlen de los hombres salvajes con cortes planos de cabello...

—Tiene razón, mientras tanto utilizaré un sombrero —murmuró R-62 con una docilidad inusual.

El doctor empezó a lavarse las manos con el estrépito de un puerco corriendo en una cuneta. El director bajó del escritorio para desabrocharle los cinturones, aflojar la manivela y quitarle las argollas. “Gracias”. Al escuchar esta palabra, el director

frunció un poco la comisura de los labios, pero volvió enmudecido a su asiento. R-62 se sentó al borde de la cama con las manos enlazadas sobre las rodillas, sintiendo la cabeza pesada.

El asistente y la enfermera se retiraron con una carreta cargada de utensilios.

—¿Eran R-30 y R-42? —preguntó el director, y el doctor asintió—. ¿Cómo le ha ido al 42? —preguntó el director con una sonrisa inquisitiva.

Y el doctor:

—Muy bien. Los mejores robots siempre son femeninos, jaja, creo que sacan mayor provecho de las virtudes de las mujeres japonesas. Pronto tendremos a Fujiyama, niña robot que será una atracción turística. Se la presentaremos a M de la asociación de turismo, jaja.

—A ver —dijo el director al fijarse en los ojos de R-62—, ¿estás bien?, tienes los ojos afilados...

El doctor, todo orgulloso:

—Solo se trata de un choque. —Y dio un capirotao ligero a la antena—. Ves, ya estás bien.

—Vamos a hacer una prueba. —El director sacó por debajo de la cama una caja de cincuenta por cincuenta centímetros de lado, treinta de grosor, con agarraderas, y la colocó sobre el escritorio. El doctor conectó un cable al enchufe de la pared y se plantó con las manos juntas para observar por encima de los hombros del director. Levantó la tapa y realizó una serie de maniobras hasta que se encendió una luz verde que se reflejó sobre el rostro del director como un diablo con rasgos occidentales.

Había varios diales, tableros y manivelas. De repente sonó algo como una flautilla. Había sonado, pareciera, en la caja y en la cabeza de R-62 al mismo tiempo. Debía ser alguna señal. R-62 permaneció al acecho, con la respiración contenida ante la premonición de un suceso inevitable.

El doctor abrió unos secos ojos de observador y preguntó “¿Cómo te sientes?”... R-62 escrutó el paisaje invisible en su interior. Qué nostalgia tan dulce, el paisaje de la pintura se libra del marco para ponerse en movimiento...

—Estoy feliz, aunque me duele un poco la sutura...

—Mira, está lagrimeando —dijo el doctor con una sonrisa amarga—, le ha surtido efecto...

El director se sonó la nariz y le clavó el dedo medio en el centro de la frente, pero R-62 no sintió nada. Sería capaz de mantenerse sonriente aunque le cortaran los pies con una sierra.

El director giró de nuevo el dial y produjo otro silbatazo de flautilla. Acto seguido, R-62 cambió bruscamente de humor como pasando de una página a otra. De repente se inquietó y se puso de pie con una sensación molesta, como si algo se le hubiera olvidado. Al parecer, la máquina detectó el cambio, pues los dos asintieron con la cabeza, como si hubieran tenido un acuerdo previo. El doctor dijo en un tono burlón:

—¿Quieres cantar?

—... Claro, cómo no —R-62 se rio dando una palmada—, sí, se me antojaba cantar.

Con el orgullo inocente de un niño que acaba de debutar en el teatro escolar, R-62 empezó a cantar con el pecho erguido.

*Las nubes azules, atestadas de lágrimas  
Se esfumaron detrás de las montañas  
Al ser reprendidas por las nubes madres...*

Cantando se dio cuenta de que era una canción completamente desconocida. Pese a la ignorancia, la melodía y la letra le salían sin parar con espontaneidad. El director y el doctor soltaron una carcajada. Siguieron riéndose mientras duraba la canción. Parecía una risa forzada, un tanto cruel. Aun así, R-62 cantaba con una sinceridad inquebrantable.

—Ha sido un éxito, seguirá cantando hasta que apaguemos la máquina...

Durante una semana entera, R-62 fue encerrado en una pequeña habitación al norte, al fondo del pasillo oculto, aunque quizá no sea exacto utilizar el término “encerrado”. Con la puerta bloqueada no se sabía nada de lo que pasaba en el exterior, pero igual no le importaba saberlo. Al otro lado había una puerta disimulada, hecha con el espaldar de una silla, a través de la cual tenía plena libertad de salir y entrar. Sin embargo, jamás quiso ir más allá del baño. Parcialmente por falta de conocimiento del lugar, pero en realidad tan solo porque llevaba una vida autosuficiente como la de una planta.

Aunque en la habitación no había más que un sofá cama, una mesa y una foto en color del Monte Fuji, nunca se sintió aburrido. Había una ventana grande que le permitía apreciar el paisaje exterior. Pese a las manchas dejadas por la lluvia, alcanzaba a ver en el panorama una glorieta muy concurrida, cables eléctricos y techos de miles de casas. De noche la ciudad jamás se durmió antes que él.

Además, se sentía en compañía de interlocutores invisibles, aunque nunca hubiera nadie frente a él. Hanai le llevaba viandas tres veces al día y sostenía conversaciones esporádicas con él, pero quizá solo eran ilusiones suyas, pues apenas ella se iba ya no recordaba nada de lo que habían estado hablando. Y al mismo tiempo, sentía que la comprendía hasta en los últimos detalles. Un día estuvo seguro de que Hanai lo amaba; fue cuando ella, con los dedos sobre la cicatriz que habían dejado los aretes aquella vez, lo observó con los ojos entornados a través de sus párpados abotagados. Urgido por un impulso, R-62 se levantó con los brazos estirados y trató de abrazar a la mujer. De repente sonó la flautilla en su cabeza y alguien soltó una carcajada en su interior.

Hanai no se alteró en lo más mínimo, como si lo hubiera previsto todo. Frente a

R-62 petrificado, le dijo “Serenó”, sacudiendo la cabeza, “el otro día, un robot joven, conocido como R-58, trató de abordarme, como lo acabas de hacer, y murió al instante con la antena lastimada por golpearse contra el escritorio”... R-62 sintió miedo por primera vez.

No era cierto, había tenido miedo antes; fue el día en que vio el desfile de banderas rojas y pancartas que avanzaba ondulante debajo de las ventanas. Se impacientó, con la cabeza entre los brazos, al no acordarse de su propio nombre por más que se esforzara... Para colmo, nadie le pedía que cantara... Quizá esto duró solo un segundo. Sonó la flautilla y, cuando recobró la conciencia, sonreía con la mirada fija en el globo publicitario de una tienda de ropa. De paso, no se había sentido a gusto al tener la cabeza enrollada con la antena.

Pasó una semana sin mayores contratiempos. Era un día lluvioso, cubierto por la neblina. Durante la mañana, R-62 permaneció observando movimientos ciliares de las columnas de humo industrial a través del vidrio sobre el cual se resbalaban gotas de agua. No sabía si la ambigua sensación de nostalgia se originaba en esas figuras de animales primitivos que se formaban o en el mismo humo que se asociaba con la fábrica. R-62 no recuerda cómo pasó el resto del día. Escampó al atardecer y empezó a hacer calor.

A esas mismas horas, se inauguraba el primer congreso del Club Internacional R en el auditorio ubicado en el sótano del edificio. La iluminación instalada en el acuario de peces tropicales proyectaba pliegues misteriosos de luz trémula sobre el cielo raso, y sobre la mesa larga de cristal se afilaban cócteles en forma de mapamundi. El director acababa de empezar su discurso inaugural:

—... De modo que, con este R-62, nuestra producción robótica ha llegado al rango de industria y estamos celebrando ahora la fundación del Club R, a manera de presentación de nuestro último producto.

”Ahora, aunque parezca redundante, me gustaría resaltar de nuevo el significado histórico que tiene nuestro club. ¿Qué significa la letra R, que simboliza nuestro club y que reluce dorada sobre sus pechos?... R de robot, desde luego. Pero no solo eso, sino que tiene varios significados, complejos y profundos. Me permitiré citar solo algunos poquísimos ejemplos: R de raza humana, R de regla y reino, R de riqueza, R de resurrección y reacción, R de recolonización —aplausos—, R de recto... —Aplausos. El director titubeó un momento. Un mesero, que debía ser un robot a juzgar por su antena, entró con una bandeja rebosante de cócteles—. Todos los cócteles que ofrecemos hoy tienen nombres que comienzan con R; el que estamos repartiendo ahora se llama Robo, que tiene una acidez un tanto picante... —Se tapó la nariz con un pañuelo y continuó—: Luego, al fijarnos en las señales del robot, R de racionalización —aplausos—, R de rompehuelgas —aplausos estruendosos—, R de regularización —aplausos—, R de refractario... —‘Saben, ¡hay más!’, gritó alguien, ‘*rasetsu*, que en japonés significa *un hombre castrado*, jajaja’...—. Claro, hay muchos más. Por lo tanto, me gustaría hacer la siguiente propuesta: para agilizar las

actividades del club, vamos a organizarlo como un conjunto flexible de unidades con nombres que comienzan con R. Solo voy a dar unos cuantos ejemplos. —Hojeó con rapidez su agenda—: Club de Remilitarización, Club de Reporteros, Club de Ring para asegurar nuestro dominio sobre canchas deportivas y elecciones, Club de Recursos Naturales para empresarios, Club de Rastrillo, Club de Redesarrollo Industrial para explotar nuevos terrenos, Club de Religión para intelectuales, Club de Refugio para contrabandistas y exiliados... A ver, esperen un segundo... —Tomó otro cóctel que habían empezado a repartir—. Brindemos esta vez por el dios omnipotente que nos seleccionó a nosotros. Este se llama Rejuvenecimiento, que resulta de una mezcla especial de licor con esencia de wanda, planta extraña del Pacífico del Sur que produce hormonas. Adelante... —Y se tomó toda la copa de un solo trago, sin preocuparse por el desconcertado público—: Los miembros reunidos hoy, sean políticos, altos funcionarios, banqueros, agentes de grandes empresas, son gente seleccionada por el dios, que estará gobernando Japón en un futuro muy cercano. —Aplausos—. Si cada uno de ustedes alcanza, cada quien según su especialidad, liderazgo de uno o varios de los clubes R que acabo de presentar, ¡nuestro R se convertirá sin falta en el símbolo de nuestro dominio sobre Japón! —... Aplausos efusivos... ‘¡Una propuesta!’, gritó alguien, ‘¿no será posible incluir algo como Club de Romance?’. Era un hombre robusto con barba de foca, vestido con un kimono tradicional y adornado con una gran condecoración que colgaba de un lazo. Quién sería, los caballeros concurrentes se rieron al unísono con buen humor, sin un asomo de fastidio—. Preferiría que usted, señor —el director contestó con una sonrisa—, se hiciera cargo de organizar el Club de Regalía para los condecorados... Bueno, tampoco me parece mala idea organizar el Club de Romance. Yo mismo iba a proponer una idea semejante, pues no solo nos servirá de camuflaje para guardar el secreto del mundo exterior sino también de diversión para echar una cana al aire. Creo que es indispensable organizar algo de entretenimiento —aplausos— que bien podría ser R de relajamiento, R de revolcón, R de ruleta o R de rotarios, o incluso, Club de Rosa para pasar una noche con una dama... De hecho, la reunión de hoy también se convertirá, a partir del receso de media jornada, en el tan archisonante Club de Rosa... —Aplausos—. Sin embargo, señores, mientras tanto, ¡presten oídos a lo que digo con respecto a algunos asuntos de trascendencia nacional!

R-62 llevaba un buen rato observando impasible la puerta disimulada, con los oídos aguzados. La luz de neón del Hotel Florida, al otro lado de la calle, era una señal que anunciaba la llegada puntual de Hanai con la vianda... Pero, cosa extraña, ese día llegó con media hora de retraso, no Hanai sino Kusai, para colmo. Era la primera vez que lo veía desde el día de la operación.

—Hola, ¿cómo has estado? Oye, te queda bien la antena. Tienes cara como de jirafa —dijo Kusai, malhumorado desde el primer momento.

Y R-62 le preguntó sin ninguna intención:

—¿Dónde está Hanai?

Pero Kusai, con voz áspera:

—¿Para qué la quieres ver? Con razón, husmeaba algo desde antes, como quien dice, tímidos con holgura, tiempos de amargura...

Pero R-62 lo ignoró por completo, como si no hubiese oído nada y se concentró en la digestión.

—Oye, más vale diablo conocido que ángel desconocido, ¿por qué no me contestas nada? —Kusai lo amenazó, pero no había manera de sacarlo del mutismo. Al terminar de comer a sorbos, sonrió somnoliento—. ¡Puerco asqueroso! —Kusai se atusó el bigote y tanteó en busca de las llaves de las puertas condenadas, que tintinearón dentro del bolsillo—: En fin, ya para qué, dice el loro, si llegó el gavián, pronto te sacarán de aquí y nunca nos volveremos a ver. Aquí tienes el gorro para que salgas a la calle. Aunque es un producto demasiado lujoso que no combina bien con la ropa que tienes puesta... —Arrojó un gorro desgastado con cintillos caídos en el escritorio...—. Qué cosa, literalmente margaritas para el puerco muerto...

—¿Viene Hanai?...

—¡Hombre mal muerto! ¿Todavía te empeñas? Desde pequeño me inculcaron: paraguas para el corazón. Nunca había conocido un hombre tan descarado como tú. No me meto más contigo, porque, como dicen, sería matar la vaca por cuidar el cuerno y, también, pinchar el caballo muerto, pero vas a ver, no soy de los que se dejan arrancar los bellos de nariz por la mujer que se ha acostado con un cadáver...

En el sótano, el congreso acababa de aprobar por unanimidad el plan general del club en medio de estruendosos aplausos.

—Pasemos al siguiente asunto —dijo el director mientras levantaba del piso una caja verde brillante—; no hay nada mejor que comprobarlo con sus propios ojos. Antes de darles explicaciones detalladas, procederemos a presentar, según el acuerdo previo, nuestro nuevo robot, el número 62. Se trata de un producto completamente virgen que no ha salido de conserva desde su fabricación, pero lo traeré hasta aquí, sin ayuda de guía, mediante esta caja de control remoto que tengo en la mano.

R-62 no estaba muy seguro de haber visto marcharse a Kusai. A pesar de que la lluvia reanudada afuera mantenía la habitación en penumbra, permanecía a la espera de alguna novedad sin pensar siquiera en prender la luz. Un par de minutos, o quizá veinte, treinta minutos...

Orgullosa, el director giró un dial en medio de las miradas tensas y curiosas.

—Tranquilícense, señores, con los tragos de este otro cóctel denominado Resbaladizo que están repartiendo ahora...

Sonó la flautilla y R-62 oyó la voz de un misionero invisible. “Ponte la gorra y apúrate, anda”... Se oyó, vaya a saber de dónde, el ruido de un tecleo como si fuesen vidrios pulverizados. Solo la sala de trabajos extra estaba iluminada con un exceso perturbador. Al bajar la escalera se plantó frente al portal central. Encontró la bajada hacia el sótano al fondo del pasillo, que se extendía hacia la parte trasera. Cuando

pasó delante de la misma sala donde había firmado el contrato, percibió un aullido sollozante que no se sabía si era de hombre o de mujer. Emanaba un aire húmedo desde el sótano. Enseguida distinguió la placa metálica, recién hecha, que decía: “Club Internacional R”. “¡Adelante!”, le ordenó el misionero invisible, y R-62 empujó con solemnidad la ostentosa puerta, forrada de cuero con ribetes de latón.

Aplausos apasionados...

—Silencio, por favor. —El director contuvo al público con las manos alzadas—. Aceptaría con gusto los aplausos si fueran manifestaciones de cariño para mí, pero saben muy bien que todo esto no es más que una diversión insignificante. Aplaudan cuanto quieran después de que les haya explicado el verdadero significado de este nuevo robot... —Luego de recorrer con una mirada rápida a los miembros eminentes que oteaban enmudecidos—: No se preocupen, voy a ser muy breve... —La presencia de R-62 parecía irritar al director—. Para empezar, me referiré al significado histórico y social de nuestro robot. Como ustedes observan... —El director señaló a R-62 con la barbilla—: Qué te pasa, R-62, ¡quítate el gorro! —gritó con voz estridente, y emitió una serie de sonidos guturales, *u, u*, para serenar la respiración...—. En apariencia no hay nada singular salvo dos antenas con menos de tres centímetros de largo, pero en el interior está integrado un sistema extraordinario, *u*, y aunque quizá lo más natural sea aclarar ahora mismo su estructura y mecanismo lo omitiré para dejarlo en manos del doctor Henry Ishii, aquí presente... cirujano cerebral de reputación mundial y a la vez productor sobresaliente de robots, quien ha sido enviado directamente de nuestra sede central. Luego les brindará explicaciones más detalladas, de momento solo me permitiré hablar de las virtudes funcionales del robot, *u*... —Con la mirada detenida sobre los huesos de pollo, chupados y dejados en el plato—: Ahora, los invito a que reflexionen en torno a la historia de la labor. Es cierto que la tecnología ganó importancia a medida que la labor se desplazaba de los músculos humanos a la maquinaria, pero esta, al menos al comienzo de la época tecnológica, no fue más que algo auxiliar que complementaba el cuerpo humano, y la idea del robot como personificación de la maquinaria se concibió como un sueño de los mecánicos. Huelga decir que los robots incipientes no fueron más que muñecos que imitaban a los seres humanos. El desarrollo auténtico de la maquinaria automática comenzó cuando superaron esta confusión entre las formas y las funciones. La máquina hiladora fue el primer paso para vencer la necesidad de imitar. En adelante, cada parte del cuerpo humano creció con plena libertad mediante transformaciones radicales: los pies en coches, las manos en herramientas, los músculos en turbinas, los ojos, las orejas y las bocas en radios, televisores, cintas y radares, parte de los cerebros en computadoras, etc.

Desde luego, tenemos fundamentos para considerar estos quipos como un robot mamut. La maquinaria supera a los seres humanos no solo por su potencia mecánica sino también por su capacidad de pensar, seleccionar y memorizar. ¿Esto quiere decir que los seres humanos ya han perdido su razón de ser? No, en absoluto, porque no es

posible que algo exista sin seres humanos. Si es así, ¿qué papel deben jugar los seres humanos? El papel de esclavos obedientes de la maquinaria. Como bien lo demostró el rey automovilístico, Henry Ford, a través de su invento, es decir, la línea de producción, pues la tarea de hoy consiste en cómo modernizar a los seres humanos para ponerlos al corriente de la tecnología. En este sentido, es patética la situación actual en que algunos hombres incompetentes se agrupan con cada vez mayor solidaridad para sumergirse en la degeneración biológica, representada por movimientos obreros —aplausos esporádicos—. Los trabajadores son sangre de la maquinaria, los mecánicos sus hormonas y nosotros, la oligarquía, su corazón y alma. —Aplausos—. Por más noble que su alma se mantenga, la maquinaria no podría conservar su estado sano con la sangre contaminada, y la pérdida de su sanidad nos conduciría de inmediato a la crisis de la civilización. Señores, ¡estamos obligados a organizar una cruzada en contra de esta degeneración global!... En otras palabras, nuestra civilización sana se encuentra al borde del abismo debido al retraso mental de los seres humanos... Con fundamento en este gran planteamiento filosófico, no hemos regateado esfuerzos hasta llegar a producir nuestro segundo robot; es decir, hemos logrado extraer del ser humano una potencia mayor que la de cualquier ser humano. Fíjense bien, señores, en la actualidad, el ser humano es la materia más barata de todos los recursos naturales. —El director se puso de buen humor ante los murmullos de aprobación—. Lo cual significa que nuestro proyecto puede ser altamente rentable. —Aplausos—. Así que avancemos con valentía y sin recelos. —Aplausos estruendosos—. Según el plan premeditado, iremos sacando provecho de la sangre de la maquinaria y convertiremos a gran parte de los seres humanos en robots, pero de momento hemos perfeccionado a modo de promoción el robot mecánico, el R-62.

Inquieto, el director recorrió su alrededor con la mirada. Desde hacía poco se palpaba una atmósfera extraña que no era sino consecuencia de la borrachera general. En todo el auditorio la gente hablaba a su antojo de lo que le viniera en gana. Cuando alguien aplaudía sin razón alguna, reaccionaban algunos.

—Señores, ¡les tengo una propuesta para cerrar la sesión! —gritó el director y algunos soltaron una risa sonora, jajaja—. ¡Sí, les tengo una propuesta! Como el primer paso del proyecto para vincular directamente el robot con la producción, prestaremos a R-62 a una fábrica a punto de quebrar y le garantizaremos el financiamiento a condición de que lo deje trabajar con plena libertad... —Aplausos y risas; “¿Cuándo le toca al Club Rosa?”, murmuraban algunos, en fin, ya nadie prestaba oídos. El director, apresurado, sacó del bolsillo un papel redactado de antemano y, mientras despertaba a sacudidas al viejo presidente del Banco M para que tomara la pluma, le susurró al oído—: Mire, si está de acuerdo con lo que acabo de proponer, firme aquí inmediatamente, por favor...

—¿Firmar?...

—Enseguida pasaremos al Club Rosa...

—Qué bueno...

Al recoger el papel firmado, el director se levantó rápidamente, tras dejarle dicho al doctor Ishii: “El resto te lo encargo”. Mientras subía la escalera oscura a toda velocidad hasta la sala de teléfono, dijo para sus adentros: “¡Cucarachas mal muertas!”. Y mandó el siguiente telegrama al productor Takamizu:

APROBADO EL ASUNTO DEL ROBOT\_ HASTA MAÑANA A MEDIODÍA.

Al encontrarse con R-62, el presidente Takamizu se asombró a tal grado que se desplomó en el acto con las rodillas temblorosas. Condujo al director a un rincón y:

—Oiga, pero se trata del mismo hombre que despedí el año pasado cuando usted me preguntó por él.

La novedad tomó por sorpresa también al director, pero este, en lugar de bajar la voz como Takamizu, se alegró:

—Le conviene aún más, señor, ya que está acostumbrado al ambiente de la empresa. —Y se volvió hacia R-62—: Oye, ¿es cierto? ¿Te despidió el señor Takamizu?...

R-62 asintió sin apenarse. Sin embargo, Takamizu, todavía incrédulo:

—Es que ese hombre no servía de gran cosa, además su hermano es activista del sindicato...

—No tiene que bajar tanto la voz, señor —se rio el director—; con respecto a la labor, hemos realizado un análisis exhaustivo de ondas cerebrales para averiguar qué trabajos ha realizado y de qué habilidades ha dispuesto; se hacía cargo de tornos complejos automáticos, ¿verdad?...

—Sí, tiene razón...

—Tras invalidar todos esos antecedentes, hemos elaborado un sistema para sacar la máxima capacidad del cerebro limitado de los hombres torpes. Y lo hemos traducido en señales a fin de ajustarlo a sus ondas cerebrales, instalándole así un mecanismo perfecto de reflejos condicionados. Le aseguro que es un mecánico genial, a la perfección. Déjelo trabajar nomás y verá cuánto rinde. Por mi parte, seguiré enviándole órdenes desde la caja de control remoto desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde. Es decir, durante siete horas será un genio, pero luego déjelo descansar, por favor. Bueno, su descanso no es más que distraerse, y no le molestará para nada. Tener un hermano comunista no importa de ninguna manera, recuerde que es un cadáver vivo...

—¿Cadáver vivo?...

—¿Verdad que sí?... —Se volvió el director y R-62 asintió de nuevo sin objetar.

—Pero sigue siendo un objeto grotesco para mí —dijo Takamizu, sacudiendo dubitativo la cabeza—, es que estaba convencido de que me iba a traer un mecánico oriundo de Estados Unidos...

—Su cerebro es un producto cien por ciento americano, con veintinueve patentes, además. Si acaso le sucede algún problema o algo le funciona mal, enseguida

transmitiremos las ondas cerebrales a la sede central para que los expertos las analicen y le hagan los ajustes necesarios...

—¿De verdad?...

—¿Lo va a rechazar?...

—Qué va, si es un salvavidas. Apenas con un síntoma de movimientos sindicales, el Banco empieza a meter la boca...

—No se preocupe, señor, puede reducir el tamaño de la fábrica hasta lo mínimo, ya que la inversión es para este robot...

—Gracias, pero ¿ya está confirmada esa inversión?... ¿Y el contrato conmigo?...

—¿De qué habla?...

—No se haga el tonto, repartiremos mitad y mitad la ganancia, ¿verdad?...

—Claro que sí, la promesa vive hasta después de muerta...

—¿Y la directiva y el sindicato?...

—Créame, yo me encargo con toda responsabilidad, hay que ganar la confianza del Banco... El banquero me hace caso, tenga confianza en mí. El robot será la garantía absoluta de su empresa. Con el registro hecho, lo incorporaremos al Club Internacional de Robot...

—Muchas gracias...

—Incorporado al Club, ya será empresario de primer rango...

—Vamos a ver qué innovaciones realiza R-62...

—Téngalo por seguro, es un genio...

—Es que, director, me da pena decirlo, pero todavía me asusta recordar que es un cadáver vivo...

—Acéptelo tal como es...

—Pero...

—Tenga confianza. Nuestros empleados están pendientes de cada uno de sus movimientos y, por favor, no dude en reportarnos cualquier anomalía. Sin falta lo dejaremos tal como usted desee. ¿Quiere que le hagamos un arreglo para que cante mientras descansa?...

Siete meses después, una tarde despejada de noviembre, estaban a punto de realizar la marcha de prueba de la máquina-herramienta innovadora, primer producto de R-62, en la sala de trabajo perteneciente a la sección de mecanología del productor Takamizu. No era una ceremonia ritual, sino una sencilla reunión privada en la que solo participaban los miembros del Club Internacional R y algunos directivos de la empresa. En la primera fila se sentaron el presidente del banco, el doctor Takamizu y el director, este último cerca de la máquina con la caja de control remoto a su disposición por cualquier emergencia. Al comienzo, el director lanzó un discurso titulado “El significado de hoy” con la propuesta de que, en adelante, ese día fuera conmemorativo para el club. El presidente del banco, sonriente en apariencia, solo dijo “Qué alegría”, a modo de saludo, pero a decir verdad estaba resentido por el

contrato que había tenido que firmar en estado de embriaguez, ahora convencido de que se trataba de una estafa.

Mientras tanto, Takamizu, descompuesto de pavor, manifestaba recelo cada vez que veía caras conocidas. Sin embargo, su inquietud no tenía nada que ver con la máquina, sino con el fenómeno denominado por el director “retraso mental” de los obreros, que habían explotado de ira ante la deshonestidad de la directiva y la presencia del pícaro enviado al fin por los miembros expertos del club para aniquilar las huelgas. Enterados de que Takamizu se encontraba en la fábrica, los sindicalistas habían empezado a congregarse paulatinamente frente al portal principal desde el mediodía.

Al final, el mismo R-62 habló con cara de alegría ingenua, según la instrucción enviada desde la caja de control remoto:

—Esta máquina que acabo de inventar es la concreción del programa del Club R; en teoría, podemos producir máquinas automáticas capaces de realizar cualquier labor compleja, pero no debemos limitar nuestra meta a algo tan sencillo al considerar el costo y la eficiencia; más bien, lo que debemos pensar es cómo sacar provecho de la mano de obra barata de los seres humanos; con el único objetivo de *hacer una máquina que obligue a los seres humanos a ejercer esa capacidad laboral y que los explote al máximo*, he llegado a ingeniar este aparato de racionalización humana...

Ciertamente, era una ocurrencia acertada hacerle manifestar su punto de vista a R-62, que fue recibido por el público con aplausos sinceros y satisfacción unánime.

A la señal enviada por el director, R-62 reveló el nuevo invento. Solo Takamizu se asombró al ver la máquina (la veía por primera vez, pues se había dedicado todo el tiempo a atender a los sindicalistas), pero el resto no sintió más que una emoción común porque había aprendido con las experiencias que una máquina era compleja casi por definición.

R-62 se plantó frente al botón de encendido mientras Takamizu se acercaba a regañadientes hacia la máquina, cumpliendo la responsabilidad del presidente. Cuando Takamizu subió a la mesa de trabajo, R-62 apretó el botón... Al instante, un bulto con estatura humana, colocado sobre la mesa rectangular, se multiplicó de tamaño con una celeridad inaudita y estiró sin ruido los brazos, doblándolos hacia sí mismo, hasta atrapar a Takamizu dentro del círculo. Un engranaje terriblemente complejo con un sistema de cambio automático de velocidad traqueteó con suavidad y apuntó a Takamizu unas armas incisivas desde varios ángulos. De derecha a izquierda, de izquierda a derecha, volaron siniestros brillos metálicos.

—Ya basta —gritó Takamizu.

Y R-62 le respondió sin inmutarse en un tono impersonal:

—Cuidado, señor. En cuanto se prenda la luz verde en la fila de numerosas lamparitas que está frente a usted, toque la correspondiente sin perder tiempo. 2,4 segundos de retraso serán suficientes para que pierda un dedo. Y aunque pierda uno, manténgase atento para seguir tocando las lámparas. Tiene diez oportunidades, ya

que tiene diez dedos, señor. Al fallar once veces, morirá con el pecho apuñalado.

Cuando terminó de decirlo, los movimientos se trasladaron al nuevo conjunto de engranajes y la máquina parecía ponerse en acción a todo lo que daba el motor, con zumbidos estruendosos. Se prendió la primera luz. Aunque no se cortó el dedo, saltó un chorro de sangre trazando un arco rojo.

—Ya, ya, por favor —gritó con un júbilo simulado, tratando de convencerse de que R-62 solo le estaba tomando el pelo.

Con todo aplomo, R-62 le respondió en un tono casual, como si estuviera hablando del clima:

—Una vez puesta en marcha, esta máquina no se detiene durante cuatro horas seguidas.

Los movimientos de la máquina eran sumamente irregulares. Había más de treinta lamparitas en fila, que de un extremo al otro no se podían abarcar con pocos pasos, y parpadeaban solo de vez en cuando con un orden previsible, roto de repente por intermitencias azarosas. El ritmo de parpadeos tampoco tenía regularidad musical, sino que era interrumpido con frecuencia por una complejidad incalculable. Todo este desorden múltiple no dejaba tranquilo ni un segundo a Takamizu.

Se voló el primer dedo. A estas alturas se había generado una excitación inusual entre los asistentes. El presidente del banco gruñía mientras el doctor retrocedía poco a poco hasta pegarse por completo a la pared. R-62 dijo:

—Cuando ya no distinga las lamparitas cubiertas por la sangre, toque el botoncito rojo que está abajo. Así saldrá desde arriba el metanol que lavará la fila entera.

Cuando se voló el segundo dedo, Takamizu empezó a aullar con un sonido vocálico entre *a* y *o*, aferrado a la sola esperanza de que los obreros congregados forzaran el portal para invadir la sala de transmisión eléctrica y cortar de una vez la electricidad. Incluso creyó percibir en medio de los zumbidos producidos por la máquina el grito de los obreros: “¡No nos vendan a los Estados Unidos!”. Ya se confundían sangre y sudor sobre el cuerpo viscoso.

Empezó a perder confianza en sí mismo desde el momento en que se voló el tercer dedo. El cuarto y el quinto se cortaron de manera sucesiva, y ya no le quedaba más que la mano izquierda.

Con la cara tapada por las manos, el presidente contemplaba la escena entre los dedos sin dejar de gruñir. Su emoción desbordada llegó a tal grado que se arrepintió de haber sospechado una estafa. El director también se encontraba conmocionado, lamiéndose sin parar los labios secos y, de paso, mojándose las fosas nasales con los dedos ensalivados. Los demás asistentes, quien más quien menos, estaban convulsionados por el mismo asombro.

Cuando se cortó el séptimo dedo, Takamizu se dejó caer hacia atrás sobre el filo del espaldar con los brazos flácidos. El filo tembloroso lo perforó desde la espalda hacia el pecho. El grito grueso y oscuro se elevó como una columna hacia el cielo raso.

El director se puso de pie y agarró por los brazos a R-62 para preguntarle en un tono cariñoso:

—Oye, R-62, ¿para qué sirve esta máquina?

R-62 escudriñó el rostro del director y trató de recordar algo mientras sacudía despacio la cabeza. En ese mismo instante, se paró la máquina con aleteos, como las moscas en invierno. Enseguida, el director se volvió y descubrió que se apagaba la luz de la caja. A lo lejos se escuchaba el coro de los obreros, invadido poco a poco por la sirena del camión patrullero. Los directivos, pálidos, se dispararon a la carrera. Acto seguido los miembros del club se precipitaron hacia la salida, arrastrando los pies paralizados. El doctor ya se había fugado, vaya a saber cuándo.

El único ser vivo que quedó en la sala, sin incluir a R-62, ya muerto, era el director, quien permanecía escrutando el gesto del robot con la caja de control remoto inmóvil en sus manos.

—¿Para qué sirve? —dijo en voz baja como cuestionándose a sí mismo.

Con la cabeza ladeada, R-62 sonrió distraído con los ojos clavados en un punto inexistente. La cara del director se fue torciendo de terror.

—¡Qué máquina es esta! —gritó a voz en cuello, pero sus palabras se disiparon entre el clamor irritante, procedente de los forcejeos cercanos de los obreros. R-62 solo alcanzó a ver la palidez del rostro crispado y los labios tensos.

(1953)

## EL PALO

Un lunes de calor húmedo en junio...

En medio del gentío que atestaba la azotea de un gran almacén, localizado enfrente de una estación, yo estaba con dos niños bajo mi tutela, oteando la ciudad abotagada de neblina después de la lluvia.

Al encontrar un hueco, de tamaño justo para que cupiera una sola persona entre la torre de ventilación y la escalera, me metí ahí, abrazando alternativamente a los dos niños, que pronto se mostraron aburridos pese a mi entusiasmo. No era nada fuera de lo común, ya que había más adultos que niños adheridos al parapeto. Mientras estos, hastiados, pronto empezaban a decir que se fueran a algún otro lado, eran los adultos quienes los reprendían severamente, como si hubieran sido interrumpidos en su trabajo, permaneciendo con la barbilla colocada sobre el pasamanos, embelesados ante el paisaje.

Quizá no estuviera del todo libre de cierto remordimiento, pero igual, no tenía importancia. Yo me encontraba completamente distraído. Estoy casi seguro de que no estuve pensando en nada que valiera la pena recordar más tarde. Lo cierto es que estuve un poco irritado, tal vez por el clima húmedo, y enfadado con los niños.

El niño mayor gritó con voz impaciente: “¡Papá!”. Sin querer adelanté el cuerpo como huyendo de la voz. Se trataba de un mero capricho que no me parecía nada arriesgado, pero floté inesperadamente y me vi cayendo de repente, insensible ante la voz que gritaba: “¡Papá!”.

No sé si fue al caer o cuando topé con el suelo, pero me encontré convertido en un palo: de tamaño estándar, sin una curva, ni grueso ni delgado, aproximadamente de un metro de largo. Oí de nuevo la voz que gritaba: “¡Papá!”. La multitud que caminaba por la acera se separó para dejar un círculo vacío. Así, seguí desplazándome en línea recta, dando vueltas sin cesar, hasta rebotar con un sonido agudo sobre una superficie. Me golpeé contra un árbol y quedé clavado en una zanja entre la acera y la calzada.

La gente, molesta, miró hacia arriba. Encima del parapeto de la azotea, se veían las pequeñas caras pálidas de mis hijos, que permanecían allí sin inmutarse. El vigilante que guardaba la entrada corrió escalera arriba, dejando la promesa de que iba a amonestar con rigor a los niños traviesos. Alborotada, la gente los amenazó con los puños levantados. Mientras tanto, me quedé en el mismo sitio sin ser descubierto por nadie.

Por fin, un estudiante se dio cuenta de mi presencia. Iba con otros dos hombres, uno, que también era estudiante vestido con el mismo uniforme, y el otro, que parecía

su profesor. Los dos estudiantes se parecían en todo como si fueran gemelos, desde la estatura y el gesto hasta la manera de tocarse el gorro. El profesor, con el bigote canoso, llevaba anteojos gruesos y parecía un típico caballero parco en palabras.

Al sacarme de la zanja, el primer estudiante habló en un tono extrañamente lastimero.

—Un objeto así de ordinario es capaz de matar alguien, dependiendo de cómo le caiga.

—Pásamelo —dijo el profesor con una sonrisa. Al tomarlo en sus manos, lo blandió un par de veces—. Es más ligero de lo que parece. Bueno, para qué exigir más. Puede ser buen material para tus investigaciones. Quizá ideal para iniciar la práctica. A ver, vamos a pensar qué se puede saber de este palo.

El profesor se puso en marcha y los estudiantes siguieron tras él. Esquivando la multitud, los tres llegaron a la plaza frente a la estación, y al no encontrar ningún banco desocupado, se sentaron a la orilla de la zona verde. El profesor me sostenía entre las dos manos para observarme a contra luz con los ojos entrecerrados. Ahí me di cuenta de algo extraño. Al parecer los estudiantes también notaron la anomalía y hablaron casi al mismo tiempo.

—Profesor, su bigote...

Era postizo. El extremo izquierdo se había despegado, y flotaba en el viento. El profesor asintió con calma mientras se lo sujetaba con el dedo ensalivado, y se dirigió a los alumnos, que permanecían a ambos lados, como si no hubiera pasado nada.

—A ver, ¿qué se imaginan a partir de este palo? Analícenlo y evalúenlo para decidir cómo castigarlo.

El estudiante situado a la derecha tomó primero el palo para observarlo desde ángulos diferentes.

—Comencemos por aclarar que el palo tiene arriba y abajo —dijo mientras me deslizaba entre las dos manos cerradas en forma de tubo—. La parte de arriba está bastante manoseada y la de abajo, desgastada. Esto indica que no fue simplemente arrojado en la calle, sino que alguien lo usó con un objetivo específico. Pero parece que lo maltrataron bastante, porque está lleno de raspones. Al ver que lo siguieron utilizando en tal estado hasta el último momento, me inclino a creer que ha sido honesto y sencillo en su vida.

—Tienes razón, pero creo que te has puesto demasiado sentimental —dijo el profesor, matizando su voz con una sonrisa.

Ahí intervino el estudiante situado a la izquierda en un tono bastante fuerte, como si fuera a replicar la frase del profesor.

—Yo pienso que este palo fue completamente inútil. Es que se trata de algo demasiado simple para un ser humano. Es un instrumento tan elemental que hasta un mono lo sabe manejar.

—Sin embargo —respondió el estudiante de la derecha—, es posible argumentar que el palo es la base de todos los instrumentos. Se presta a varios usos justamente

por su simplicidad no especificada; puede conducir a un ciego, domesticar un perro, servir de palanca para mover objetos pesados y golpear a un enemigo.

—¿Dices que el palo conduce a un ciego? Yo no estoy de acuerdo. No es que el palo conduzca al ciego, sino que el ciego se conduce a sí mismo apoyado en el palo.

—¿No es justamente la honestidad de la que hablé hace unos minutos?

—Puede ser. Pero con este palo, así como el profesor me puede pegar, yo también le puedo pegar.

Finalmente el profesor soltó una carcajada.

—Es divertido verlos discutir a ustedes, que se parecen tanto. En fin, los dos están diciendo la misma cosa con diferentes palabras. Resumiendo lo que han planteado, este palo fue antes un hombre. Esa es la respuesta necesaria y suficiente en torno a este hombre... Es decir, este palo fue un palo.

—Pero —insistió el estudiante de la derecha— ¿no deberíamos reconocer como un atributo la posibilidad de haber sido un palo? He visto muchos tipos de seres humanos en la sala de muestras, pero nunca he visto un palo. Es raro encontrar algo tan honesto y sencillo.

—No, no es necesariamente raro porque no lo hayas visto en nuestra sala de muestras —contestó el profesor—. Puede ser todo lo contrario. Es decir, puede ser demasiado común para que alguien se fije en él como objeto de investigaciones.

Los dos estudiantes miraron sin querer el gentío a su alrededor, tan sincronizados como si siguieran un previo acuerdo. El profesor dijo riendo:

—No, no quiero decir que todos ellos se conviertan en palos. No me refiero al aspecto cuantitativo sino al cualitativo cuando digo que los palos pueden ser demasiado corrientes, de la misma manera que los matemáticos dejaron de hablar del carácter del triángulo porque ya no pueden descubrir nada nuevo. —Continuó después de dejar una pausa—: A ver, ¿cómo lo van a condenar entonces?

—¿Tenemos la obligación de condenar un palo tan simple? —preguntó perplejo el estudiante de la derecha.

—¿Qué crees tú? —El profesor se volteó hacia el estudiante de la izquierda.

—Por supuesto que sí. Nuestra razón de ser consiste en condenar a los muertos. No debemos esquivar la misión mientras existamos.

—Entonces, ¿cuál será el castigo justo?

Los dos estudiantes, cada uno a su manera, reflexionaron en silencio. El profesor me tomó para hacer dibujos. Eran figuras abstractas, sin sentido, que pronto se transformaron en un monstruo con manos y pies. Luego empezó a borrar todo. Cuando desapareció la figura, se puso en pie y murmuró con un gesto abstraído como para contemplar a lo lejos:

—Creo que ya pensaron lo suficiente. La respuesta es tan sencilla que resulta difícil. Si han aprendido bien mi lección, saben que hay quienes se condenan al no ser condenados...

—Sí, me acuerdo —los estudiantes dijeron al unísono—. El tribunal mundano

solo juzga a un pequeño porcentaje de seres humanos, mientras que nosotros tenemos que juzgarlos a todos, a menos que sean inmortales. Sin embargo, somos una absoluta minoría en comparación con el número de seres humanos. Si juzgáramos a todos los muertos de la misma manera, nos extinguiríamos por exceso de trabajo. Por fortuna, hay casos fáciles en que terminamos juzgando por no juzgar.

—Este palo es el típico caso. —El profesor me soltó sonriente. Caí y empecé a rodar. El profesor me detuvo con los pies—. Abandonarlo en este estado es el castigo más justo. Alguien lo recogerá para encontrarle usos, tal como cuando vivía.

—¿Qué pensaría este palo al escuchar nuestra conversación? —dijo uno de los estudiantes, como recordando algo.

El profesor lo miró a la cara con afecto, pero empezó a caminar sin decir nada, apurando a sus alumnos. Ellos, todavía preocupados, se voltearon varias veces para mirarme, pero me perdieron de vista al mezclarse con la multitud. Alguien me pisó. Me hundí hasta la mitad en el terreno, fangoso después de la lluvia.

Oí un grito que decía: “¡Papá, papá, papá...!” No supe si era de mis hijos. Entre los miles de niños que pasaban en medio de la multitud podía haber muchos que tuvieran necesidad de llamar a gritos a su padre.

(1955)

## EL DICTADOR

El doctor Aire, como indica su nombre, se dedicó toda la vida a las investigaciones sobre el aire. En uno de los últimos días de su vida, el doctor subió al estrado para dar un discurso delante de los estudiantes:

—Yo transformé el aire en algo tan flexible e inacabable como la arcilla entre los dedos del escultor. También alteré la disposición de las partículas del aire para producir desniveles artificiales de presiones atmosféricas y así logré controlar los tifones, la lluvia y la temperatura, además de posibilitar el mayor aprovechamiento de la fuerza eólica. Incluso, logré que el aire fuera impermeable al sonido, en contra de su naturaleza ingénita. Ahora bien, si la gente busca desentrañar mis investigaciones a favor del progreso humano, tendrá en sus manos la felicidad infinita. Sin embargo, no hay ni un sabio que me haga caso, porque el progreso no solo sale costoso, sino también es perjudicial para la moralidad.

Los estudiantes, abstraídos, dormitaban o hacían perforaciones en los escritorios con sus navajas sin prestarle atención. El doctor aspiró por la nariz y se quitó las lagañas de los ojos con la punta del dedo. Y se apresuró a añadir:

—Con esto termino mi lección.

Los estudiantes dormidos se despertaron de repente. Alcanzaron a ver solo la espalda del doctor, tan difusa y triste como su nombre, que se retiraba del estrado.

Todo esto se atribuía al dictador que gobernaba el país. Desde que su hermano banquero había caído en cama por una gripe incurable, el dictador solo pasaba días tediosos sin nada que hacer, angustiado por el ocio imperante durante los últimos cinco años. Teniendo en cuenta el lema de su régimen: “Orden todo el tiempo”, el estado de tedio se podía considerar como la máxima realización de su ideal. De hecho, el dictador no guardaba ni la mínima intención de oponerse a esta felicidad ociosa. Entonces, en secreto quiso dedicarse a la música para matar el tiempo...

Por desgracia, el dictador era un hombre tan torpe como nadie; sus manos se dividían en cinco gruesas ramas hacia la punta, a las cuales parecían no llegarles los nervios. Fue por esta misma razón que prefirió ser vocalista. A diferencia de los instrumentos musicales, la garganta le permitía producir sonidos con relativa facilidad. No buscaba más que complacerse a sí mismo en privado, lo cual era imposible al tratarse de un dictador. Pronto se enteraron los súbditos y le cayeron con una avalancha de elogios; acostumbrados tan solo a expresar lisonjas al más alto nivel, insistieron en que debía dar un recital en el auditorio nacional. Desde luego, el dictador no tenía ni la menor idea de lo que era la modestia. Para seguir el mecanismo automatizado de “Orden todo el tiempo”, un día convocaron a todos los ciudadanos.

En medio de una precaución extrema, el dictador llegó al auditorio sentado holgadamente sobre un cojín del carro de vidrio polarizado, con una menta afinadora de voz en su boca. Un saludo. Sonó la banda marcial. El dictador caminó tambaleante. Al tratarse de un discurso, nunca perdía el aplomo aunque estuviera

delante de millones de personas; pero todo fue diferente ese día. Iba a cantar una canción melodiosa, algo sentimental. Quizá no fuera buena su selección. Mejor hubiera escogido un canto militar, más apropiado a su investidura. En la antesala hojeó apurado *La colección de mis cantos favoritos*. Su corazón palpitó con pequeños brincos. Ingerió un poco de alcohol. Uno de los sirvientes acudió a su lado para mostrarle el cronómetro: faltaban treinta segundos. El dictador respiró profundo al levantarse. Con pasos inseguros atisbó el auditorio. Se le ocurrió una buena idea. Al volverse, se desplomó diciendo: “Me siento asfixiado”... Hasta ahí llegaron sus pretensiones artísticas y todo terminó en paz.

Sin embargo, había emitido sin querer una frase fatal justo antes de desmayarse: “Dentro de un mes voy a organizarlo de nuevo”. Qué responsabilidad tan detestable. De noche, cuando pensaba en esto, no podía dormir por la preocupación. Uno de esos días recordó haber oído hablar de un tal doctor Aire, quien, según decían, había inventado un método para hacer el aire impermeable al sonido. Podía ser una persona útil.

Pronto se celebró el segundo recital. El dictador se presentó en el escenario, sin tropiezos esta vez. De repente hubo un estruendo que desgarró el espacio, y se esfumaron todos los sonidos terrenales; la máquina del doctor Aire procesó el aire de una manera especial. El dictador cantó a su antojo. Cuando terminó de cantar sin sonido, el auditorio tembló de aplausos en un silencio terrorífico.

En su camino de regreso, el dictador, muy contento, se abstraía ante el paisaje, pensando en qué clase de condecoración le iba a otorgar al doctor Aire. En un instante se percató de la confusión que se había propagado en la ciudad por causa del silencio. Sonrió un tanto avergonzado al tratar de pedirle al sirviente que llamara al doctor Aire de inmediato para que devolviera el aire al estado normal; claro, no servían ni la voz ni el teléfono a causa de este aire impermeable.

Su coche frenó bruscamente; y el que iba adelante chocó con otro que había invadido la avenida, sin ruido, de una manera inesperada. Acudieron varios oficiales para sacar al conductor imprudente: era el mismo doctor Aire. Había salido, sin soportar más el silencio, cargando la máquina para encontrarse cuanto antes con el dictador. El doctor estaba muerto, y la máquina destrozada. El dictador se sobrecogió al recordar que el doctor le había dicho una vez que no dejaba ningún registro de sus investigaciones para evitar el abuso. Gritó sin querer algo ininteligible. Había mucha gente que gritaba. Por más que gritara, el silencio absoluto le pesó cada vez con mayor presión. El dictador se calló; se calló a voz en cuello. Y alcanzó a escuchar el desmoronamiento que se le acercaba con pasos firmes, así como la oscuridad que avanzaba al anochecer.

(1955)

## EL MÉTODO

Para evitar miradas ajenas no hay nada mejor que esconderse entre la multitud.

Al lado sur del crucero más congestionado, todo el mundo se encaminaba hacia la misma dirección como una corriente de río, pues era la hora en que los oficinistas se retiraban del trabajo. Al dejarse llevar por el fluir de los transeúntes, uno llegaba automáticamente al interior de la estación.

Goro Eda todavía estaba indeciso sobre si entraba o no a la estación. Llegó al frente en una ocasión, pero pasó de largo al reconocer la misma máquina de siempre, localizada a la sombra de la columna justo antes de la entrada. Regresó de nuevo al punto de partida y empezó a vagar, como si eso fuera su único objetivo, por el lado norte, donde no había tantos transeúntes. Se aferraba a la idea de que nadie se fijaría en él mientras caminaba.

El hecho de que cualquier artículo periodístico sobre un crimen incluyera comentarios de testigos indicaba que no faltaba gente observadora en ninguna circunstancia. Miró alarmado a su alrededor con ojos escrutadores. No había nadie que pareciera prestarle atención, pero igual tenía que andar con cautela. Aun cuando uno caminaba por donde debía caminar, no faltaría —ese muchacho de la zapatería, por ejemplo— quienes lo interpretaran de una manera diferente, como si se tratara de una presa de caza.

Ya no podía dar marcha atrás. Avanzó derecho hasta mezclarse con la multitud del crucero que se encontraba a la espera de la luz verde. El semáforo cambió de rojo a naranja, de naranja a verde. Sintióse como mandado a la mesa de operación, se dejó arrastrar por el flujo, mientras apretaba en la palma de la mano las últimas monedas de diez yenes que le quedaban en el bolsillo. Luego fue soltándolas una por una entre los dedos y contó hasta nueve; la última, que era más pequeña que las otras y con un agujero en el centro, debía ser la de cinco yenes.

Se puso en la fila para comprar el pasaje y permaneció al acecho. Pensó que quizá exageraba en su precaución. Los pasajeros ordinarios, que hacían la ruta más corta de la ventanilla al portillo, dejaban en el amplio espacio del edificio algunos claros dispersos, en los cuales —se dio cuenta por primera vez al fijarse bien a su alrededor— se congregaban decenas de sospechosos sin hacer nada en particular. ¿Cómo no se había percatado hasta entonces si ya había pasado varias veces? ¿Se borraría cualquier hombre en ese sitio sin necesidad de magia alguna? En la estación, los vagabundos más notorios se destacaban mucho menos que los vagabundos de la calle aún menos perceptibles. Qué extraño. Tal vez lo lograría exitosamente al llevarlo a cabo con naturalidad.

Recordó haber escuchado decir a un policía conocido: al contrario de los inexpertos, los policías veteranos olían sospechas en la gente que se comportaba con perfecta naturalidad. Trucos improvisados terminaban siendo más delatores, puesto que al simular naturalidad, uno ya actuaba sin ella. Así que lo mejor sería dejar de simular de una buena vez para... No, qué barbaridad. Si bien era cierto que los cobardes se dejaban atrapar con facilidad, tampoco era necesario caer en la trampa a sabiendas. Debería averiguar primero la localización de la trampa antes de ponerse en acción. Desde luego, no sabía siquiera si le habían tendido una trampa. Solo se asustaba con la suposición de que, puesto en el lugar de los enemigos, él mismo no dejaría pasar la oportunidad de elaborar una trampa... Y eso era una razón más que suficiente para alarmarlo. ¡Carajo, era lógico que anduviera asustado!

De repente, lo empujó el hombre que esperaba a sus espaldas; era que mientras divagaba en estas reflexiones, la fila había avanzado dejando un hueco como de tres personas. Debería mantenerse más despierto. Ya lo habrían sorprendido si en verdad hubiera policías de guardia. Le tocó el turno. Compró un tramo de diez yenes. Procuró desviarse del flujo de la gente pero, sin ánimo para salirse por completo, avanzó despacio hacia la orilla, observando ese sitio con el rabillo del ojo. Todavía no había hecho nada. Probablemente hubiera cometido uno que otro acto que se prestara a la sospecha, pero podía regresar así sin más para defraudar a los guardias.

Se detuvo abruptamente conteniendo la respiración. ¿Regresar así sin más?...

El estuche de lápices, hecho a mano, que fue pisoteado sin misericordia... Claro, fue hace mucho tiempo. Con la expectativa del nuevo semestre, su hija deseó un estuche de lápices; como cargaba siempre lápices sueltos, se le quebraban las puntas en el camino hacia la escuela. Según ella, estaba de moda tener un estuche rojo y delgado como el que se usa para guardar cepillos de dientes. Le contestó con un brío desbordado que él mismo lo iba a hacer a mano. A pesar de que una sombra nefasta se había asomado en el semblante de su hija, emprendió la labor sin hacerle caso, aserrando madera contrachapada. Era hábil con las manos y trabajó imaginándose lo que le hubiera gustado tener en su época escolar... “Anda, aplícale un papel rojo, ¿lo haces tú o lo hago yo?”... Luego de tomarlo entre las manos con un gesto igual de nefasto, la hija lo dejó caer en el suelo y lo pisoteó de golpe. Para colmo, lo hizo con una serenidad absoluta, como si se tratara de un producto hecho con ese único objetivo. Cuando alzó instintivamente la mano para darle una bofetada, la hija, anticipando el movimiento, se le abalanzó encima con un aullido para morderle el brazo. Al retirarlo con fuerza, se le desgranaron dos dientes de la boca con una chorreada de sangre... Sí, fue hace tiempo, hace algunos meses, pero la situación no había mejorado. Desde entonces su hogar era como un barril vacío, que apestaba a humedad. La esposa trataba de calmarlo, explicándole que no había sido para tanto, pero nunca lograba convencerlo. Simplemente odiaba a su hija. Se compadecía de la hija odiada por su padre y se odiaba a sí mismo por ser su padre. En los últimos días se le fue aclarando el origen de todo el mal. Si dejara de actuar ahora, ya no tendría

más oportunidades. ¿Y qué otro método estaba a su alcance? Al volver a casa, ¿sería capaz de enfrentarse con esa pequeña loba para emprender una lucha final?... Se le cruzó por la cabeza la imagen de su hija greñuda, con una cinta roja colgada de la punta del cabello. Recordó cómo levantaba la mirada para escudriñarlo; parecía estar a punto de mostrarle los colmillos con ese labio superior hinchado cerca de las comisuras... Esa es tu hija, una niña de doce años, qué fea... ¿Regresar así sin más? Qué barbaridad.

Cambió de dirección de repente para salirse del gentío que avanzaba hacia el portillo. Durante un rato lo sostuvo el odio. Había un claro triangular con dos columnas paralelas en el centro, delimitado por la pared que colindaba con la ventanilla de pasajes. Detrás de la columna derecha se situaba la máquina. Vio primero el reloj grande y luego echó una mirada pasajera a su alrededor. Un simulacro de espera... Bien, muy bien, sigue así... Atravesó entre las dos columnas y se acercó a la máquina con aparente naturalidad, fingiendo prestar atención al diagrama de salidas y llegadas. En algún punto, debería volverse para mirar sin querer...

Intentó hacerlo, pero no lo logró. Algo se lo impidió. Se detuvo de nuevo con el ademán de confirmar algo en el diagrama y regresó al pie de la otra columna. Se mostró inquieto, como en espera de algún conocido, y lanzó una ojeada sigilosa a la máquina. ¿De verdad hubo algún peligro o fue tan solo una falsa alarma?

Por cierto, ese sitio se mantenía en un silencio extraño; comparado con otras partes, bulliciosas, el delta entre las dos columnas era un remanso tranquilo, a pesar de que sí había gente a la espera de algo. Se notaba un curioso vacío alrededor de la máquina. No podía haber otra razón —en verdad sí había alguna: toda esa gente guardaba en secreto un plan parecido—... No, no podía ser... Pero apenas lo negó en su interior, presenció una escena desagradable que confirmaba la sospecha. Dos hombres miserables con apariencia de jornaleros se plantaron abstraídos delante de la máquina. “¿Eran estos los que me habían estorbado? Qué tontos”. Solo enredarían la maniobra, previniendo aún más a los enemigos. Al mismo tiempo elevaron los ojos para mirarlo. Tomado por sorpresa, no fue capaz de sostenerles la mirada. Con el corazón trabado en la boca, se le acalabró la lengua. Pensó que todo el plan se había desplomado en un instante, y se vio hundiéndose en la profundidad de un pozo oscuro. Cuando abrió los ojos, todo el paisaje se había vuelto desértico. Se sintió como si fuera un cangrejo metido en la arena, que solo sacaba los ojos a la superficie para mirar el cielo. Los dos hombres ya se habían ido.

En cambio, se percató de otra mirada escrutadora. Con la convicción de que ya se había acabado todo, le devolvió la mirada, provocativa; era un hombre casi sin peso, típico viejo despreciable. En un ángulo perpendicular a donde él estaba parado, el viejo se apoyaba contra la pared como si estuviera sentado en una silla invisible. Cuando se encontraron las dos miradas, el viejo echó adelante su cuerpo para acercarse, con una sonrisa descarada. Él trató de ignorarlo, pensando que todavía no

había hecho nada en particular que mereciera un reproche, pero el viejo avanzó en línea recta. Cuando se iba a marchar, el viejo lo agarró por el faldón del traje, emitiendo un sonido gutural:

—No te asustes tanto, joven.

Él se habría hecho el tonto si el viejo no lo hubiera tratado con tanta impertinencia, pero le faltó confianza para rechazarlo. Su excesiva cordialidad lo subyugaba con un poder misterioso. El viejo se le adelantó ágilmente, señalando ostentoso la máquina, y le dirigió una mirada insinuante como en expectativa de algo divertido; al reconocer la rigidez inexpresiva en el semblante del otro, hizo el ademán de pisotear algún bicho con una risa disfrazada de timidez. Esa actitud le recordó el suceso del estuche de lápices. Lo poseyó una rabia irracional. Todavía no había cometido nada ilegal. Aunque no era precisamente un viejo acabado, él era muy superior en cuanto a la potencia física. Sería capaz de volarlo de un golpe. Pero le faltó confianza. Siempre había carecido de confianza. Había hombres que pecaban con solo desplazarse.

—Ya veo, joven —dijo el viejo. Él no supo qué había visto el viejo, que continuó diciendo—: Eso eres, ¿verdad? Oye, confía en mí, eh.

Ya era seguro que el viejo lo había distinguido entre otros, pero él no alcanzaba a comprender en qué consistía su propósito. Solo alcanzó a decir con fingida inocencia:

—¿Qué?

—No te hagas el tonto, joven, soy el viejo zorro de este sitio. A primera vista me di cuenta de lo que buscabas. Quieres probarlo, ¿verdad?

—Es que no...

—Cómo que no. Yo te he estado observando desde el comienzo. Hay muchos que lo buscan, incluso por ahí andan unos cinco con el mismo objetivo en este preciso instante. Confía en mí, joven, que soy experto en esto, y no te voy a estafar. Tengo experiencia y estoy bien al tanto del reglamento. Fíjate, hay muchos que quieren aliarse conmigo, pero nunca les hago caso, diciéndoles que no me interesa. Es mejor actuar solo, ¿sabes? Pero pensaba en buscar un socio que fuera de confianza. Vas a ver que es provechoso aliarse conmigo... ¿No crees?

Al dirigir la vista en la dirección indicada, notó que se asomaban detrás de la columna los dos jornaleros que se habían alejado antes, atentos para saber lo que pasaba. Miedoso desvió la mirada antes de preguntar:

—¿No son policías?

—¿Policías? Qué va... —dijo soltando una risa sonora—. Son gente que busca lo mismo que tú. Están celosos porque nos ven conversando. Como no saben cómo hacerlo, se muestran inútiles ante la máquina. Quieren sacarme alguna información.

—¿Por qué no lo prueban ellos solos?

—Porque ya los pillé. Se les acabará el juego cuando los delate.

—Pero a usted también...

—No se puede. —Se rio burlonamente—. Estoy bien enterado del reglamento, te

digo. Por eso, joven, te estoy ofreciendo ayuda. Vas a ver que es provechoso aliarse conmigo.

No lo convencía. Podía ser una trampa que le tendía para estafarlo. El viejo percibió su sospecha.

—Déjame explicarte que, por lo que veo, tú tienes cara de experto en cálculos. ¿No has trabajado en esa área, joven?

—No, yo soy fogonero de un baño público, señor...

—¡Cómo! Fogonero... Bueno, hay gente que no se da cuenta de su vocación. Pero estoy seguro, joven, tú tienes cara de buen calculador: la nariz chata en combinación con esos ojos separados... Mira, me gustaría que me ayudaras en el cálculo...

—¿Pero para qué sirve el cálculo?

—Ya lo verás... Ven, joven, te voy a iniciar en todo.

El viejo brincó sin motivo con las manos en jarra y sin perder tiempo se puso en marcha.

En cuanto el viejo se paró frente a la máquina, aparecieron, quién sabe de dónde, cinco hombres que los rodearon. Indiferente, el viejo le dijo a gritos:

—Saca diez yenes, joven.

Un muchacho se colocó detrás del viejo y le señaló la cabeza con un dedo, agitándolo en señal de burla.

—Deja esa travesura imbécil —dijo el viejo, jactancioso, dándole unos golpes suaves a la superficie de la máquina—. Aquí se refleja tu figura.

Los hombres, alegres, se rieron al mismo tiempo.

—Anda, diez yenes —repitió el viejo.

“Venta automática de seguros postales de accidentes de tráfico: con diez yenes se puede asegurar por el valor de veinte mil yenes”. En la cabeza de la máquina, cubierta por una capa de esmalte color crema, se enrollaba una cinta de aluminio con grandes letras incrustadas, y al cabo había una flecha que indicaba la ranura, en forma de ojo de cerradura, para insertar las monedas. Cuando el viejo metió la moneda y giró una manivela, salieron del compartimento, situado abajo a la izquierda, dos tarjetas que doblaban el tamaño de un pasaje de tren. Número S-1021. Una línea punteada al medio: la parte superior era la solicitud y la inferior, el recibo.

—Tú te quedas con el recibo y llenas la solicitud con tu nombre, edad y la hora actual. Luego métela por este agujero. Aquí tienes el lápiz. Anda, joven...

Nombre: Goro Eda; edad: 34; las seis y diez...

—Listo. De ahora en adelante vas a estar asegurado por el valor de veinte mil yenes durante una semana, joven. Vamos a comprar dos o tres más. Tienes derecho a comprar veinte, hasta completar el valor de cuatrocientos mil yenes.

—No, gracias —dijo con voz ronca—. Ni siquiera necesito veinte mil yenes. Es que el tiempo...

—Espera, vamos a hablar a solas —dijo dándole la espalda a la gente que

curioseaba—. No me sigan, que no les voy a enseñar nada.

Sin hacerles caso a los hombres que se reían a carcajadas, el viejo se puso en marcha, casi arrastrando al joven. Entre la sala de espera y el kiosco encontró un rincón oscuro, donde no había nadie.

—No te atrevas a decir cosas indecentes delante de gente desconocida. Te tomarán por estafador.

—Pero... —Iba a continuar, sin embargo, se contuvo de pronto, diciendo para sus adentros: “Claro, no debí haber confiado desde el comienzo en un hombre tan miserable; no debí haberlo consultado con nadie”.

El viejo, sagaz, comprendió de inmediato que él se rebelaba espontáneamente.

—No, joven, estás malinterpretando. Yo sé que no buscas el seguro, sino el dinero, al igual que yo. Lo que me interesa saber es algún método certero para ganar dinero: un método duradero, que no se preste a la sospecha de nadie...

—Es que necesito dinero, pero con urgencia.

—Escucha. Hazle caso al experto...

—Mi hija tiene que irse de viaje con la escuela. A más tardar, pasado mañana...

—Escucha, te estoy diciendo. Tú no sabes nada, ni siquiera el primer artículo del primer apartado de la estipulación del seguro. Mira, aquí dice: “La compañía le pagará el seguro al asegurado según la presente estipulación en caso de que sufra algún daño físico en un accidente exterior, fulminante y fortuito, con excepción de los daños físicos causados por intoxicación, anestesia, insolación, calentura o golpes psicológicos”. ¿Ves? Solo te pagarán cuando tengas “un accidente exterior, fulminante y fortuito”. ¿Entiendes esto de “fulminante y fortuito”? ¿No te parece curioso?

—¿Hacen investigaciones estrictas después del accidente?

—¿Cómo? Ah, no. Son meras cuestiones formales. No sé qué pasaría en el caso de que tengan que pagar la suma completa, pero en general solo te cubren una pequeña parte...

—¿Una pequeña parte?

—¿Qué? ¿Ibas a cobrar el valor completo? Qué sorpresa. No sabes nada, de verdad. Mira la lista. Anótala en tu agenda si quieres.

El artículo 2 del apartado 4: *La compañía le pagará el seguro al asegurado en caso de que este padezca de mutilación, siempre y cuando se descubra en menos de 180 días después del accidente originario, por la pérdida, total o parcial, de alguna función corporal como consecuencia directa del daño físico, establecido en el primer artículo, de acuerdo con la siguiente lista:*

*Parálisis de toda la vida: seguro completo*

*Pérdida total de la vista: seguro completo*

*Pérdida de una de las extremidades: cincuenta por ciento*

*Pérdida total del oído: cincuenta por ciento*  
*Pérdida parcial de la vista: treinta y cinco por ciento*  
*Pérdida total de la nariz: veinticinco por ciento*  
*Pérdida de un pulgar: veinte por ciento*  
*Pérdida parcial del oído: veinte por ciento*  
*Pérdida de una oreja: diez por ciento*  
*Pérdida de un índice: ocho por ciento*  
*Pérdida de un pulgar o un índice del pie: ocho por ciento*  
*Pérdida de un dedo que no sea ni pulgar ni índice: cinco por ciento*  
*Pérdida de un dedo que no sea ni pulgar ni índice del pie: tres por ciento*

—Ya veo... —suspiró decepcionado—. Yo pensaba que me pagarían veinte mil yenes por una fractura de pierna.

—No, por favor, joven. Te pagarán apenas diez mil con que pierdas una pierna entera. Por una fractura sencilla no te pagarán ni mil... Mira, lo interesante radica en esta misma complejidad del sistema. Mientras más elaborado sea el juego, más se complica el reglamento, ¿no crees? Uno se aburre pronto cuando no hay espacio para las habilidades... Otra cosa, joven: deberías estar enterado del capítulo seis, que especifica los casos de mutilación temporal; o sea, el daño que se repone con el tiempo; una fractura, por ejemplo. En tales casos, te pagarán al día dos por ciento, es decir, cuatrocientos yenes por cada seguro. Si compras diez, te pagarían cuatro mil yenes al día sin que hagas nada. ¿No te parece bien?

—Ya veo que hace falta inteligencia para ganar buen dinero.

—¿Ves? Te lo dije. Por eso te propuse que nos aliáramos. Por ejemplo, un problema que me ha atormentado estos últimos días: ¿qué es mejor, el tren o el autobús? El autobús está más expuesto a los accidentes, pero sale más costoso, pues no puedes andar todo el día con un solo pasaje, tal como sucede cuando andas en tren. Además, la ventaja del tren es que hay estaciones, y al atravesar el portillo, ya estás asegurado. En resumidas cuentas, el tren equivale a abundante comida mala mientras que el autobús equivale a escasa comida rica. ¿Cuál te parece más provechoso?

—Ciertamente es una pregunta difícil.

—Me gustaría que analizaras bien el punto, joven. Todavía quedan muchos detalles que aclarar. Mira, te propongo que nos dediquemos al trabajo de hacer una tabla, como la de las carreras de caballos, para facilitar la ganancia. Al convocar aficionados, podremos fundar un club de accidentados para vender la tabla de pronósticos. ¿No te parece buena idea?...

—Pero...

—A ver, dime con toda confianza.

—Necesito... necesito dinero inmediatamente.

—Espera un segundo. El placer del juego no consiste en la ganancia, sino en el

juego mismo...

—Es que mi hija tiene que salir de viaje escolar...

—No importa mucho que ganes o pierdas, sino que...

—¿Usted está insinuando que no podré ganar?

—Sí, podrás, no te irrites tanto. Pero, a ver, yo, como experto, te advierto que ni el tren ni el autobús brindan tantos accidentes como se imagina un principiante. Dificilísimo, porque tiene que ser “un accidente exterior, fulminante y fortuito”. No te sucederá solo con que lo desees. Y una vez que cometas un error, te empezarán a marcar como sospechoso y te estorbarán las maniobras.

—Por el momento necesito mil quinientos yenes. ¿Qué puedo hacer?

—Mil quinientos yenes... No será imposible, pero así no vas a divertirte. Fíjate bien en la lista; te pagan dos mil por la pérdida de una oreja. Por un dedo del pie solo te pagan seiscientos, así que tendrás que comprar tres. En el caso de que optes por la mutilación temporal, necesitarás cuatro días o cuatro seguros. Entre tantas opciones que tienes a tu disposición, decides por la que te parezca más favorable, tomando en cuenta el estado del clima, el horario y el lugar. Ahí radica la emoción de este juego...

—Gracias, ya entiendo. Yo lo haré por mi propia cuenta.

—No, no, joven, no te apures. ¿No ves que ni sabes por dónde comenzar? Sin un plan previo nada te va a salir.

—Me voy a cortar la oreja.

—¿La oreja? Es difícil. La cosa no te sale como quieras. ¿Cómo es posible que a uno le corten la oreja en “un accidente exterior, fulminante y fortuito”? Solo serían casos muy excepcionales, como si pasaras al lado de un edificio en construcción y se te cayera el marco de una ventana encima, o acaso cuando te pisaran en una caída... yo no apostaría por semejantes anomalías.

—No importa. Ya pensaré. Puede ser la mano, la pierna, lo que sea...

—Espera, joven. A un principiante no le saldrá nada bien. Mejor fundemos el club de accidentados para ganar con más placer...

Goro Eda ya no lo escuchaba. Con un gesto de desesperación atravesó el renovado flujo de oficinistas y acudió de nuevo al delta emparedado entre las dos columnas. Todavía le quedaban sesenta y cinco yenes en el bolsillo. Apartando quince para alguna emergencia, gastó el resto para comprar los seguros: seis en total, con el valor máximo de ciento veinte mil yenes. Se alborotaron los hombres congregados. Lo acosaron con codazos y empujones a ver si les aclaraba el motivo de una inversión tan atrevida. Después de insertar todas las solicitudes, se envalentonó, ya despojado por completo de la vacilación anterior, y se encaminó recto al portillo. Sin resignarse del todo, algunos lo persiguieron con refunfuños hasta que lo perdieron de vista entre el gentío.

Ahora, manos a la obra. Al echar una mirada hacia el cielo raso, notó una hilera de armazones gruesos, clavados con remaches. Se veían tan resistentes que jamás se

le caerían encima.

La escalera. Estaba demasiado llena de gente para rodar con un tropiezo. ¿Qué tal si se caía en el medio para que lo pisaran?... Con osadía, ¡ánimo!

—¡Cuídense! —Fue agarrado del hombro por un brazo extendido desde atrás, que lo levantó casi en vilo.

Atravesó a toda carrera el pasillo subterráneo, donde no parecía ocurrir nada anormal.

La plataforma. Había una buena opción en las orillas, pues podía insertar un pie cuando llegara el tren. Mejor sería ir al extremo del andén si buscara engancharse al vagón para ser arrastrado, puesto que la velocidad sería menor; pero mejor en la parte trasera si prefiriera quedarse atrapado en la puerta en el momento de cerrar, porque ahí lo vería el controlador, siempre situado en el último vagón. En todo caso, habría que aprovechar la congestión, que podía generar condiciones propicias para un accidente fortuito, tan codiciado. A la cabeza pues. Se golpearía contra el tren, simulando un empujón. Aunque fallara en cobrar el seguro, tanto la esposa como la hija le pedirían perdón al saber que había hecho un sacrificio tan enorme, arriesgando su propia vida. Se arrepentirían de haberse comportado de manera tan desconsiderada.

—Por más que te esfuerces, nada te va a salir, joven.

Al voltear se encontró con el viejo, que lo había alcanzado sin que se diera cuenta.

—¡Basta, déjeme en paz!

En ese momento entraba el tren. El viejo le tiró del brazo para detenerlo, mientras él forcejeaba para liberarse.

—Entonces —le gritó el viejo con voz de ave—, ¿me prometes una porción si te ayudo?...

El gentío iracundo se precipitó en una manada compacta para no perder el tren que ya entraba disminuyendo la velocidad. Apenas reconoció un leve cabeceo de asentimiento, el viejo lo empujó chocando su cadera con un tropiezo simulado. Al atraparlo, el tren lo hizo girar como un trompo y lo arrojó contra un poste de hierro.

Cuando los dejaron solos en la enfermería de la estación, el viejo le habló:

—Qué bueno que todo te ha salido bien. Fue solo una pequeña lesión, pero ya decidieron pagarte dos mil ochocientos yenes. Como es trato de cuatro a seis, me quedo con mil ciento veinte yenes. Es mi tarifa de siempre, ¿entiendes? Igual, ganaste mil seiscientos ochenta yenes, más de lo que querías, ¿verdad?... Mira, ¿qué dices del club de accidentados? ¿No te animas?... Lástima. Bueno, búscame cuando quieras, que siempre voy a andar por ahí.

Él no dijo una palabra. Se quedó con los ojos cerrados. El dolor latente y la rabia lo habían convertido en un poste de acero ardiente. Lo único que deseaba en ese momento era regresar a casa cuanto antes y pegarle a la hija hasta agotar todas sus fuerzas. Después de que se marchó el viejo, y al verse solo encima del catre

demasiado rígido, lloró a gritos imaginándose a la hija maltratada.

(1956)

## EL VALOR DE LAS OREJAS

Un buen estudiante universitario fue detenido un día por una causa desconocida. Él mismo no se lo explicaba de ninguna manera. El policía que lo había arrestado murió al otro día en un accidente de tránsito, y de paso se perdieron los documentos relacionados, por lo cual el caso quedó en el misterio.

En la celda ya había dos presos que, desde luego, sabían perfectamente por qué estaban allí y que protestaban de varias formas ante la autoridad, pero el universitario, desorientado por completo, no pudo pensar siquiera en un reclamo porque ignoraba el motivo de su detención.

Los dos compañeros tomaron su actitud como un descaro inapropiado para un presunto criminal y los policías la consideraron, en cambio, un síntoma de rebeldía incontrolable. Ambos realizaron una revisión exhaustiva de casos pendientes para ver si alguno le correspondía.

Una noche el universitario tuvo un sueño extraño: habían decidido soltarlo; los compañeros lo despreciaron y los policías se molestaron al saber que no había insistido con suficiente ahínco en su inocencia. A pesar de que, felizmente, lo habían liberado, el universitario no dejó de sentirse culpable. Llegó a pensar que mejor hubiese sido cometer un crimen auténtico.

En medio de la luz provocada por el polvo fosforescente de una tarde a comienzos del verano, el universitario, recién liberado de verdad, fue directo a la universidad. En lugar de entrar al salón de clase, se sentó en un banco del jardín frente a una pileta. La presión en el estómago le producía vértigo. Se moría de hambre.

Podía entrar a la clase, pero para llegar al salón tenía que pasar por debajo de un cartel que contenía la lista de quienes no habían pagado la mensualidad del colegio. Estaba en todo el frente y no, no lo podría soportar.

Después de permanecer como una hora en el banco, un compañero de su misma generación se le acercó para hablarle:

—Oye, tú eres Megi, ¿verdad?

Le asintió con los ojos.

—No nos encontramos muy seguido en la universidad. —Al decirlo se sentó a su lado—. Yo soy Yokoyama, compañero de la misma generación. ¿Me reconoces?

—Recuerdo haberte visto.

—Mira —dijo en un tono amonestante—. Estás en la lista roja de los atrasados en el pago. No veo ningún problema en que no vayas a clase si es que no te interesa, pero deberías tener más cuidado con las cuestiones económicas.

La lista se publicaba cuando faltaban tres meses para el límite final, pero la lista roja supuestamente era el ultimátum. Con un mes más de demora, lo expulsarían automáticamente de la universidad.

—Lo sé —dijo Megi cabizbajo, sujetándose el estómago que casi se le iba saliendo por la boca—. En la última semana estuve detenido en la cárcel...

—¿Cómo?!... —Con los ojos muy abiertos, Yokoyama miró repentinamente asombrado a su compañero—. Ya, ya veo. —Esta frase emitida en un suspiro repercutió como un acto de profunda amistad y admiración.

—O sea que tramaste algo para conseguir el dinero de la colegiatura.

Ante las palabras emocionales de Yokoyama, la voz de Megi tembló por el temor de defraudar a su amigo.

—No es eso. Pero perdí un trabajo, ya prometido, a causa de la detención. Con ello hubiera ganado lo suficiente para pagar la colegiatura.

—¿Pero qué hiciste, entonces, para estar preso?

—... Es que, no sé cómo explicártelo.

—¡Está bien! —Yokoyama se levantó animado—. No hay necesidad de explicármelo. Sé que tú eres un buen hombre. No te preocupes, y déjame invitarte el almuerzo.

No parecía satisfacerse nunca por más que comiera. Tragándose la comida a la fuerza, empezó a hablar como en tono de excusa.

—... Ese trabajo supuestamente me iba a resultar bastante provechoso. El jefe era un hombre solemne y gordo, de piel blanca, que había trabajado como periodista. ¿No viste en la cartelera ese anuncio que decía: “Se solicitan estudiantes de derecho”? Hubo dieciséis solicitudes y solo cuatro fuimos aceptados. Fue una gran suerte para mí.

—Lo mereces. Cualquiera que tenga buen ojo se fijaría en ti.

—No, porque el examen fue una cosa realmente rara. En la hoja que me entregaron solo había dos oraciones: “El compendio de leyes es el manual para ganar dinero” y “El compendio de leyes es la prohibición de ganar dinero de manera inmoral”. Entonces, uno tenía que adivinar cuál era la correcta y sustentar su respuesta con un argumento. Y solo aceptaron a los cuatro que habíamos escogido la primera.

—Qué extravagancia. ¿Y cómo lo sustentaste?

—Ya que somos estudiantes de derecho, en el futuro nos ganaremos la vida mediante el compendio de leyes...

—Claro.

—En tres días nos llegó a los cuatro la carta de aceptación. Ahí en la oficina del jefe, donde se apilaba un montón de revistas viejas, me dijeron que el trabajo consistía en recopilar los nombres de personas, sitios y empresas de los cuales se hallaran menciones desfavorables en las historietas publicadas en esas revistas.

—Ciertamente es raro.

—Y luego cotejar esos nombres con la guía telefónica y registrarlos en un cuaderno si salían con los mismos nombres. Tienes que averiguar exhaustivamente la vida privada de cada uno de los casos registrados, hasta que el jefe te diga “basta”. Cada vez que completas una ficha correspondiente a un caso, cobras doscientos yenes, y te pagan extra en proporción con lo que gane la empresa por medio de la ficha.

—¿Qué es eso?

—Se trata de una aplicación del compendio de leyes. En la celda me convencí aún más de que había sido una idea realmente sabia, y ahí decidí releer el compendio desde el comienzo.

—¿Pero tienes un compendio de leyes?

—No, no lo tengo.

—Me lo imaginé. Te prestaré el mío, tómalo con confianza.

—Gracias.

Yokoyama se levantó para ir a comprar cigarros. Justo en el momento en que se puso de pie, un rayo solar, salido de la ventana, le iluminó las orejas. A Megi le parecieron enormes. Yokoyama regresó con dos cajetillas de cigarros y, al colocar una en la mano de Megi a la fuerza —obviamente este tampoco se resistió demasiado—, le dijo que se fueran a algún otro sitio. Seguía flotando la luz de polvo fosforescente en el aire.

Yokoyama le habló mientras caminaban:

—Cuéntame más de ese trabajo extraño.

Megi se desplomó de repente, empalidecido. El primer cigarro después de tanto tiempo le cayó como una puñalada.

—No sé —gimió entre los dientes apretados con la cara hundida entre las dos manos—. A la salida de la entrevista el jefe me dijo que estudiara mucho en el compendio de leyes el apartado sobre la difamación... Desde esa ocasión no lo he vuelto a ver.

Yokoyama lo condujo al pie de un árbol y le desabrochó la camisa, para abanicarlo con un pañuelo.

—Cuando iba camino a casa me detuvieron. Yo le pedí al policía que me dejara ir a hablar con mi jefe para excusarme por la ausencia, antes de que me llevara al cuartel... Pero no me hizo caso, con el pretexto de que yo podría borrar mis huellas. En realidad, ya no me hacía falta, porque me despidieron ese mismo día.

—Qué descarado. Es completamente injusto.

—Bueno, no me perjudicó tanto al fin. Si pronto me sacan de la universidad, ya no tengo por qué seguir pensando en la colegiatura.

—Todavía no te han sacado.

—Ahí está el problema.

—Creo firmemente que tu detención tiene que ver con ese jefe, que ha de ser un hombre sinvergüenza. Deberías protestar.

—No creo. La policía no me dijo nada de eso. Además, yo fui el único detenido.

—¿Entonces por qué razón te detuvieron?... Claro, tú no sabes... Pero igual, deberías ir a protestar.

—Es que sospecho que... —dijo Megi, un tanto indeciso— lo que hace el hombre es una especie de chantaje...

—Carajo —dijo Yokoyama con más brío—. ¿Crees que me asusto por eso? No, por favor, de ninguna manera. Anda, vamos.

Yokoyama lo animó con insistencia. Levantándose tambaleante, Megi le habló sin querer en susurros:

—Oye, tus orejas son enormes.

—Sí, efectivamente —dijo Yokoyama sonriente, agarrándose las orejas.

En la casa del jefe, que se ufanaba de haber sido periodista, se veían revistas viejas amontonadas en todos lados, y un estudiante estaba sentado con las piernas cruzadas en un rincón, hojeando una de ellas. Cuando lanzó un grito, diciendo “¡Maestro!” hacia el fondo, sin voltearse siquiera a mirar a los visitantes, el supuesto maestro apareció de repente en medio de las revistas. Ciertamente se trataba de un galán solemne, que podría pasar como actor de teatro. Al ver a los dos muchachos en estado brioso, los saludó con un “hey” simpático, sonriendo de oreja a oreja. Atravesó ágilmente los montículos de revistas apiladas sobre el escritorio hasta acudir al lado de Megi, y le dio una palmada rápida en el hombro.

—No, no, ya es tarde —le dijo con voz suave—. En una empresa como la nuestra, que maneja asuntos legales, tenemos reglamentos delicados que nos impiden emplear gente problemática como tú.

Mientras los dos compañeros quedaban atontados ante el notable contraste entre el tono gentil de su habla y el contenido severo, el maestro los siguió acometiendo:

—Yo te dije que estudiaras el espíritu del compendio de leyes. Ya veo que era inútil discutir con vagabundos como tú. —Luego siguió con una voz casi embelesada—: Váyanse ya, les ordeno.

Yokoyama codeó a Megi, quien volvió en sí, atolondrado.

—Pero salí inocente, señor.

—Ya me lo dijeron. Da lo mismo.

En lugar de Megi, Yokoyama habló molesto:

—Le advierto que nosotros sí sabemos que usted se dedica a actos casi criminales.

—Qué va. —Con los ojos entrecerrados el maestro habló rascándose el bigote ralo con la punta del dedo anular—. Bueno, les doy una lección: la ley no garantiza el hecho mismo de que uno no ha realizado nada. Lo necesario es la evidencia de que no has realizado nada en relación con algún asunto concreto. Lo que se llama “vida legítima” es una vida elaborada con esmero, de modo que cualquier acto se convierta en una coartada de algún suceso real. Qué generoso soy, que les estoy regalando estas

palabras reveladoras. Váyanse, que ya se acabó la conversación.

—¿Qué debo hacer entonces, señor?

—El compendio de leyes. —Blandió la mano con una rudeza extrañamente elegante frente a la nariz de Megi, como si tratara de espantar una mosca, y cerró la puerta con estrépito ante las caras de los dos compañeros, que retrocedieron asustados.

Lanzando un insulto, Yokoyama se dio de cuerpo entero contra la puerta, que permaneció trancada, sin moverse en lo más mínimo.

—Vamos —le dijo Megi, tomándolo por el brazo. Esquivando la mirada escrutadora de Yokoyama, continuó—: No importa. Mejor vamos a tu casa para estudiar el compendio de leyes.

—¿Acaso el hombre terminó por convencerte? ¿Qué te pasa? —Yokoyama estaba irritado aún en el tren de regreso.

—Bueno, su actitud fue chocante, pero creo que tiene razón en algún sentido.

Yokoyama quedó impresionado ante esta frase.

—Ya veo, renuncias a la flor para quedarte con la fruta. Oye, tú eres un genio, ¡qué sangre fría! En verdad fue muy convincente ese argumento en torno a la coartada de la vida. Podemos pensar en la vida legítima de la que hablaba el hombre.

—El maestro es la misma encarnación del compendio de leyes.

—No seas tan humilde. Podemos hacer algo. Para competir con ese maestro, ¿qué tal si divulgamos la ley de difamación?

—No es posible. El maestro es pariente de un chatarrero adinerado. Y ese comportamiento imponente jamás lo vamos a obtener. Pensemos en algo más elemental, que no requiera un gran capital...

—Es decir, vamos a estudiar el compendio de leyes.

—Eso ya lo dijimos desde el comienzo.

—Discúlpame —Yokoyama emitió un grito tan inaudito que los pasajeros a su alrededor voltearon para verlo—. Creía que tenía confianza absoluta en ti, pero en realidad todavía me falta un poco. Perdóname. Tú lo sabías, y tenías todo bien planeado. Bueno, si me permites una queja, deberías habérmelo revelado mucho antes.

—No es eso —dijo Megi con desolación—. Es que ya tomé la decisión. En la celda, me di cuenta de que...

—¿De qué?

—De que debí haber estudiado más el compendio de leyes...

Un tanto decepcionado, Yokoyama miró por la ventana mientras alargaba el labio inferior. Iba cayendo la tarde. El tren entró en la estación S. Después de llenarse de pasajeros, arrancó dejando fuera a un grupo grande que no había llegado a tiempo... Un grito hizo que todos miraran hacia la puerta. Con una mano atrapada entre los pliegues, una mujer corría a la par con el tren, que se había puesto en marcha. Por

fortuna frenó de inmediato para abrir de nuevo la puerta, y la mujer, ya a salvo, fue atendida por un oficial que la sostenía entre los brazos.

—Menos mal que fue en la parte trasera de la plataforma. Hubiera sido fatal en la punta.

Cuando Yokoyama todavía murmuraba estas palabras, Megi le dio un fuerte empujón, gritando inconscientemente un “ay” de asombro; indiferentes ante la protesta de otros pasajeros, ellos salieron del vagón, aprovechando los segundos en que la puerta permanecía abierta.

Un oficial los retó a gritos. El tren se fue.

—¿Pero qué te pasa?

—Es que me acordé —dijo Megi, apresurado, mientras miraba de soslayo las orejas de Yokoyama con un gesto de extrañamiento—. Fue en el momento en que me hicieron esa pregunta sobre la definición del compendio de leyes. El compendio de leyes y el negocio fructífero se asociaron en mi cabeza con una chispa. En ese momento no supe cómo. A medida que me aproximaba al método de trabajo de mi jefe, la chispa se me hizo más intensa y frecuente. Durante mi estadía en la celda, jamás cesó la chispa. Luego, al salir inocente, creí que ya se me estaba disipando. Ahí apareciste tú para hablarme de mi nombre en la lista roja de atrasados en el pago. Otra serie de chispas. Y por fin, tus orejas.

—¿Mis orejas?... —Yokoyama se tapó perplejo con las manos las blancas orejas estiradas en dirección horizontal, en forma de setas. Sin darse cuenta, habían llegado al extremo de la plataforma, donde comenzaba a bajar la escalera.

—Sí, tus orejas —dijo Megi, colocando un pie en el primer peldaño.

—¿Adónde vamos? —titubeó Yokoyama, mostrándose perplejo.

—No te preocupes. —Megi siguió hablando, confiado—. Al observar tus orejas, se me multiplicaron las chispas, que ya hacían estruendo. Me sentí mareado y asfixiado, como si se me hubiera precipitado el corazón.

—Eso fue por el cigarro.

—No tiene nada que ver. Fue a causa de tus orejas, estoy seguro. Después de eso, cada vez que veo tus orejas, se me intensifica el estruendo, a tal grado que a veces me duele de tan solo verlas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No me lo tomes mal. Soporté todo esto porque estaba seguro de que iba en camino al meollo del asunto. Además, estaba seguro de que el compendio de leyes me iba a dar la respuesta. Sabes, cuanto más sufres al parir, más grande resulta la criatura...

—Deja la tontería. ¿Qué tiene que ver el compendio de leyes con mis orejas?

—Claro que sí, cómo no. El compendio de leyes nos enseñará su precio.

—A ver, déjame preguntarte por última vez —dijo Yokoyama, incrédulo, deteniendo sus pasos—. ¿Por qué te arrestaron?

—Ya te dije que no sabría explicártelo.

—Bueno... —Con los ojos entrecerrados como para escrutar la mente de Megi, Yokoyama torció las comisuras de la boca en un gesto casi irónico.

—¿No crees en...?

—¿En el valor de mis orejas? Imposible.

—Vamos a comprobarlo. ¿Apuestas?

—¿Apuesto qué?...

—Tus orejas, por supuesto.

—De acuerdo. Apuesto lo que quieras.

Al asentir, Megi avanzó primero en el pasaje subterráneo.

—¿Adónde vamos? —Yokoyama estaba asustado—. ¿Por qué no vamos a mi casa si quieres consultar el compendio de leyes?

—Conozco un sitio mejor equipado. Sin necesidad de hojear el libro, podré cantar victoria a simple vista. Es que al ver a la mujer arrastrada por el tren, creí encontrar el compendio de leyes encarnado. En ese instante descubrí la identidad de la chispa. Solo al estar atento, uno se da cuenta de que los compendios de leyes andan sueltos por todos lados. Ya lo estoy viendo en tus orejas también.

Megi lo condujo a un rincón oscuro de la estación S, ubicado entre el kiosco y la sala de espera.

—Ese mismo.

Al dirigir la mirada en la dirección que Megi señalaba, Yokoyama distinguió una caja de acero pintada de amarillo, parecida a una máquina vendedora de chocolates, con una placa que decía: “Venta automática de seguros postales de accidentes de tráfico: con diez yenes se puede asegurar por el valor de veinte mil yenes”.

Megi prosiguió:

—¿Has leído algo del novelista Kobo Abe?

—Solo he oído el nombre.

—Un tipo que escribe puros cuentos raros, que te enseñan, por ejemplo, cómo hacer dinero mediante el compendio de leyes. Recuerdo haber leído un cuento suyo en que narra una anécdota de ganar dinero con esta misma máquina. Seguro se me había grabado en el subconsciente. Mi estómago protesta por la pobreza y ahí se producen chispas en mi cerebro, reclamando que me acuerde de aquel método fructífero, aprendido en algún momento de mi vida...

—Pero qué cuentos tan vulgares.

—¿Perdón?... Ah, ya, te refieres a Kobo Abe, claro, no es gran novelista, pero al menos sabe que el compendio de leyes es el manual para hacer dinero. Creo que ha investigado mucho sobre los métodos para sacarle provechos económicos.

—¿De verdad?...

—Sí, fueron estudios a fondo. Hasta esbozó el plan de fundar un club para explotar esta máquina. Yo, sin embargo, todavía no estaba en condiciones de llevar la vida según el principio del compendio de leyes en la época en que leí ese cuento. Ahora que profundizo en el estudio de las leyes, no tengo el cuento fresco en mi

mente. Pero de repente, estos dos factores se unieron ante tus orejas y la mujer arrastrada por el tren.

—¿Por qué insistes tanto en mis orejas?

—Mira, en esa investigación, mejor dicho, en ese cuento, había varias descripciones. Esto de diez yenes para asegurar el valor de veinte mil yenes solo se aplica a la mutilación completa o a la muerte, y en otros casos se paga en porcentaje, tanto por ciento para los ojos, cual por ciento para una articulación de un dedo, otra cifra para un brazo, etc. De todas las partes del cuerpo, la que resulta más fructífera y menos dañina es el lóbulo de la oreja. Me acuerdo de esto muy bien, porque ese análisis me impresionó mucho. En efecto, podrías estar perfectamente bien sin un lóbulo, ¿no te parece? Además, la pérdida de un lóbulo rinde más que la de un dedo. Creo que era alrededor del diez por ciento. Es decir, una oreja humana vale dos mil yenes en proporción a la inversión de diez yenes. Como la inversión máxima son doscientos yenes, puede valer hasta cuarenta mil yenes, o sea, treinta y nueve mil ochocientos yenes de ganancia potencial. Mira... —Sacó una moneda de diez yenes del bolsillo para insertarla en la ranura de la máquina y tiró de la manivela. Salió por el compartimento del lado izquierdo inferior un boleto de papel grueso, que doblaba el tamaño de un pasaje de tren, con un número inscripto: S-1021... Se dividía en dos partes por una línea punteada al medio: la parte superior para la solicitud y la inferior para el recibo... Se lo alcanzó a Yokoyama y dijo—: Dos mil yenes con esto, ¿ves?

Al recibir el boleto, Yokoyama se quedó mirándolo por el anverso y el reverso durante un buen rato. Tocó sus orejas y levantó la cara, derrochando alegría por los ojos.

—Ya veo que no te entendía bien. Tus ideas me parecieron tan disparatadas que llegué a pensar que te habías vuelto loco. Y resulta que tú eres un poeta genial, que descubres una aventura tan extraordinaria en una vida completamente ordinaria.

—No la descubrí yo, sino que se trata de una mera consecuencia de lo que formula el compendio de leyes...

—¿Qué importan esos detalles? Anda, ofrezco mis orejas a tu disposición. Tómalas como quieras.

—¿En serio?...

—Por supuesto. Si una oreja vale treinta y nueve mil ochocientos, serán en total setenta y nueve mil, ¿y qué más?...

—No, por ahora es suficiente con una sola. Podré cubrir la colegiatura con seis mil yenes...

—No seas tan tímido. Anda, invierte doscientos yenes de una buena vez —dijo insertando una tras otra las monedas de diez yenes—. Mira, de los treinta y nueve mil ochocientos que ganemos, vamos a apartar seis mil para tu colegiatura, y de los treinta y tres mil restantes compremos el siguiente boleto con doscientos. ¿Cuánto sacaremos así?...

—¿No te importa perder las dos?

—¿Para qué otra cosa me sirven estas orejas?

—Bueno, entonces también yo sacrifico mis dos orejas. Con la pérdida de las cuatro, ganaremos ciento cincuenta mil yenes.

—Magnífico. Quería regalarle un par de zapatos a mi novia. Viva el compendio de leyes. Anda, vamos.

Primero decidieron darse empujones en la escalera. Deberían hacerlo con todas sus fuerzas, puesto que su objetivo consistía en despedazarse las orejas. También había que cuidarse de que los vieran. En el segundo peldaño desde el piso de arriba, Megi fingió un tropiezo para empujar por el hombro a Yokoyama, quien voló por los aires para caerse de oreja, tal como lo habían planeado. Hubo una confusión al pie de la escalera.

Megi atisbaba todo a la distancia. Las vallas de la gente a la redonda se separaron de repente para dejar entrever la cabeza de Yokoyama, quien se encontraba en estado de estupefacción. Se le veían las dos orejas grandes, intactas a los lados de la cara.

—¿Qué fue?

—No sé... La oreja rebotó contra algo blando como si fuera una pelota de goma.

Para probar otro método, intentaron frotar las orejas contra el tren que venía entrando a la estación. Pero esta vez no lograron animarse lo suficiente como en la primera prueba de la escalera; se asustaron ante el tren que avanzaba, imaginándose el dolor que les ocasionaría. Tuvieron que tomar somníferos para aventurarse en la prueba.

Después de haber conseguido tres pastillas somníferas y sedantes diferentes, se las tomaron mezclados. En cinco minutos, Yokoyama se ruborizó embotado con una sonrisa de idiota.

Ahora se lanzó briosamente de oreja contra el tren en marcha y rebotó dando vueltas en el extremo de la plataforma. Cuando lentamente se fue quedando quieto, verificaron que no había ni una raspadura en la oreja.

—¿Qué me pasará? —Con la cabeza ladeada se tocó la oreja—. Lo malo es que es demasiado elástica. Por eso rebota como goma.

En el próximo intento, Yokoyama insertó la oreja justo en el momento en que el tren cerraba la puerta para que se la prensara en vilo. A pesar de que el tren lo arrastró más de cien metros, la oreja salió completamente ilesa sin cambiar de color siquiera. Al contrario, se veía más resistente todavía, después de haber sido estirada con fuerza. Se les ocurrió herírsela de antemano, pero eso resultaría ilegítimo. La dificultad con la oreja les pesaba cada día más.

Luego se fijaron en las tablas de acero, colocadas sobre el enganchador del vagón, que se deslizaban rechinantes una encima de la otra. Acudieron al lado del tren y Yokoyama se recostó con la cabeza puesta sobre las tablas simulando una borrachera. Al sostenerlo entre los brazos con una fingida asistencia, Megi lo subió para que encajara la oreja entre las tablas y la pisó con todas sus fuerzas.

Yokoyama lanzó un grito espantoso ante el evidente dolor.

“¡Hey!”, le dijo uno de los pasajeros. Al levantar la mirada, Megi se encontró con la sonrisa maliciosa del hombre, que resultó ser el mismo policía que lo había atendido en la celda. Bajó los ojos apresuradamente para revisar la oreja de Yokoyama, pero solo vio algunas huellas de las rayas, marcadas por las tablas estriadas, sin poder percibir ni un rasguño. Se asustaron ante esa oreja, que ya les parecía algo monstruoso.

De ahí en adelante, los dos compañeros anduvieron sin rumbo en tren durante varios días sucesivos para probar cuantos métodos se les ocurrieran: un día, estando dentro de un edificio en construcción, recibieron con la oreja un ladrillo que caía desde lo más alto; otro día, simulando mirar afuera a través de una ventana, dejaron caer el marco de acero encima de la oreja. Pasaron tres, cuatro, cinco días, y se les acercaba la fecha de vencimiento del seguro, que solo valía por una semana. Misteriosamente, jamás tuvieron éxito. Para colmo, la oreja se ponía cada día más entrenada y fuerte, y ganaba cada vez mayor volumen y peso.

Megi se impacientó, mientras que Yokoyama se desesperaba. Y decidieron acudir al último recurso. Escogieron la estación U, porque no estaba rodeada de paredes y había un puente peatonal que la atravesaba a suficiente altura sobre los andenes. Sin embargo, pareciera que se afanaron demasiado debido al resentimiento acumulado, y estaban casi a punto de desbordarse, contra la oreja. Para colmo, se confiaron demasiado en el éxito infalible de su plan. Mientras Yokoyama se apoyaba contra el poste del puente fingiendo esperar el tren, Megi entró del otro lado al puente y, justo encima de donde estaba Yokoyama, simuló un tropiezo para dejar caer una navaja con el filo levantado, que se salió por un pliegue del bolso al abrirse casualmente. Reluciendo en el aire, la navaja desapareció detrás del parapeto sin hacer ruido.

Hasta ahí todo marchó como habían calculado. Megi permaneció al acecho de lo que sucedería abajo. Sin embargo, no se produjo ningún escándalo. Según la idea inicial, Yokoyama, al ver caer la navaja, iba a cortarse la oreja con su propia navaja escondida y la cambiaría por la otra sin perder tiempo. Al asomarse extrañado, Megi vio que Yokoyama miraba hacia arriba, completamente atontado. La navaja se había clavado en un saliente del paso peatonal.

Trabajosamente, extendió la mano y apenas pudo recoger la navaja. La guardó en el bolso y decidió hacer la misma trayectoria desde la escalera del otro lado, iniciándola con una breve señal previamente acordada. Cuando iba a tropezar de nuevo ante un supuesto empujón de alguien, ese alguien lo agarró por el brazo y a la vez le puso una argolla metálica con un chasquido.

—¡Carajo! —gritó inconscientemente.

—Idiota, es *in fraganti*.

Quien lo había esposado, tirándolo del brazo, fue, como se esperaba, el mismo policía de la celda.

—Permítame un segundo, que tengo que hablar con mi amigo que está aquí abajo...

—Deja de decir tonterías. Si fuera tu amigo de verdad, te vendría a buscar de todas maneras.

—Pero el compendio de leyes... —iba a decir más, pero se contuvo. No supo qué decir. Sintió como si no hubiera necesidad de pensar por su cuenta, y se le ocurrió que todo el suceso seguía una pista premeditada.

En la celda, se encontró —otra coincidencia— con los mismos dos hombres con quienes la había compartido antes. Megi se emocionó inesperadamente al verlos y los saludó con una voz más feliz que nunca.

—Hola, aquí estoy de vuelta. Me da mucho gusto verlos.

(1956)

## EL MISIONERO

*Llevando una misión secreta  
los treinta y dos misioneros  
sin tener con qué probar su fe  
soportan la burla de quienes los conducen  
hacia la tumba fría de la locura*

“Canción de los misioneros”

Mientras esperaba su turno en la antesala, en la que se percibía un leve olor a letrina, el conferencista Junpei Nara, sentado con el cuerpo rígido en un sofá de muelles dañados que no lograba sostenerle la cadera sobre el asiento, dormía la siesta desde hacía un buen rato. Desde luego, no dormía de verdad; solo procuraba no perder el precioso tiempo de descanso, actitud que reflejaba su espíritu moderno caracterizado por el racionalismo. En realidad, no podía reposar serenamente, y apretaba los dientes para contener la rabia.

Fue un día de infortunio. La presentación de la película, programada justo antes de la conferencia, comenzó con veinte minutos de retraso debido al estado de la cinta y, sumados los veinticinco minutos que gastaron para arreglar el proyector a mitad de la presentación, se perdieron cuarenta y cinco minutos en total. Mejor no hubiera insistido en programar la conferencia después de la película. Ante el grupo organizador, que con el nombre de “Esperanza” le sonaba como una agrupación de gente inexperta en aspectos prácticos, Junpei Nara decidió tomar una postura severa para aceptar la conferencia, por un lado con un objetivo aleccionador, por otro para resaltar la magnitud de su estricto sentido cívico, que siempre exhibía como propaganda; después de exigirles con firmeza una suma bastante elevada como honorarios, los acometió aprovechando el momento de la turbación con preguntas inquisitivas: ¿quién era el protagonista del evento?, ¿era la película o el conferencista? Cuando tuvo la certeza de que era el conferencista, Junpei Nara les dijo en enfático tono de reproche que programaran la conferencia después de la película, argumentando que el orden lógico en tales eventos culturales era colocar primero lo menos importante. Habría conferencistas despreocupados en los detalles, pero, según Junpei Nara, nunca sobraban estos esfuerzos para impactar a la gente. Luego les preguntó qué clase de público iba a tener, y al enterarse de que habría muchos estudiantes, les ofreció una hoja de presentación apropiada para el caso,

diciendo que nadie lo conocía mejor que él mismo. Les prometió que se la iba a enviar por correo con suficiente anticipación para que pudieran consultar cualquier duda por teléfono... No había nada que agradecer, pues siempre tenía a la mano cinco presentaciones diferentes, listas para cualquier clase de evento.

Sin embargo, su destacado sentido cívico no servía de nada ante la resistencia anticívica de los organizadores. En casos semejantes, lo natural sería ofrecer una suma extra por la demora de cuarenta y cinco minutos; al recibir este ofrecimiento, que desde luego rechazaría gustosamente, tendría la oportunidad de insistir en que lo más importante no era lo material sino lo espiritual. En lugar de buscar alguna solución que los dejara a todos satisfechos, ellos solo se angustiaban en vano, con los rostros descompuestos por la desolación... No debería confiar más en la retórica sentimental de unos organizadores prematuros y desinteresados.

Además, la pérdida de cuarenta y cinco minutos parecía acarrear un resultado desfavorable, porque podía fomentar la malinterpretación del texto. Para empezar, a Junpei Nara no le gustaba dirigirse a los estudiantes de hoy, que, irrespetuosos del intelecto, no dejaban de buscar vínculos con la política en cualquier tema; apegados a la superficie de la tierra como sapos, parecían incapaces de lograr un salto en sus pensamientos. Considerando la necesidad de estimular con un humor picante a estos seres embotados, había preparado un texto un tanto rebuscado, que decía: “El maestro Junpei Nara, uno de los críticos culturales más importantes de Japón, es columnista permanente del periódico S, conocido por más del setenta por ciento de los estudiantes universitarios fuera de los círculos atléticos...”. A sabiendas de que esta, en comparación con otras destinadas a damas o empresarios, no tenía buena acogida—incluso había pensado más de una vez en rehacerla—, la dejaba tal cual, en fin, sin ánimo de hacer un trabajo extra para agrandar a los universitarios. En esta ocasión también utilizó el mismo texto sin alterarle una sola palabra, solo había llenado un espacio en blanco con esta frase: “Para el tema de hoy, *La perspectiva de la era espacial*, tenemos el honor de contar con la presencia del célebre maestro Junpei Nara, cuyo punto de vista tan lúcido y apasionante se ha convertido en el foco central del periodismo nacional, dejando maravillados a varios científicos especializados”. Una frase tan pomposa siempre terminaba ruborizando a los jóvenes estudiantes. Su objetivo consistía, justamente, en enfrentarlos al hecho mismo de que la sensación de superioridad que guardaban en su interior ante la frase era algo repugnante. Sin el texto previamente elaborado, estos organizadores seguro que defraudarían al público de entrada, presentando al conferencista con puros clichés, tan marchitos como gramíneas en invierno. No tenía por qué descuidarse el rótulo para vender productos del mismo contenido.

No había nada que Junpei Nara odiara tanto como la llamada disponibilidad de concesión o de negociación. Acertado o fallido, el juicio siempre es relativo, por lo cual uno no puede dejar de hacer lo que le parezca correcto; si no existe mutua comprensión en este punto, no funciona ninguna democracia. El exceso de críticas

siempre nos conduce al nihilismo que anhela la aparición de un héroe carismático... Al llegar a este punto de su reflexión, siempre lograba despreocuparse de la reacción del público en estado normal, pero ahora, ante la desesperación total de los organizadores precoces, no le quedó más remedio que buscar alguna medida para cambiar la situación. Esa hoja de presentación haría su efecto solo en un ambiente propicio para la jovialidad ligera y un humor sofisticado; sin embargo, todo iba de mal en peor después de los cuarenta y cinco minutos de retraso, para presentar, de paso, una película tan ridículamente didáctica, apenas mejor que una caricatura, con el título de *Aventuras en el mundo nuevo*. Le haría falta una jugada mágica para domesticar un público tan irritado... Ya se sabía, por esta mala organización, que se trataba de un grupo capaz de disponer de un moderador torpe, que cometiera errores graves que expulsaría a más de la mitad del público, incluso antes de que el conferencista subiera a la tribuna, y que, todo cohibido, leyera al pie de la letra el texto, como si fuera una súplica para calmar a los espectadores ya demasiado aburridos... Claro, era lo que de seguro iba a suceder. “Uno de los críticos culturales más importantes de Japón... columnista permanente del periódico S... setenta por ciento de los estudiantes universitarios fuera de los círculos atléticos... punto de vista tan lúcido y apasionante... el foco central del periodismo nacional...”. ¡Qué horror! Literalmente peor que una mujer fea vestida de gala. Casi se podía imaginar cómo los espectadores le mostrarían sus caras, con los labios fruncidos en un rictus de burla al presenciar semejante escena...

Sin poder aguantar más la inquietud, a Junpei Nara se le ocurrió aprovechar los minutos de demora para explicarles en detalle a los estudiantes organizadores en qué consistía el espíritu esencial del texto. Realizó una aclaratoria realmente exhaustiva; con una perseverancia extrema como para pelar una por una las semillas de maní, les habló en un tono enfático, destacando cada una de las frases con un frenesí de neurótico. Uno tras otro, se fueron retirando con espanto los jóvenes que le prestaban atención por cortesía, y al cabo de diez minutos ya no quedaba nadie alrededor del conferencista.

De manera que ahora Junpei Nara permanecía solo, sincronizando la respiración con el ritmo del sueño para no malgastar ni un minuto de espera.

Sentía que ya había pasado bastante tiempo, pero al ver el reloj se dio cuenta de que apenas habían pasado cinco minutos. Volvieron los pasos, que se detuvieron indecisos afuera de la puerta. Cuando empezó a inquietarse por el silencio que duraba más de lo debido, giró el picaporte, y dejó pasar a un desconocido. Era un hombre huesudo, vestido con un traje ordinario color gris, un tanto mayor que los organizadores, quizás alrededor de los treinta años. No se fijó mucho en él, por considerarlo como un miembro más del grupo.

Al cerrar la puerta a sus espaldas, el hombre avanzó dos o tres pasos para hacer, con los pies juntos, una venia exageradamente cortés; luego habló en un tono elocuente.

—Disculpe, señor, ¿me permite una interrupción?

Ante esta frase Junpei Nara se dio cuenta de que no se trataba de un organizador, sino que era uno de esos descarados que nunca faltaban a esta clase de eventos para incomodar a los conferencistas con la osadía de hablarles directamente.

—No. Necesito pensar en la conferencia... —dijo en un tono tajante.

El hombre, apenado, bajó la cabeza. Agachado un poco hacia adelante, enlazó el pulgar izquierdo con la palma de la mano derecha.

—Lo siento, señor. Es que me pareció una buena oportunidad. Siempre he estado buscando el momento para hablarle a usted y por timidez nunca lo he logrado. Y ahora, al ver que asiste a una reunión tan miserable, he podido confirmar mi sospecha de que usted es un hombre realmente accesible. Desde luego, jamás he dudado de su pasión por discutir nuestros problemas, pero siempre había una pequeña posibilidad de que solo se estuviera aprovechando del “boom” espacial que explotó de un momento a otro con el escándalo provocado por ese satélite artificial...

—No te entiendo nada. No tengo ningún interés en tus asuntos. ¡Déjame en paz inmediatamente!

—Lo siento. Pero, señor, si usted colabora en un evento tan juvenil, cuando el “boom” espacial ya está en descenso...

—¡A ti qué te importa! Deja de ser necio.

—Discúlpeme, por favor, no lo tome a mal... Es que creo que a nosotros...

—Mira —dijo Junpei Nara con la respiración acelerada, como si tuviera un ataque de asma—. No me interesa saber quién eres, pero date cuenta de lo descarado e impertinente que implica el acto de hablar a solas con el conferencista. Todos pagan lo mismo para escuchar mi conferencia, y tú tratas de sacarle más provecho. Este es un robo, ¿sabes?

Esa respiración acelerada, tan característica de Junpei Nara, horrorizaba en general a cualquier atrevido, pero el hombre se limitó tan solo a mostrarse avergonzado sin un asomo de susto.

—Tiene toda la razón, señor. Debí haberme presentado primero, pero ya verá, se trata de un asunto muy complicado. Si le digo quién soy, probablemente no me crea... Es lo más seguro... Ni gente tan sabia como usted... La gran mayoría es incapaz de comprenderme por más que le explique, pero he guardado una secreta esperanza de que usted, tan enterado del problema espacial, sea capaz de seguir mi argumento en detalle... Mejor dicho, usted debe comprenderme, señor, que ya no me queda otra alternativa...

Junpei Nara dirigió sigilosamente la mirada hacia la puerta. Malditos estudiantes, ¿adónde se irían?... Qué fastidio, habría de ser un tipo problemático, quizá algo esquizofrénico. Se veía pálido, con los ojos desorbitados. El cuello demasiado estirado, los hombros caídos y los huesos demasiado salientes en todo el cuerpo. Típico Schizoids según la clasificación de Kretschmer. De haberlo sabido antes no lo hubiera atendido desde el inicio... Cuanto más se quejaba, más le agradaba al

hombre. Mejor hubiera sido sacarlo sin contestarle una palabra o irse a otro lado sin fijarse siquiera en su presencia. Solo en una conferencia tan desorganizada podían aparecer estos indiscretos de mala calaña para burlarse de los conferencistas. En perro flaco todo son pulgas, como dicen.

Después de una breve pausa, el hombre habló dubitativo, en voz baja.

—Disculpe... usted duda de mí, señor... Ya que me da lo mismo, me atrevo a decir de una vez que... soy marciano...

Junpei Nara lo observó estupefacto. Con el cuerpo dividido en dos, se sintió extrañamente desgarrado, entre la parte delantera que quiso soltar una carcajada y la trasera que temblaba de terror. Idéntico en apariencia al japonés, aunque un poco fuera de lo común, le pareció demasiado ridículo que se creyera marciano, y experimentó una repugnancia rara al saber que este hombre ridículo se había fijado en él. Mientras pensaba que debía mantenerse indiferente, esperando con paciencia a que volvieran los estudiantes a su lado, se le despertaba gradualmente el orgullo típico de los profesionales letrados... Se encontraba a sí mismo lleno de combatividad, diciendo sin querer para sus adentros: “No me dejaré arrastrar por un truco tan pueril, verá lo que sucede al tomarme por una presa fácil”.

Frunciendo la punta de la nariz con actitud de burla, Junpei Nara clavó su mirada sañuda en las patas de la mesa y dijo de un tirón con la fuerza de un resorte:

—¿Marciano?... ¡Marciano!... Deja de decir tonterías, que en Marte no hay animales superiores. Esto está verificado científicamente. Tú también eres un animal superior, ¿verdad? ¿O acaso no? Entonces no puedes ser marciano. Olvida ese viejo truco, que ya no estamos viviendo en la época de Wells. Marte es un planeta congelado, sin agua ni oxígeno, al igual que el desierto a la altura de veinte mil metros. A lo sumo habrá musgos o moho...

—Tiene razón, usted sabe mucho.

—¡Deja de burlarte! ¡No soporto tamaño descaro!

—Claro, usted tiene toda la razón... No soy marciano en el sentido en que dice usted, señor. Pero sí lo soy en el sentido en que los europeos que emigraron al nuevo continente ahora son americanos.

—Ya veo. Compraste un terreno mediante la Asociación Marciana, querrás decir. Sin embargo...

—Qué va. No me enoja porque sé que solo está bromeando, pero sepa bien que nuestro gobierno no reconoce una asociación tan estúpida. Dado que no está reconocida por el gobierno, es completamente nula.

—Entonces, dices que tú eres funcionario del gobierno marciano.

—No precisamente. Más que funcionario, soy delegado oficial del gobierno, a cargo de la negociación con los terrícolas...

—Ya... Bajo tu autorización fundarán una nueva empresa para vender más terrenos en Marte. No creo que hayas llegado a la persona apropiada.

—No me está entendiendo, señor —dijo el hombre con una voz afligida que se le

enmarañaba en la garganta—. Soy un marciano auténtico. Hace mucho que emigramos de otro planeta para establecernos en Marte.

—¡Deja esa tontería, que tú eres un japonés común y corriente!

—¡Eso, señor! Ahí está el problema.

El hombre cambió de postura por primera vez y abrió los dedos esbeltos al posar la mano en un rincón de la mesa.

—Los marcianos estamos muy angustiados ante el problema. Hasta el momento en que estaba a punto de realizarse la anhelada visita a la Tierra, no tomamos en serio esta apariencia física, tan parecida a la de los terrícolas, pensando que más bien nos iba a favorecer para infundir confianza, pero al analizar bien la situación, caímos en la cuenta de que iba a ser un obstáculo fatal. Usted sabe, al llegar a la Tierra, ¿cómo podemos demostrar que somos marcianos?! Y vea lo que pasó. Mientras no pueda acreditar que no soy terrícola, nadie creerá que soy marciano...

Junpei Nara sintió en su mente una chispa de curiosidad. Era un silogismo absurdo al fin y al cabo, pero contenía suficiente material como para tres artículos de revistas y hasta nueve conferencias sucesivas.

—Tienes una lógica interesante. Pero mira, ¿por qué no me enseñas algún objeto típico de los marcianos? El vehículo en que viniste a la Tierra, por ejemplo. O bien puede ser algo que no exista en la Tierra...

—Claro que sí hemos pensado en eso, porque sí hay cosas típicas de Marte, desde el paisaje hasta la vestimenta. Y nuestro vehículo ciertamente es único... Mejor dicho, tan único que no sirve para el caso. Es que no se trata de un vehículo, propiamente dicho, sino de un sistema... o sea, un estado de la energía... A ver, ¿cómo le explico?... No soy especialista en ciencias, pero... Mire, usted sabe que es posible transformar un objeto en energía. Es una técnica antigua. Sin embargo, es sumamente complicado transformar la energía en un objeto. Me han dicho que los terrícolas lo han logrado solo en forma muy elemental y que todavía no han llegado a producir objetos con estructuras complejas, mientras que los marcianos descubrieron el método hace mucho tiempo. Desde que formalizaron la teoría llamada "física topológica", no demoraron mucho para inventar el sistema de convertir la energía en objetos y realizar el proceso en diferentes sitios. Desde luego, esta técnica puede ser un arma poderosa según el uso. Imagínese qué sucedería si de repente un objeto aparece dentro de otro. Por ejemplo, al desplazar en un instante el Dimos o el Fobos, que son nuestras lunas, al interior de la Tierra, esta se va a hacer añicos en cinco segundos. Bueno, solo estoy bromeando, y obviamente no tenemos una intención tan insensata. Por fortuna, ya no existen naciones en Marte...

—¿Solo el gobierno integral?

—Podríamos llamarlo así. Tiene más historia que la misma Tierra...

Mientras pensaba en su interior que habría de ser un loco a comienzos de la década de 1950, se sintió acosado por la curiosidad.

—Bueno, sigue.

—Esta técnica trajo un rápido desarrollo del sistema de transporte. Al principio fue tan solo la carga de objetos inorgánicos, pero pronto comenzaron a abordar objetos orgánicos. Hay una pequeña diferencia temporal entre el transporte de objetos orgánicos y el de objetos inorgánicos, de modo que tuvieron que construir dos formas diferentes de estaciones. La red de respectivas estaciones, que se extendió hasta los últimos rincones del mundo, nos permitió viajar a cualquier distancia en un segundo. En las estaciones de viaje, se ven varias hileras de cabinas, como las cabinas telefónicas de este país. Después de solicitar el destino, uno entra a la cabina indicada para pulsar un botón e inmediatamente está en la otra estación... A medida que profundizaron en las investigaciones, descubrieron que era posible hacer un viaje interplanetario mediante el mismo sistema. El único problema consistió en que no podían construir una estación en el destino para evitar el choque. Desde luego, la ubicación de la superficie terrestre se puede calcular fácilmente, y no habrá riesgos de llegar sangrando, con las piernas hundidas en la tierra de las rodillas para abajo, como si se hubiera pisado una mina. ¿Pero qué tal si de pura casualidad pasa un perro? Una fusión nuclear en un instante. Esas casualidades están fuera del alcance de los cálculos. Hemos tenido muchísimo cuidado para escoger un sitio que esté desierto, como la cancha de una escuela primaria a medianoche, pero igual fue una aventura de vida o muerte para uno. Tremendo susto me pegué de verdad. Me quedé empapado de sudor de pies a cabeza al encontrarme a salvo después de consumir el viaje...

—Ya veo, así que no me puedes mostrar el vehículo. Qué ingenio. ¿Pero ya no volverás en el mismo vehículo?

—Claro que sí. Cada cuatrocientos días me recogen en el mismo punto del aterrizaje.

—¿Cuatrocientos días?

—Por la diferencia que existe entre Marte y la Tierra, en relación con la rotación y la traslación.

—Pero si no existe la estación, ¿cómo pulsas el botón?

—No, señor, quizá le parezca extraño, pero al tratarse de objetos orgánicos, se puede retrotransportar sin estación, con tal de que se realice desde un punto prefijado. Muchos creen que sería más fácil mover objetos inorgánicos, que son de estructuras más sencillas, pero es al revés en realidad; no solo no se pueden retrotransportar sino que, en el caso del transporte inicial, se produce un desajuste en proporción, es decir, la distancia al cuadrado cuando llega al destino. Yo no entiendo en detalle, pero parece que los objetos orgánicos contienen una energía especial que funciona como un riel en el ferrocarril.

—Por eso no pudiste traer nada inorgánico de Marte.

—Exactamente. Hubiera sido un peligro innecesario.

—Pero —dijo con los labios retorcidos por una sonrisita sarcástica— ¿por qué no trajiste seres orgánicos, por ejemplo, un perro marciano, un pájaro?...

El hombre bajó la mirada, un tanto turbado, y asintió desprevenido.

—Qué lío... Es que todo parece como inventado... No entiendo cómo todo esto sale tan preciso... A decir verdad, no hay animales ni perros ni pájaros en Marte... Nuestros ancestros emigraron sin llevar ninguna clase de animales, porque ya tenían la técnica para procesar proteínas artificiales...

—¿Y por qué no trajiste fotos? Una foto no te pesaría nada. Sea del paisaje, la arquitectura o la vida cotidiana...

—Claro que lo hicimos. Los papeles que usamos para imprimir son de fibras minerales y son objetos inorgánicos, pero se pueden enviar sin correr peligro al lanzarlos, primero hasta cierta altura y luego dejarlos caer a la superficie. Ya hemos enviado de esta manera decenas de fotos, pero parece que se dispersaron en el viento y cayeron directamente en manos de terrícolas. Nunca supe cómo, pero las imágenes, desde los paisajes naturales hasta las ciudades embovedadas, se han divulgado a nivel popular como esbozos imaginarios de Marte... Obviamente, esas fotos ya no sirven, pues no prueban nada. Acaso merecerían una burla de la gente que las considera como tomadas de las películas de Disney.

Junpei Nara dirigió la mirada un tanto irritada al rostro del hombre, pero habló en un tono suave, deteniendo la voz detrás de la lengua:

—¿Pero cuándo volverás? ¿Falta mucho para completar cuatrocientos días?

—No, la fecha ya está muy encima —dijo el hombre, mostrando los ojos de tonalidad extrañamente elegíaca.

Junpei Nara soltó una carcajada.

—Entonces no hay ningún problema. ¿Por qué no invitas a los periodistas para que presencien tu regreso a Marte? Yo también aceptaré tu invitación con muchísimo gusto. Al llegar el instante del regreso, desapareces de repente de la cancha de la escuela primaria, muy lejanamente brilla un planeta de color rojo... Así ya nadie dudará de tu identidad marciana...

—No, no puedo —dijo firmemente el hombre con el cuerpo inclinado hacia adelante—. No puedo regresar antes de cumplir mi misión. Es demasiado riesgoso aterrizar en la Tierra, no podré repetir el viaje tantas veces. Estoy aquí solo por la misión.

—¿Pero de qué misión estás hablando?

—La misión de ubicar a un terrícola representativo, que me reconozca como marciano.

—Y cuando lo encuentres, ¿qué sigue después?...

—Lo nombramos promotor para poner en marcha el proyecto de construir una estación en la Tierra. Luego lo invitamos a Marte para que conozca minuciosamente el estado en que nos encontramos. Con un informe oficial que entregue a la autoridad, empezará a fluir el proceso de negociación.

—¿Cuánto costaría la construcción de una estación?

—Bueno, será alrededor de cinco mil millones de yenes.

A Junpei Nara le entró una duda. A lo mejor no se trataba de un loco sino de un

estafador. En tal caso, su método resultaba demasiado malicioso. “Debería odiarme mucho al tramar algo tan elaborado, solo para convertirme en objeto de risa...”. No recordaba haber infundido tanto odio en alguien. ¿O sería un loco de verdad?

“... Pero qué loco tan profundamente convencido. A ver, pero si es un loco de verdad, le puedo sacar provecho. Puede servir de chiste para remediar tantas torpezas absurdas de hoy. ¿Qué tal si lo utilizo para esta conferencia? Sí, no está mal la idea... no le faltan toques satíricos... Con el título de Marciano falso... ¿Será demasiado vulgar? ¿O ‘La lógica dentro de la caja’? Suena demasiado sofisticado. Tengo que pensar en el intermedio”...

El hombre le susurró con una voz desconsolada:

—Señor, ¿usted me acompaña?

—A ver, pero dime la verdad, ¿quién eres?

—Le estoy diciendo que soy marciano. Ni más ni menos. Se lo suplico, señor, créame, por favor. Por lo que más quiera. Estoy seguro de que usted cree en la existencia de los extraterrestres, y yo mismo lo soy. Por favor, señor, acompáñeme.

—¿Acompañarte adónde?...

—Dentro de poco llegará el momento de mi regreso. Solo me falta media hora. Si perdemos esta oportunidad, tendremos que esperar cuatrocientos días más. Ya estoy cansado por esta gravitación tan fuerte de la Tierra. Me canso mucho solo al estar de pie. Por favor, señor, venga conmigo.

—¡Sin violencia, hombre! —Junpei Nara se levantó para sacudirse los brazos que lo atrapaban por las mangas. Se le inflamó el corazón, olvidado de los latidos.

—Perdone... Yo no lo quiero forzar, pero póngase en mi lugar. Imagínese lo terrible que me siento al no poder demostrar que soy marciano siendo marciano. Sé que a la fuerza no se debe... Pero si usted insiste en no creerme, señor, no me queda más remedio que acudir a la violencia...

—¡Quítate de ahí, deja de decir estupideces!

—Por favor.

—¡Vete!

—Sé bien el peligro que implica ponerse violento. Hasta ahora han llegado treinta y ocho marcianos a la Tierra, de los cuales siete explotaron al fallar en el aterrizaje. En la oficina de bomberos se registraron como explosiones o incendios con causas desconocidas. Los treinta y un restantes se hastiaron de la misma lucha hasta forzar a alguien a que los acompañara a Marte y terminaron en manicomios después de ser entregados a la policía. Entre los que llegamos vivos, yo soy el misionero número 32. Mis antecesores insistieron muchísimo en que no me apresurara y que me cuidara de caer en la desesperación de acudir a la fuerza, pero yo ya no puedo más, señor, estoy hartos. Usted, tan imaginativo que es, me comprenderá, no me va a abandonar, ¿verdad?

—¡Suéltame, te digo!

—No puede ser. Usted es un aliado nuestro. Por favor, señor, se lo suplico. ¿O

acaso tengo que llevármelo a la fuerza? ¿Me obligará a maltratarlo? No me diga que está pensando en mandarme al manicomio. No, imposible. Usted no es como otros bichos apegados a la Tierra, ¿verdad? Los treinta y un antecesores míos no tuvieron buenos ojos para escoger y cayeron en la trampa de esos bichos inútiles, pero yo no me he equivocado, estoy seguro. Tuve la suerte de conocerlo a usted, ¿verdad que sí, señor?

Mientras el hombre lo acosaba con viscosidad, estirando sus manos inhábiles como si estuviera luchando por librarse de la doble gravitación terrestre, Junpei Nara lo empujó a ciegas y escapó hacia el pasillo a toda carrera.

Escuchando a su espalda las pisadas estrepitosas del hombre, que le gritaba: “¡Espere, por favor, señor!”, atravesó a toda prisa el pasillo en penumbras para alcanzar la escalera que se comunicaba con el escenario. Los estudiantes que permanecían ahí apoyados contra la pared para ver la película a escondidas se horrorizaron ante el grito amenazante de Junpei Nara, y se dispersaron a la desbandada sin darse cuenta de que en realidad les pedía auxilio. Huyeron con tanta celeridad que Junpei Nara no supo en dónde se escondían. Casi sin conciencia corrió escalera arriba y se encontró a sí mismo enfrente de la pantalla. Justo en ese momento se veía en la escena una nave espacial que, girando como un trompo, se despegaba de la estación con destino a Marte. La sombra de su busto borró la nave espacial. “¡Quítate de ahí!”, gritaron algunos espectadores. Al mismo tiempo, desde el bastidor se oyó la voz del marciano, que decía: “Por favor, señor...”. Junpei Nara se lanzó apresurado al auditorio. Entonces alguien se espantó con un grito y comenzó a correr para ganar la vía de escape. Fue uno de los estudiantes escondidos, que creyó haber sido descubierto por el conferencista. En reacción se oyeron simultáneamente en varias partes los pasos desesperados de los jóvenes, que, confundidos, trataron de huir corriendo, pero todos los ruidos fueron absorbidos por la música estruendosa que acompañaba el final de la película; en la pantalla volaba con serenidad la nave interplanetaria en medio del espacio oscuro.

Después de derrumbar la puerta con toda su fuerza para salir, irrumpió en la oficina y tomó el auricular para llamar a la policía sin hacerle caso a nadie.

—Vengan inmediatamente, por favor, que se trata de un loco que se ha puesto violento...

En diez minutos llegaron los policías y no demoraron mucho en alcanzar por un costado al supuesto marciano, que todavía andaba en insistente persecución de Junpei Nara. Lo levantaron en vilo con facilidad, sujetándolo por los dos brazos como si jugaran con un niño, y lo metieron en una jaula blanca acondicionada con un motor.

Al presenciar todo este procedimiento a través de una ventanilla de la oficina, Junpei Nara se sintió tan disgustado por la idea de que pudiera haber sido un marciano auténtico, casi a punto de verse con el ceño agigantado de repente... o con la cabeza estirada como por tres metros en dirección horizontal... No habría

necesidad de agregar que su conferencia de esa noche resultó demasiado trastornada para el público. Sin embargo, al terminarla, la cara se le iluminó con una extraña alegría, porque se sentía compensado por un título maravilloso que se le había ocurrido por algún motivo misterioso a mitad de su charla: “El síndrome espacial”.

(1958)

# HISTORIA DE LAS PULGAS QUE VIAJARON A LA LUNA

1.

Hay gente que no tiene ningún interés en los informes de reuniones. Lo sé muy bien, pero pienso que no dejarán de interesarse de una u otra manera en esta reunión, de la cual voy a hablar en adelante. Mejor dicho, les aseguro que es una historia interesante, ya que se trata de una reunión tan extraña y moderna que se convocó bajo el título de “Congreso Nacional de Insectos Dañinos”.

Me permito hacer una pequeña anotación entre paréntesis, por si hay gente terca que insiste en negar tanto lo extraño como lo moderno del congreso en cuestión; para hablar con más exactitud, no es un mero congreso de insectos dañinos, sino el congreso de insectos dañinos higiénicos. Comprenderán que son dos cosas bien distintas. Creo que quienes detestan las reuniones formales suelen mostrar, a la inversa, un interés particular en asuntos higiénicos.

Al decir insectos dañinos higiénicos, desde luego me refiero específicamente a los insectos vampiros, es decir, los que chupan sangre a los humanos y al ganado, tales como zancudos, pulgas, piojos y chinches. En la época en que prosperó la clasificación ecológica, hubo científicos que cometieron el error de clasificarlos en una sección del Congreso de Insectos Parásitos, debido a este mismo atributo, pero por fortuna ya lo rectificaron al otorgarles una posición merecida en la sección más representativa del Congreso de Insectos Dañinos.

Si me permiten otra intervención a fin de evitar confusiones, les aclaro de una buena vez que dicho congreso no tiene nada que ver con el llamado congreso *contra* insectos dañinos. A pesar de que la diferencia entre “de” y “contra” no parece tan pertinente, el uno y el otro son como dos polos opuestos en realidad. Por ahora no me meto en detalles, ya que pronto verán en qué consiste la diferencia según la marcha de la historia; solo les ruego que sepan de antemano que sí es importante la diferencia.

El congreso se celebró a fines de agosto en el sótano de un edificio de Shinjuku, Tokio. Habrá quienes se extrañan ante la selección tan anormal del lugar, pero quizá los convenza al informarles que el Congreso Internacional de Nueva York, a comienzos de año, también fue en el sótano de un edificio localizado en una zona suburbana. Acuérdense de que no se trata del congreso *contra* insectos dañinos, sino del congreso *de* insectos dañinos. La diferencia entre “de” y “contra” se manifiesta de esta manera.

Me han dicho que se reunieron miles o millones de insectos. La diferencia entre

las dos cifras parece demasiado grande, pero en realidad no lo es. Al tratarse de miembros tan inquietos, no es de extrañarse que salieran o entraran tantos individuos en el transcurso de las discusiones, que por cierto duraron un tiempo casi exagerado.

El congreso se inauguró a las doce en punto de la noche, por la sencilla razón de que el lugar solo se desocupó a esa hora; es decir, se celebró en un local conocido comúnmente como bar, del cual soy uno de los clientes más asiduos. En condiciones normales, me sacan del bar a las doce menos cinco y cierran la puerta a mis espaldas en pocos minutos, pero ese día me había pasado de ginebra. El exceso de ginebra siempre me embota el juicio como si me envolvieran en una manta negra hasta el fondo del cerebro. Para colmo, parece surtir un efecto como de volverme transparente, ya que no solo no me veo a mí mismo, sino que tampoco me ven los demás. Al despertarme con un dolor agudo en una de las axilas, me encontré a mí mismo abandonado entre dos sillas en un rincón del bar. Iba apresurado hacia la puerta cerrada cuando me invitaron a asistir al congreso, que estaba a punto de inaugurarse. Ya ven que no estoy al tanto del Congreso de Insectos Dañinos porque sea médico o porque fuera coleccionista de insectos en mi época escolar, sino por la simple casualidad de haberlo presenciado con mis propios ojos. A los insectos no les importó que alguien asistiera como observador, siempre y cuando fuera un ser humano; o quizá ni les hubiera importado que fuera un gato recién nacido.

Al ver la puerta cerrada con candado, supe que tenía que pasar la noche con ellos de todas maneras y que era inútil rebelarse en esas circunstancias, y decidí obedecerles sin resistencia. De manera inesperada, me fue de gran ayuda el ungüento antihistamínico que siempre cargaba en el bolsillo para aliviar la dermatitis del afeitado.

2.

Resultó que la gran mayoría de los participantes del congreso eran pulgas. Quizá hubo también piojos y chinches, pero estos apenas se notaban. De seguro se extrañan ante el hecho de que ellos mismos lo denominasen “Congreso de Insectos Dañinos”. A mí también me pareció extraño al comienzo.

—Me imagino que son muy modestos.

—¿Modestos?! —gritó atontada una que se ocultaba detrás de mi oreja.

Me apresuré a corregir:

—Bueno, quiero decir que tienen buen sentido del humor...

Mi interlocutora —en realidad no sé si fue la misma, pues nunca supe distinguir las pulgas— me espetó de inmediato en un tono tan provocativo que me dejó desorientado:

—¿Humor?!

—Es que ustedes mismos se reconocen como insectos dañinos...

—¿Quieres decir que es un honor reconocerse como insectos útiles?

Era tan solo la diferencia de puntos de vista. Hay hombres que se alegran al ser tratados como fascistas. Me limité a sonreír de manera evasiva.

Sospecho que ya están aún más extrañados al ver que me pude comunicar con los insectos. Tienen razón en términos generales; en primer lugar, los insectos no están dotados de la capacidad para pensar. No niego que es posible atribuir todas estas peripecias al efecto de la ginebra, pero me gustaría que reflexionaran un poco antes de sacar una conclusión prematura.

Supongamos que los seres humanos tenemos aptitud para pensar e intercambiar opiniones gracias a la corteza cerebral altamente desarrollada. Sin embargo, el cerebro en sí no sirve de nada si no lo entrenamos a través de la vida social para que llegue a formular pensamientos; esto ya no es cuestión fisiológica sino filosófica... Entonces, ¿quién se atrevería a afirmar que no se les puede aplicar el mismo planteamiento filosófico a las comunidades de pulgas o de piojos?

Por supuesto que yo tampoco tengo seguridad, porque sí es cierto que me había pasado de ginebra ese día. Aun así, me gustaría insistir en que todo gran descubrimiento suele originarse en un acontecimiento dudoso. De momento, solo procuraré resaltar la veracidad de lo que me sucedió en esa ocasión.

3.

Pasaré a relatar el contenido del congreso. Esa noche hablaron en torno a un tema tan majestuoso como: “En busca de la superación de la inminente crisis de la paz”. Lamento tener que decirles que no me será posible detallarlo porque el unguento antihistamínico se me acabó apenas inaugurado el congreso; me rasqué todo el cuerpo empapado de sangre y casi no me mantuve despierto pues sentía mi conciencia abrasada sobre la arena hirviente. Así que solo me limitaré a esbozar el ambiente general de la reunión.

En resumidas cuentas, las discusiones se enfocaron en el proyecto ruso de lanzar un cohete a la Luna. No es de sorprenderse por la rapidez con que se informaron de las novedades del mundo si se tiene en cuenta su innato carácter omnipresente, pero no dejé de admirar su intuición política ante la situación internacional.

Según los insectos, los seres humanos se han convertido en animales cada vez más difíciles de tratar en estos últimos años, a medida que se alejan de su estado natural con ciertas innovaciones, como la modernización de la residencia, el sistema de alcantarillado, el jabón químico, el DDT y la lavadora. Solo que hasta ahora siempre han estallado las guerras con cierta regularidad para devolver a los seres humanos a su estado salvaje. Los soldados y la gente pobre del barrio han sido sus aliados más fieles. ¡Esos buenos años de guerras sucesivas, en los cuales millones de insectos dañinos emigraban en manadas hacia los campos de batalla y los escombros!

Han pasado quince años desde que terminó la última guerra... Ha durado demasiado el tiempo de paz. Los insectos han aguantado con optimismo, creyendo en los especialistas y profetas que anuncian la inminente caída del régimen actual, pero no solo no ha habido grandes guerras sino que la situación ha ido de mal en peor con el desarrollo del sentido higiénico, que ahora se observa hasta en los trenes y baños públicos. En tales circunstancias, el cohete lunar representa una crisis profunda que los obliga a planear una solución.

El cohete significa una amenaza fatal en la medida en que —lo mismo sucedió con el satélite artificial— genera el temor a que disminuya aún más la probabilidad de las guerras, hasta que desaparezcan en su totalidad...

Desde luego, no todos los insectos dañinos compartieron el mismo punto de vista. Me contaron que había surgido en el congreso anterior, celebrado en Nueva York, tanta disparidad de opiniones entre los participantes multinacionales que estuvieron a punto de escindirse definitivamente.

Las opiniones, *grosso modo*, parecen clasificarse en tres categorías: la primera, representada por las pulgas norteamericanas, consistía en el optimismo americano de creer que la escasez de guerras no era ningún síntoma de la derrota del sistema capitalista; según ellas, se conservarían hasta la eternidad tanto las batallas armadas como la pobreza, aun cuando disminuyera la frecuencia de las guerras. La segunda la sostuvieron las pulgas rusas, enteradas hasta cierto grado del marxismo, que atribuían las guerras al régimen capitalista; se trataba de una especie de pesimismo, pues estaban convencidas de que desaparecerían tanto las guerras como la pobreza en un futuro cercano con el desmoronamiento del capitalismo. En el debate, las pulgas rusas no se esforzaron por imponer su punto de vista; en cambio, parecían resignarse con fatalismo a la pronta extinción de todas las especies de insectos dañinos higiénicos y se sumergían en una euforia casi religiosa, imaginándose la belleza de la vida efímera para el tiempo que les quedaba por vivir.

La tercera, apoyada por pulgas de varias nacionalidades, incluyendo las japonesas, resultó ser la más alentadora; esta agrupación multinacional criticó con tono agresivo tanto el fatalismo ruso como el optimismo norteamericano, insistiendo en que las norteamericanas deberían rebelarse con más decisión en contra de la paz internacional mientras que las rusas deberían impedir el lanzamiento del cohete lunar con todas las medidas posibles. Sin embargo, esta tercera opinión fue vencida por los dos poderes políticos, que la consideraron como un idealismo histórico, carente de sentido realista. Por un lado, las pulgas norteamericanas, además de ser numerosas, estaban dotadas de un cuerpo grande y cerebro desarrollado; por el otro, las rusas tenían como aliada a la inmensa mayoría de insectos pusilánimes, como zancudos y chinches. Ante la fuerza abrumadora de las dos vertientes, las pulgas no aliadas se mostraron incompetentes por completo.

No obstante la derrota en el debate, estas no se conformaron del todo; la decisión forzada del congreso en Nueva York solo sirvió para infundirles desconfianza sin

alterar de ninguna manera su punto de vista original. Si bien era cierto que el oportunismo que se apoderó del Congreso Internacional de Insectos Dañinos los dejó sin mucha esperanza de guerras mundiales, la convicción belicosa se consolidó aún más entre ellas.

Tengan en cuenta estos antecedentes para comprender el fervor que se generó hoy durante los debates del Congreso Nacional de Insectos Dañinos Higiénicos.

4.

—¿Qué tal? ¿No te parece maravilloso? —murmuró entre suspiros una pulga que permanecía pegada a mi cuello, mientras sacudía el peso de su panza repleta de sangre. Conteniendo las ganas de aplastarla de un manotazo, me apresuré a responderle con los dientes apretados:

—No entiendo... El éxito del cohete lunar significa que habrá menos esperanza de guerras en el futuro, ¿no es cierto?

—Claro que sí...

—Y siguen alborotados por un evento tan risible...

—Qué tonto eres... mira, ya te lo explico... Hemos decidido abrir un porvenir por nuestra cuenta sin hacerle caso al Congreso Internacional.

—¿Pero con qué método?...

—¿Cómo?... ¿Acaso no escuchaste la declaración final?

—Sí la escuché, pero... es que... todavía no me queda claro...

—Ya veo que te falta sangre en el cerebro...

—Es porque me la chupaste demasiado. Deja de ser impertinente.

—Ah, perdóname... En fin, hemos decidido aprovechar el cohete lunar para dejar a nuestros hijos en la Luna, ¿me entiendes?

—Ya...

—Aun cuando nos extinguiéramos sin dejar rastros aquí en la Tierra, nuestros descendientes se mantendrían al acecho en la Luna.

—A la espera del estallido de una nueva guerra, ¿verdad?

—Ojalá, pero eso no es muy factible.

—Entonces, ¿qué esperarían?

—¿Cómo que qué esperarían? ¡La llegada de los seres humanos!

—¿Seres humanos?

—Claro, tenemos fe.

—Tarde o temprano llegarán los seres humanos a la Luna... pero esparcirán insecticidas en cuanto aterricen, al igual que en la Tierra.

—¡Qué va, hombre!... ¿Acaso no eres humano? Hablas como si fueras una pulga rusa... Esos bichos rusos no tienen ninguna formación psicológica... Tenemos fe en que los seres humanos, aunque de momento se sientan impulsados a aniquilar a todos

los insectos dañinos higiénicos sobre la Tierra...

—¿Y?...

—¿No te acuerdas de que hace tiempo hubo un poeta que recitaba...?

Lamento decirles que no escuché más; sin poder soportar más el peso de la panza, la pulga se cayó al piso. Al mismo tiempo, el silbido del primer tren anunció el amanecer. Con las palabras de clausura se oyó un crujido como de bosque de bambú y hubo salpicones de agua en todo el espacio. Mentira, no fueron salpicones de agua, sino brincos simultáneos de todas las pulgas reunidas.

5.

¿Ven cómo sí es posible una reunión tan divertida en el mundo? A pesar del dolor físico que tuve que soportar, experimenté un gran placer psicológico al asistir al congreso.

Después de una semana, leí por casualidad en la biblioteca —quizá bajo el dominio del subconsciente— un artículo sobre los hábitos de las pulgas.

Y me enteré de que las pulgas, al ser colocadas al vacío, vomitan todas las vísceras por la boca para quedarse invertidas y alcanzan a vivir más de veinticuatro horas en ese estado; en cuanto se ponen en contacto con el aire, se tragan de nuevo las vísceras para recuperar su estado normal. Además, dicen que sus huevas resisten más de tres años de sequía. Esto quiere decir que la decisión tomada en el congreso nacional por las pulgas japonesas no fue ninguna exageración quimérica.

Para colmo, las investigaciones recientes han revelado que hay volcanes activos en la Luna y que puede haber, aunque sea en un grado mínimo, agua y oxígeno entre los resquicios de la corteza o por debajo de la capa de polvo. Qué pesar. Me sobrecogí de repente. ¿Qué habría querido decir esa pulga en relación con la psicología humana? No estaba del todo fuera del alcance de mi imaginación, pero no me animaba a creérmelo hasta que me lo aclaró la misma pulga de su propia boca.

Varias veces estuve a punto de escribir al gobierno ruso para notificarlo del plan de las pulgas japonesas, pero me faltó osadía para hacerlo a tiempo; mientras yo demoraba en decidirme, Rusia lanzó al fin el cohete lunar. Según la prensa, los técnicos tomaron precauciones extremas en contra de las bacterias, pero parece que no se les ocurrió considerar el peligro de las pulgas.

¿Esas pulgas abordarían el cohete, tal como lo habían planeado, para viajar a la Luna?

No habría necesidad de decirles que fui esa misma noche al bar de siempre para tomar ginebra. Me sobresalté apenas di un paso. Me llegó a la nariz un fuerte olor a insecticida y vi el piso entero emblanquecido por completo. Lancé un grito sin querer: ¡quién sería capaz de tomar licor en medio de un olor tan espantoso! El dueño me pidió disculpas y me prometió que nunca más recurriría al insecticida... ¿Cuándo

volverían las pulgas al bar?

Pasaron algunos días de desasosiego. No tuve que esperar demasiado hasta que me encontré de nuevo con la pulga. Creo que fue al cuarto día. Cuando disfrutaba de la ginebra sin apuro, como de costumbre, sentí una picadura en el cuello. Me extrañé al ver que todavía faltaba tiempo para la medianoche. Detuve la mano que había alzado por instinto y le hablé en el tono más amable que me pudiera permitir:

—Oye, ten cuidado; no caigas al piso, que está lleno de insecticida.

—¡Qué ridiculez!

—¿Cómo?

—De tan poco insecticida nos escapamos solo con un estornudo...

—Ya veo... A ver, cuéntame, ¿cómo les salió el plan?

—¿El plan de qué?

—Acuérdate, ese de aprovechar el cohete lunar.

—Ya...

—¿Qué te pasa? Estás como desanimada...

—Sí... Al comienzo todo marchaba como habíamos planeado...

—¿Y luego?

—Desgraciadamente había otros pueblos que pensaron en lo mismo, y las dos representantes se enfrentaron en mal momento dentro de la nave... La otra era nada menos que la alemana, tan terca como nadie...

—Ya...

—Estando a bordo, tuvieron una riña terrible. Esa bicha empezó a decir que la japonesa debería abstenerse del viaje argumentando que la mancha negra en nuestra panza era un indicio de la degeneración racial...

—¿Crees que es válido ese argumento?

—¡Qué va! A decir verdad, las rayas curvadas que tienen ellas en el cuerpo no son sino las evidencias de su estado degenerado...

—¿Y qué pasó después?

—Al cabo de una batalla de comes o te comen...

—¿Quién ganó?

—Se mataron las dos... Es que se estuvieron mostrando una a la otra las vísceras todo el tiempo...

—¿Pero cómo supiste el desenlace?

—Bueno, uno lo sabe después de deliberaciones filosóficas.

Durante un largo rato permanecí en silencio, sorbiendo ginebra, mientras mi interlocutora seguía chupándome la sangre sin decir palabra. En fin, las pulgas no llegaron a la Luna. No tuve ningún alivio al saberlo. ¿Por qué sería?

—A propósito...

—¿A propósito?...

—¿Cómo termina tu relato?

—¿Mi relato de qué?

—Ese que comenzaste a contar en torno a la fe sobre la psicología humana.

—Ah, ya me acordé —al decirlo, me miró a los ojos con una insinuación maliciosa. No, una pulga no me podría mirar. Quizá fue tan solo otra ilusión mía.

—¿De veras lo quieres saber?

—Creo saberlo sin que me lo digas, pero...

—Cómo no...

—Es que todavía no entiendo... ¿Por qué las pulgas japonesas y alemanas actúan con tanta convicción?...

—No, hombre, gracias a ustedes...

—¿En qué sentido lo dices?...

—No soportarían el mundo sin insectos dañinos higiénicos... Si no existiéramos nosotros, nunca tendrían la sensación placentera de matarnos, ni de rascarse la picadura...

Casi sin conciencia ahuyenté con toda mi fuerza a ese bicho, que venía subiendo detrás de mi oreja. Cayó en línea recta al vaso de ginebra y empezó a girar. Mientras giraba, alzó los ojos para mirarme con una sonrisa cómplice. Qué extraño. Era imposible que el bicho sonriera, sin labios ni párpados...

—¿Qué te pasa, hombre? Es lo que se llama sonrisa filosófica.

Tomado de sorpresa por esa voz, el hombre que estaba a mi lado volteó para examinar mi vaso. Apurado me tragué todo el contenido, junto con el bicho. Me arrepentí de haberlo hecho cuando recobré la tranquilidad. Esos bichos, capaces de sobrevivir en el vacío, resistirán sin dificultad al licor y a la digestión. ¿Por qué tuve tanto apuro como para tragármelo de un sorbo? Hubiera podido atormentar más al bicho dándole picoteos con un fósforo encendido, para reírme con los otros clientes. Justamente son estos errores de juicio los que las pulgas sabrán aprovechar muy bien a su favor. Permanecerán ocultas con paciencia, sea en mi estómago o en la Luna, a la espera del mejor momento para saltar de nuevo.

(Luego me paré con la decisión de ir a comprar un purgante).

(1959)

## TOTAL SCOPE / CINE PERFECTO

*Hay un refrán que dice: galgo que muchas liebres levanta ninguna mata. Pero soy tan avaro por naturaleza que no puedo dejar de perseguir dos liebres al mismo tiempo, y después de haber deliberado tanto, llegué a ingeniar un truco para fusionar dos liebres en una sola. Así podré cazar dos liebres de un tiro, aunque no son dos liebres en el sentido estricto de la palabra, pues son dos pegadas en una, que tiene dos cuerpos —desde la cabeza hasta la cola— con la juntura bastante llamativa. Pese a su forma grotesca, me parece que este animal sí tiene doble valor, puesto que se puede dividir en dos con un tajo en el medio; desde luego, sirve de regalo para dos personas. ¿Se dan cuenta de que no es tan malo perseguir dos liebres al mismo tiempo?*

*Ahora, para matar dos pájaros (¿o liebres?) de un tiro, he decidido ofrecer a mis lectores esta liebre con doble valor en dos partes, la primera para los aficionados de la ciencia ficción y la segunda para los fanáticos de la novela policial.*

*A ver, señor K, adelante, usted tiene la palabra... ¡Ah, espere un segundo!... Creo que es mejor que no revele su identidad en esta primera parte de ciencia ficción... Quédese en la posición de un simple informante hasta entrar en la segunda parte, por favor...*

—Sí, comprendo. Para acatar el pedido del autor, no les voy a revelar a mis estimados lectores mi verdadera identidad hasta la segunda parte, correspondiente a la novela policial. Bueno, mi profesión aparte, esta anécdota es muy divertida, se lo aseguro de antemano. Mejor dicho, lo interesante de esta primera parte consiste en algo que no tiene nada que ver con mi existencia... algo totalmente ajeno a mí...

*(Sin más preámbulos, por favor, señor K...).*

—Sí, sí, ya voy... Es que... se trata de una historia... A ver, vamos por orden... Sí, antes de entrar en el relato, déjenme preguntarles una cosa: ¿ustedes han oído hablar del proyecto T?... ¿No?... Entonces, ¿del proyecto Totasco?... ¿Tampoco?... ¿Qué tal si les aclaro que es una abreviación de Total Scope?... ¿Ahora sí?, ya veo... ¿Cómo?... ¿Que si se trata del cine perfecto tridimensional?... No, qué va. O sea que casi no saben nada... El Total Scope no tiene nada que ver con una idea tan ingenua como la del cine tridimensional...

Para empezar, el cine tridimensional, por más verosímil que parezca, no deja de ser un cúmulo de imágenes proyectadas en una pantalla exterior al espectador. El

Total Scope no es ningún simulacro de esa índole, puesto que la pantalla se coloca *dentro* del espectador. Fíjense bien: *dentro*, les digo. Es radicalmente distinto al cine en sus primeros tiempos, que apela a estímulos sensoriales como la vista, el oído y el olfato. Lo podríamos denominar con osadía “Cine perfecto” o “Cine absoluto” en lugar de utilizar el término “tridimensional”.

Es decir, el Cine Totasco consiste en estimular de manera integral y simultánea todos los sentidos y nervios sensoriales de los seres humanos. En consecuencia, los espectadores ni ven ni escuchan, sino que experimentan la proyección como un suceso verídico. ¿Me comprenden? Lo que produce imágenes en el Cine Totasco no es ni la luz ni el sonido, sino un conjunto de estímulos electrónicos para activar células y nervios cerebrales. Y la película se concreta en una especie de cinta magnética que traduce en formas onduladas la localización y la intensidad de los estímulos electrónicos.

Ahora bien, este proyecto T, suprema cristalización de la ciencia moderna que refleja el máximo fruto de investigaciones neurofisiológicas y electrónicas, se puso en marcha firme con absoluta confidencialidad bajo el patrocinio del Cine Toyo. A pesar del control estricto de la información, no lograron guardar todo el tiempo en secreto esta fórmula mágica, capaz de restituir la industria cinematográfica en contra de la invasión televisiva; era lógico que intervinieran varios factores con la intención de bloquear, claro está, la vía de financiamiento. Para sobrellevar el apuro, el señor Hisayama, presidente del Cine Toyo, decidió fundar una nueva empresa llamada Industria TS y colocar al gerente Ueda, su subalterno de confianza, como director representante.

Bueno, estas son las vicisitudes del desarrollo en torno al Proyecto T... Ahora voy a contarles un suceso inaudito que tuvo lugar en la culminación del proyecto, cuando realizaron la proyección de prueba con la primera máquina del Total Scope... Pero antes, me permito hacer un esbozo de lo que fue la producción de la primera cinta de prueba.

La dificultad a la que se enfrentaron al hacer el guión no fue nada pequeña en comparación con la que implicó el proceso de elaboración del mismo Total Scope; una historia simple no venía al caso, ya que se trataba de un invento innovador. Se convocó a un grupo de guionistas seleccionados, que discutieron día y noche las particularidades de la máquina con el objetivo de sacarle el mayor provecho.

¿En qué consiste lo singular del guión para el TS?... Sin lugar a dudas, el espectador no permanece al margen como observador exterior, sino que participa directamente en la historia como protagonista; desde luego, el guión debía elaborarse para cumplir con este requisito fundamental. Después de varias sesiones, el comité de guionistas llegó a la conclusión de que había tres modos de producción:

- A) La realización de un deseo
- B) Una experiencia anormal en dimensión espacial

### C) Una experiencia anormal en dimensión temporal

Me permito explicar un poco más en detalle cada uno de los tres modos, por ejemplo: el primero consiste en un asunto amoroso o está relacionado con la vida de un rey; también pueden ser experiencias anheladas, tales como embellecerse de repente, adquirir un poder absoluto o una riqueza inagotable, etc. El segundo se refiere a actos como volar, volverse invisible o viajar a Marte; o experiencias de horror, como un encuentro con monstruos o algún crimen, como un homicidio, un asalto, etc. En cuanto al tercero, los miembros del comité nunca llegaron a un acuerdo definitivo; algunos sostuvieron que era posible condensar una vida larga en escenas breves, pero otros insistieron en refutarlo con el argumento de que la condensación del tiempo en el cine ordinario no dejaba de ser un simple simulacro y que solo compensaba la fragmentación temporal con saltos psicológicos, mientras que el TS jamás se prestaría a esa forma de simulación temporal, pues posibilitaba que todo se viviera como una experiencia propia. Por otro lado, los impulsores se basaron en la teoría de la relatividad temporal para ilustrar su punto de vista con un ejemplo anecdótico; según ellos, al reproducir un disco de sesenta minutos en diez minutos, la gente corriente no sería capaz de percibir la música, pero un hombre puesto en movimiento a la misma velocidad del disco captaría sin problema la música de manera simultánea.

Al examinar el informe del comité, la directiva suprema de la empresa tomó la siguiente decisión:

1) El A y el B se pueden fusionar o sintetizar en una sola historia.

2) En cuanto al C, deberán hacer un experimento a ver si lo logran de verdad, ya que el señor Ueda muestra un interés particular al respecto.

Claro. En caso de que logren inventar un método para condensar la experiencia de cinco horas en cinco minutos, llegarán a producir espectáculos provechosos.

... De manera que el comité emprendió de inmediato la elaboración de dos guiones tentativos, uno que fusionara el A y el B, y el otro según lo que contemplaba el C.

Para unir el A y el B, la solución lógica era una historia de amor con la aparición de un monstruo. El primer guionista encargado esbozó el siguiente argumento:

Un joven consigue un mapa que indica la ubicación de un tesoro en una isla desierta del Pacífico Sur. Al llegar ahí, se enfrenta con un monstruo salvaje llamado Zogaba. Después de sobrevivir a varios peligros, el joven se apodera del tesoro y se hace millonario...

—¡Falta una mujer! —gritó un miembro del comité.

—No queda muy claro cómo el protagonista sobrevive a los ataques del monstruo —señaló otro.

Ahí intervino el segundo guionista para modificar el argumento:

Un joven consigue un mapa que indica la ubicación de un tesoro en una isla

desierta del Pacífico Sur. Llega a la isla después de una navegación dificultosa. En el barco se escondía una muchacha enamorada del joven. Este se enfrenta en la isla con un monstruo terrible llamado Zogaba. La muchacha se convierte en un estorbo para él. El joven la regaña hasta hacerla llorar copiosamente. El ataque feroz de Zogaba está a punto de matar al joven, y la muchacha lo salva al descubrir el único punto débil del monstruo, que, carente del sentido del olfato, no sabe distinguir entre humanos auténticos y muñecos de apariencia humana. Los dos jóvenes se dedican a hacer muñecos para perturbar a Zogaba y al fin logran apoderarse del tesoro. El joven le agradece a la muchacha y le propone matrimonio...

Los miembros se soltaron a reír con ánimo ante la ocurrencia tan extravagante, muy apropiada para el gusto popular. Tras acordar que el joven sería un científico y la muchacha una menudita ultra *sexy*, solo les faltaba afinar unos detalles triviales para cerrar la sesión. Sin embargo, intervino en ese instante un miembro especialista en psicología cinematográfica para hacer una pregunta muy importante.

—Sáquenme de una duda, señores, ¿en qué papel se colocaría el mismo espectador?

—Por supuesto que en el del joven científico... Ah, ya veo, su pregunta se refiere al caso de que el público sea femenino, ¿verdad?

—No, eso no me preocupa, ya que uno de los mayores deseos femeninos consiste en ser varón; lo que me preocupa es que el argumento se asemeje demasiado al del cine ordinario de pantalla exterior.

—A ver, ¿en qué sentido lo dice?

—En resumidas cuentas, pienso que el protagonista debe ser el monstruo Zogaba...

—¿¡Cómo?!... ¿¡Zogaba, de protagonista?! —gritaron a una voz los miembros—. Pero claro, ¡qué innovación!... ¡Sensacional!... ¡Una idea espléndida!

—Vean, señores, permítanme decir que no es ningún disparo al azar, sino el resultado de razonamientos lógicos. ¿Saben por qué el cine de monstruos fascinó tanto al público hace algunos años?... No fue por el placer de acabar con los monstruos, compréndanlo bien; más bien fue por el encanto que tenían esos monstruos grotescos. ¿Qué tal si aparece un monstruo manso, por más poderoso que sea, con apariencia de buda? A muy poca gente le interesaría verlo, estoy seguro. No es sino el mismo carácter trascendental y sobrehumano el que fascina al público... Sabrán ustedes que hay mucha gente que admira de igual manera películas feroces de la guerra. Me atrevo a decir que el cine ordinario también habría tenido más impacto con el monstruo de protagonista. Si nunca lo han realizado hasta ahora, es porque la pantalla exterior se convierte en un estorbo para que el público se identifique emocionalmente con el monstruo. Desde mi punto de vista, el guión que siempre cierra la historia con el exterminio del monstruo no es sino un producto del conformismo.

—¡Claro! En el caso del Cine Totasco, es posible colocar al monstruo de

protagonista sin escrúpulos, puesto que la pantalla interior le permitirá al público una identificación total con cualquier clase de personajes. ¿Me equivoco?

—Muy bien. Al estallar en una violencia desenfrenada, como corresponde a un monstruo invencible, durante una hora el público experimentará una catarsis sana, propicia para conservar su salud mental en el mundo moderno, tan difícil de sobrevivir, ¿no les parece?

—¡Tiene toda la razón! Con el monstruo de protagonista, podremos cumplir bien al mismo tiempo con el A: la realización de un deseo y el B: una experiencia anormal en dimensión espacial. ¡Qué maravilla! ¡Me excito tan solo al imaginar el resultado!

—Sin embargo —murmuró otro miembro para llamar la atención—, me parece que falta el amor...

—Es lo de menos. Podemos colocar a la hembra de Zogaba al lado del macho para crear un amor salvaje y monstruoso. ¿No le parece magnífico?

—¡Cómo no! ¡Claro, será un amor monstruoso!

Una vez más los miembros explotaron de risa hasta lagrimear. Así llegaron a un acuerdo con respecto al guión de la primera película de prueba.

Sin embargo, el otro guión —la experiencia de tiempo condensado— originó más discordias, quizá debido a su objetivo demasiado obvio. Una vida larga con sucesos monótonos sería muy aburrida para el público; al tenerlo en cuenta, los miembros se pusieron de acuerdo en producir una película biográfica que se titularía *La vida de un fulano*, pero la selección del personaje histórico se complicó con la acumulación de ideas que surgían unas tras otras sin cesar. Al final de la discusión, rescataron solo cuatro personajes para el voto final de los miembros.

La vida de Napoleón

La vida de Hideyoshi Toyotomi

La vida de Beethoven

La vida de *lady* Chatterley

Por diferencia de un voto, se decidieron por la vida de Napoleón.

Ahora vino la producción de las películas. La primera etapa, cuya división de trabajo se asemejaba a la creación de imágenes visuales, consistió en codificar y traducir el guión en el idioma del cerebro electrónico. La segunda fue consumada con rapidez, sin necesidad de acudir ni al actor ni al plató cuando terminaron de colocar los datos codificados en el cerebro electrónico, que ya tenía memoria de todos los paisajes, sentimientos y acciones. Desde luego, se tenían que grabar de antemano algunas imágenes tan novedosas como la forma grotesca del monstruo Zogaba, según la maqueta premeditada...

Así editaron las dos cintas.

Unos días después, cuando terminaron de fabricar la máquina número uno del Cine Totasco, fijaron la fecha del estreno. Entre los invitados se encontraban tanto

cineastas como periodistas.

A pesar de que el evento se celebró en el sótano, un tanto insípido, del laboratorio, se generó un ambiente extraño de fervor y excitación. Era lógico. El éxito de la prueba significaba una revolución audiovisual, mediante la cual el cine recuperaría el trono supremo, ya perdido, de la industria de entretenimientos masivos...

Los concurrentes miraron a su alrededor con extrañeza y murmuraron unos a otros:

—¿Pero dónde está la pantalla?

—No, hombre, me han dicho que la película no se proyecta en la pantalla sino directamente en el cerebro.

—Ya veo... ¿O sea que cada espectador se tiene que poner algún aparato?

—Ese mismo, mira esa cabina del escenario.

—Bueno... ¿Uno entra ahí? Qué extraño...

Se trataba de una caja reluciente de metal del tamaño de una cabina telefónica. Al frente se paró el señor Uchiyama, presidente del Cine Toyo, para pronunciar el discurso de apertura.

—Muy buenas tardes, damas y caballeros, les agradezco de todo corazón a todos ustedes, que están aquí presentes, sacrificando su precioso tiempo. Ya los hemos notificado a través de la carta de invitación, pero hoy me complace poder presentarles el invento más maravilloso del siglo: el Total Scope, que se realizó gracias a la abnegación del señor Ueda, director representante de la Industria TS. El filósofo occidental Aristóteles dijo en una ocasión que la vida no es sino la experiencia. El invento del Total Scope constituye la expansión de la experiencia y, claro, de la vida misma. Con un poco de dinero todo el mundo obtiene cualquier vida ilustre y la puede vivir en cuerpo y alma como si fuera su propia vida. ¡Qué maravilla! Cuando el señor Ueda me comunicó que habían culminado el trabajo, dije para mis adentros: ¡qué linda es la vida! Yo no dudo del éxito del proyecto, que agrada a los inversionistas. Además de renovar el cine, el Total Scope establecerá una nueva relación entre el espectador y la imagen audiovisual. Hasta ahora tanto el cine como el televisor solo nos brindaban diversiones pasajeras, pero nuestro Total Scope se convertirá en una necesidad arraigada en la vida diaria. Mientras exista este cine nuevo, la gente no tendrá necesidad de quejarse ante la realidad circundante, pues cualquier vida será suya. Habrá gente que quiera pasar toda la vida en el cine, con tal de que le alcance el dinero. Yo mismo desearía morir sumergido en el Total Scope, disfrutando de las vidas jubilosas de los adolescentes, después de haber vivido lo suficiente en el mundo real. A mí personalmente me gustaría fundar en un futuro muy cercano el seguro TS que garantiza la vejez pacífica con la posesión de una cabina, a cambio de las reservas acumuladas desde la juventud. Así se resolverá la contradicción fundamental de la vida humana, que consiste en gastar la vitalidad juvenil en labores cotidianas para llegar a la vejez sosegada sin más energías para

vivir, y cualquier persona podrá aspirar a una bella juventud ideal al final de su vida. ¿No les parece maravilloso? ¡Viva la humanidad! ¡Viva el invento milagroso! El seguro TS será acogido con entusiasmo por todo el mundo. La Industria TS merecerá la máxima gloria al ser la empresa más exitosa en la historia humana...

Ante su mirada, que recorría todos los ángulos con pretensión, unos asintieron satisfechos y otros se pusieron cabizbajos, desolados, mirándose las puntas de los pies. Entre los deprimidos se encontraban no solo los directivos de otras empresas cinematográficas y los inversionistas de la industria televisiva, sino también algunos representantes del Cine Toyo, que se habían opuesto con tenacidad a la fundación de la Industria TS. Pareciera que estos ya se resignaban a la idea de comprar una cabina TS al jubilarse...

Después del discurso del señor Hisayama, el jefe técnico subió al escenario para dar una breve explicación sobre el mecanismo del aparato.

—A diferencia del cine ordinario, el Totasco no utiliza una pantalla exterior, sino un sistema de pantalla interior; esto significa que es necesario instalar una pantalla por cada espectador. Esta cabina, que se encuentra aquí delante de ustedes, no es precisamente la pantalla; para ser más exactos, digamos que se trata de una fuente de luz para crear una pantalla en el interior del espectador. Uno entra aquí, se sienta en la silla, se pone el aparato indicado sobre las orejas y sigue las instrucciones enviadas por el operador para ajustar la serie de botones y diales que tiene a la mano. Al terminar de examinar al espectador, la máquina se ajusta automáticamente a las diferencias personales para proyectar imágenes de manera correcta. Por ahora, el emisor y el receptor se comunican por medio de cables, pero pronto podremos instalar la cabina en todos los hogares al perfeccionar el sistema inalámbrico. Si les parece, pasemos ahora a la proyección, pero lamento decirles que todavía no tenemos más que una cabina disponible. De manera que solo una persona podrá disfrutar del espectáculo en cada proyección. Hoy se lo ofreceremos a cuantas personas se pueda en el límite del tiempo, pero el primer espectador de honor será la estrella del Cine Toyo, el célebre actor Kunihiko Oe. Luego lo seguirá el señor Ueda, quien hizo una labor meritoria para realizar este maravilloso invento del Totasco. Adelante, señor Oe... La primera obra del Cine Totasco se titula *La visita a Tokio del monstruo Zogaba*.

Una serie de aplausos efusivos. El actor Kunihiko Oe tomó la mano del señor Hisayama con naturalidad, exhibiendo una sonrisa profesional en su rostro, y entró en la cabina, ayudado por un asistente. Se cerró la puerta, se prendió una lámpara, que pronto cambió de rojo a azul.

—Está listo el sistema —dijo el jefe técnico.

Comenzó la proyección. El resto del público, que desde luego no podía presenciar el espectáculo, divagó de nuevo en charlas incoherentes con copas de cerveza y cócteles en las manos.

—Hombre, pero qué título tan ridículo. ¿*La visita a Tokio del monstruo Zogaba*?

¿A quién se le ocurriría?

—Me han dicho que el espectador se siente como si fuera el mismo monstruo Zogaba...

—Un papel ideal para Kunihiro Oe. Qué risa.

El color de la lámpara cambió de azul a rojo. Intervino el jefe técnico:

—Se terminó la proyección. Ahora el señor Oe les contará las experiencias extraordinarias que tuvo durante el espectáculo, pero antes, les suplico a todos ustedes que se dirijan hacia el rincón durante unos minutos. Supongo que el señor Oe todavía está demasiado alterado después de haber pasado por el Totasco. Imagínense que, convertido en el monstruo Zogaba, aventó a la Zogaba hembra, que estaba amarrada en el estadio Korakuen con cadenas de diez centímetros de diámetro.

En medio de la explosión de una risa colectiva, abrieron la puerta. Simultáneamente se escuchó un mugido gutural con el que Kunihiro Oe salió de la cabina, mostrando los colmillos en busca de una presa, y acometió al asistente con las manos en forma de garras. Mientras Oe lo perseguía a todo correr, el asistente huía desesperado chillando de espanto. En ese estado los acometieron los disparos de *flashes*. Cundió el pánico en todo el sótano.

—¡Por favor, señor Oe, ya se terminó la película!

Al percatarse de la voz de otro asistente, se le lanzó encima. Los gestos vívidos del actor profesional resultaron tan impresionantes que los presentes casi palparon al horripilante monstruo Zogaba. Lo que estaba fuera de la consideración previa era que Oe no se calmaría nunca. Ya no reía nadie ante el escándalo que dejaba paralizadas a algunas mujeres. Pronto aparecieron cinco hombres corpulentos para llevarse al actor a la fuerza por detrás del escenario.

—¡Cálmense todos, por favor, que no ha pasado nada! El actor ya se va a serenar, porque acabamos de inyectarle un tranquilizante. Pero fue una sorpresa hasta para nosotros, mucho más de lo que habíamos esperado. Quizá en adelante deberíamos equipar la cabina con un tranquilizante, claro, solo cuando se trate de películas Totasco demasiado impactantes... Bueno, a continuación presentamos *La vida de Napoleón*... a ver, no creo que haga falta un tranquilizante, ¿qué cree usted, señor Ueda?

—No se preocupe, ya no soy un hombre joven, tan vigoroso como mi amigo Oe...

Sin salirse por completo de la excitación general, el público vio con una sonrisa simulada al señor Ueda que ingresaba a la cabina con su cuerpo menudo, movido por sus piernas cortas.

La lámpara roja, luego azul.

—Tremendo impacto, ¿verdad?

—¡Casi destructivo! Un uso equivocado podría ser fatal...

—A la vez podrá servir de buen instrumento para la educación moral...

—Un invento único del siglo, sin lugar a dudas...

—Tanto el cine bidimensional como el televisor pronto se convertirán en reliquias de la antigüedad...

—Oye, ¿*La vida de Napoleón* se refiere a la vida entera, desde el nacimiento hasta la muerte?

—No creo.

—Pero dicen que es un producto de condensación temporal...

—No, mira, me han dicho que la película se acaba con la coronación, que marca la cúspide de la vida del emperador, pues la muerte no sería una experiencia agradable...

—Claro... A ver, ¿qué tan potente saldrá el señor del cine?...

De azul a rojo otra vez. Abrieron la puerta en medio de una extraña expectativa general.

El señor Ueda no salía. ¿Qué le habría pasado? ¿Le habría dado taquicardia a causa de la intensa excitación?

El asistente se asomó adentro con miedo y lanzó un grito:

—¡No puede ser! ¡No hay nadie!

—¡¿Cómo que no hay nadie?!... ¡Imposible!... —La gente acudió en rueda alrededor de la cabina y verificó el misterioso pero irrefutable hecho: el señor Ueda había desaparecido.

Debajo de la silla se enrollaban en forma enigmática el traje y el pantalón. La sorpresa fue grande; además de que la camisa permanecía en el interior del traje, tal como la había vestido el señor, el pantalón se ajustaba por el cinturón y el nudo de la corbata estaba intacto. No es que el señor se hubiera quitado el traje, sino que se había esfumado el cuerpo entero dentro de este.

—¿Qué habrá pasado?

Todos miraron al jefe técnico con ojos de reproche. Este alcanzó a balbucear con el rostro empalidecido:

—No lo puedo creer... pero es la verdad... una verdad escalofriante... Yo, que soy científico, no debo huir de este hecho evidente... No voy a escamotear la verdad, inventando un fenómeno sobrenatural... Claro, no hay duda. Hay una sola explicación posible: *La vida de Napoleón* es una experiencia condensada de casi veinte años de la vida humana. La perfección del Totasco llegó a tal grado que la película sobrepasó el plano psicológico para afectar el plano fisiológico. Suponiendo que fue esto lo que sucedió, el señor Ueda se alimentó tan solo de estímulos electrónicos durante los veinte años que pasó como Napoleón, sin probar ni un bocado de comida diaria. De esta manera, las células corporales se sustituyeron una tras otra por estímulos electrónicos hasta disiparse por completo sin dejar rastro... Lo siento muchísimo... yo soy el responsable, haré cualquier cosa para compensar el daño...

Enseguida llegó un informe del médico que atendía a Kunihiro Oe en la otra habitación, que confirmaba la hipótesis planteada por el jefe técnico: se observó un

cambio notorio en el cuerpo de Oe; primero, el fortalecimiento acelerado de los músculos y luego el embrutecimiento del carácter...

Un silencio inquietante se propagó entre los concurrentes, y el señor Hisayama quedó estupefacto; con toda razón, ya que el éxito fulminante se había convertido de un momento a otro en una derrota devastadora...

De repente gritó un hombre. Era uno de los directivos que se opuso hasta el último momento al Proyecto T.

—¿Cuántas veces se lo dije, hombre? ¡Todo tiene su límite! ¡Despilfarraron más de la mitad de los bienes empresariales en un aparato tan estúpido! Ya sabe, señor Hisayama, ¡usted arruinó la empresa!

Una sucesión de suspiros pesados... Los pasos sigilosos con que los culpables se retiraban del escenario... Los disparos de *flash* entrecruzados siguieron acosándolos sin misericordia durante un largo rato...

—¡Pero yo no voy a renunciar! —gimió el señor Hisayama como asfixiado.

—¡¿Cómo que no va a renunciar?! —lo acometieron los directivos opositores con burla—. Entonces, ¿por qué usted mismo no prueba la proyección en la cabina? ¿No se anima?

El señor Hisayama se quedó en silencio, cabizbajo.

Bueno, hasta aquí llega mi cuento. En medio de los reproches agresivos de los inversionistas pertinaces, la Industria TS entró en bancarrota... El desaparecido señor Ueda se enterró sin incineración... El señor Hisayama no tuvo más remedio que retirarse del Cine Toyo.

*(¿Qué les pareció esta primera parte de la liebre, dedicada a los aficionados de la ciencia ficción?... Ahora pasemos a la segunda parte de la liebre para los fanáticos de la novela policial... pero antes, a ver, señor K, creo que ya es hora de revelar su identidad...).*

—Muy bien. En realidad, yo soy un detective privado, jefe del equipo y gerente directivo de la Oficina K. Ahora les voy a explicar cómo me involucraron en el Proyecto T y qué cargo tuve ahí...

Vean, aquí tengo una cinta magnética que grabó la conversación cuando recibí por primera vez la visita del señor Hisayama. Escúchenla con atención, por favor...

—Hola, ¿tú eres el detective K de la Oficina K?

—Sí, soy el responsable de esta oficina.

—Bueno, mira, vengo del Cine Toyo, y me llamo...

—Lo sé. Usted es el señor Hisayama, ¿verdad?

—Entiende de antemano que se trata de un asunto confidencial, por favor.

—Le agradezco la confianza. Estoy a sus órdenes.

—Antes de entrar al tema, aclárame un punto... es decir... en el caso de que aceptes el trabajo, me gustaría proponerte que lo hicieras tú solo... ¿Qué me dices?

—Lo entiendo perfectamente. Ha de ser un asunto de importancia suprema, ya que usted en persona viene a hablar conmigo. ¿Quiere que siga la pista de alguna estrella?

—Qué va. No se trata de algo tan trivial.

—Ya veo. ¿Quiere que averigüe sobre algún proyecto de sus rivales?

—No, nada que ver. Mira, escúchame... pero dime primero si lo aceptas, porque qué tal si no lo hicieras después de enterarte de todo el secreto... Te aseguro que no voy a regatear los honorarios.

—Con gusto lo acepto. No se preocupe, señor.

—Me quedo tranquilo entonces... Oye, ¿pero seguro que no hay grabadoras escondidas en este cuarto?

—¡Cómo se le ocurre!

(Ya ven ustedes cómo lo engañé...).

—Mira, es que me gustaría que vigilaras una empresa llamada Industria TS...

—¿Vigilar, dice?

—¿Acaso no hay tal categoría en tu trabajo?

—Desde luego, sí, pero, a ver...

—No es para menos, joven. Es que la Industria TS está a punto de consumir un proyecto importante bajo el nombre de “Proyecto T”, que culminará con un invento extraordinario, y por lo tanto andan figoneando muchos de nuestros enemigos.

—¿Proyecto T, dice usted?

(Se omite la explicación en detalle).

—... De manera que con este invento llegaremos a tener un dominio absoluto en el mundo del entretenimiento. Ahí se origina la inmensa serie de sabotajes y bloqueos; fíjate que ha habido hasta ahora tres bajas de investigadores principales: uno se murió en un accidente de tránsito, otro enloqueció y el último desapareció de repente...

—O sea que la misión consiste en averiguar si realmente las bajas han sido obra de los enemigos...

—No, nada de eso. Ya te he dicho que tu trabajo consiste en vigilar la empresa. No importa tanto lo que ha pasado como lo que va a pasar. Estamos a punto de culminar el proyecto. Me gustaría que colaboraras con nosotros para que todo marche bien en adelante, ¿me entiendes?

—Muy bien, señor. Le prometo que dedicaré todas mis fuerzas al trabajo.

Es todo lo que me sucedió en esa ocasión. A lo mejor ustedes, tan sagaces, ya intuyeron el desenlace de la historia... Bueno, por fortuna parece que no. Entonces, pongan atención a la llamada telefónica que voy a hacer ahora mismo...

El número es 3-28-33-88:

—¿Cine Toyo? Por favor, ¿me comunica con el señor Hisayama?

—¿De parte de quién?

—K de la Oficina K...

—Permítame un segundo, señor.

Me hicieron esperar como tres minutos. Luego se escuchó un sonido al cambiar de auricular...

—¿Señor Hisayama?

—Hola, ¿cómo estás?... Oye, muchas gracias por todo... Lástima que tu trabajo no sirvió de nada...

—¿De verdad?

—¿Cómo?

—Yo consumí bien el trabajo de “vigilar” al pie de la letra.

—A ver, ¿qué quieres?... Ya te pagué todos los honorarios según la factura que me mandaste.

—Por eso mismo, me siento obligado a informarle del resultado de todas mis averiguaciones...

—No, hombre, ya no hace falta, que todo se acabó...

—¿Lo cree, señor? Es que descubrí al verdadero responsable de todos los sabotajes...

—¿Qué me quieres decir?

—Le digo que descubrí al criminal, y no tengo por qué callarme...

—¿Quién puede ser?!

—Usted, señor... ¡Usted es el criminal mismo!

—No te entiendo... ¿De qué estás hablando?...

—Me di cuenta ahí en el estreno. Todo el espectáculo fue una farsa... No es verdad que desapareciera el señor Ueda. Estoy seguro de que está escondido en algún lado con un nombre diferente. ¿No quiere que lo busque, señor?

—¡Deja de decir tonterías, hombre!

—Bueno, entonces me permito contarle todo, señor. Me di cuenta de la trampa en el momento en que el señor Kunihiro Oe terminó de probar la proyección. Al salir de la cabina, él se portó como si se hubiera transformado en el monstruo Zogaba. Claro, fue un buen simulacro, pero creo que lo exageraron.

—¿Cómo que simulacro? ¿Acaso tienes alguna evidencia?

—Claro que sí. Vea, si Kunihiro Oe se hubiera convertido de verdad en Zogaba, ¿habría reaccionado de esa manera al enfrentarse a los seres humanos que medían casi lo mismo que él? No puede ser. Habría creído que se trataba de unos monstruos grotescos, porque en la cabina solo veía hombres del tamaño de hormigas. ¡Y de repente se encuentra con unos hombres diez o cien veces más grandes! Además, fíjese, señor, que en la película Oe había tenido un noviazgo con la Zogaba hembra, que quizá le pareciera bonita a sus ojos; está bien, ¿pero qué tal los seres humanos? No serían sino animales espantosos para él... Lamento mucho decirle, señor, pero calcularon mal.

—¿Para qué crees que te dejé ese trabajo entonces?!

—Supongo que tanto Kunihiro Oe como los investigadores de la Industria TS fueron cómplices. Usted acudió a mí para evitar que la gente husmeara algo sospechoso en la empresa. Por otro lado, es posible que los primeros investigadores muertos o desaparecidos creyeran de verdad en la realización del Proyecto T. En el caso de que sea correcta mi hipótesis, señor, el culpable de las víctimas fue usted...

—¡Qué estupidez! ¿Qué ganaría con esa clase de trampas?

—¡Claro que hay una gran ganancia, señor! Usted logró reunir una buena suma de dinero con esa empresa falsa. Yo sé que el Cine Toyo ya se encontraba al borde de la bancarrota.

—¿Y tú qué quieres que haga?!

—Nada... Me gustaría que aumentara un poquito el honorario para compensar esta pequeña labor...

*(¿Qué les parece este fruto que se dio después de practicar ese maldito método de perseguir dos liebres al mismo tiempo?..).*

(1960)

## LA SOGA

El hombre... sesenta y dos años de edad... arrugas profundas que corren verticales entre el cabello escaso y las solapas enmugrecidas del overol ocre... una cicatriz rosada debajo de la oreja, que está a punto de supurar... Con la barbilla prominente entre los brazos estirados a los dos lados de la cabeza, el hombre, pegado a la pared, observa con detenimiento el interior a través de un agujero.

El agujero... bastante largo, con la anchura de dos dedos, perforado con descuido en la pared de tablas al fondo de la habitación de tres tatamis; un colchón ligero tirado en un rincón; la habitación, ubicada detrás del zaguán de tres metros cuadrados, en la cual se dispersan aparatos de cocina... El borde del agujero despide olor a madera, lo cual indica que está recién abierto, pero ya se ven manchas negras de manoseos a su alrededor.

El hombre sigue mirando... Al otro lado queda el cementerio de “herramientas muertas”... el depósito de hierro inservible, acorralado en tres lados por tapias de madera y del otro lado por el río. El viento ácido, junto con la polvareda levantada de la gran vía que pasa a cierta distancia, hace un remolino sobre el montículo de chatarras oxidadas. El hueco que se abre entre las tapias y el embarcadero de cemento frente al río está tapado por un conjunto de alambres de púa enmarañados. Para pasar al depósito se tiene que cruzar una puerta al lado de la choza del hombre o arrimarse por el río en una lancha.

Sin embargo, los niños atrevidos son capaces de vencer cualquier obstáculo; ingenian un truco tras otro para colarse al interior, aprovechando el mínimo resquicio, como si fueran permeables a todo. Para colmo, los niños se fascinan sin razón alguna al encontrarse con los despojos de otros seres: matan bichos y los clavan con agujas solo para confirmar que los poseen de verdad; cazan pájaros y los entierran en una tumba; rompen juguetes adrede para guardar solo una pieza en el bolsillo. El depósito de herramientas muertas no puede pasar inadvertido ante los ojos curiosos de los niños.

El hombre cambia de posición las piernas y sigue mirando con más atención... Desde luego, quiere espantarlos de manera inmediata, pues en eso consiste su misión, pero hasta ahora ninguna medida le ha dado un resultado satisfactorio: si los regaña a gritos, le devuelven insultos triplicados en volumen. Es increíble la capacidad que tienen esos niños para inventar cada vez nuevas palabrotas.

En lugar de espantarlos, podría atraparlos y dominarlos con violencia; es decir, entraría con cautela para trancar la única puerta desde adentro y perseguirlos sin dejar ninguna vía de escape. Pero eso sería como correr detrás de las ratas en un

bosquecillo de plantas espinosas; los pedazos y ranuras de fierro, aun cuando estén oxidados, son tan filudos como colmillos. En tal laberinto, dividido en compartimentos por esos colmillos mortales, los niños se mueven ignorando casi por completo la presencia del hombre.

¿Y qué tal si les lanza algún objeto? Están a su alcance muchos objetos desechados que le servirán. Lo malo es que los niños de ahora saben jugar bien al béisbol. En una ocasión, casi le cortaron la oreja con un pedazo de fierro que se vino volando a gran velocidad. Por fortuna, apenas le rozó la cara, dejando solo un rasguño que, ya casi cicatrizado, le arde hasta el hueso; es una tremenda molestia, sobre todo cuando se emborracha y amanece con una espantosa resaca.

Por otro lado, le es imposible pedir auxilio a alguien para que lo ayude a contener a los niños; eso equivaldría a confesar que ya no se halla en condiciones de trabajar, a sus sesenta y dos años, con una rodilla inhabilitada por el reumatismo... Después de tantas deliberaciones, se le ocurrió la idea de perforar un agujero.

Al principio le pareció una idea genial. Tardó medio día para hacerlo y se sentó al acecho, con un ojo pegado, mientras aguardaba la llegada de los niños. Al verlos entrar, ubicó el hueco por el que pasaban al interior y acudió sin pérdida de tiempo al sitio para tapanlo desde el exterior. (¡Ya los tengo bajo control!)... Sin embargo, los niños no revelaron ni un asomo de turbación. Al oscurecer, encontraron otra salida como si nada y se fueron con celeridad. Bien podría haber otros huecos.

Al día siguiente sucedió exactamente lo mismo. Así pasaron algunos días.

El agujero no pareció dar ningún resultado favorable; pese al fracaso, ya no pudo dejar de mirar a través de él por alguna razón desconocida. Quizá por el hecho mismo de que hay un agujero en la pared, se siente impelido a aprovecharlo. Se ha clavado frente al agujero, sin poder moverse de ahí, como si su única razón de ser consistiera en atisbar el recinto. Salvo en el momento de cambiar de posición o de limpiarse las gotas de sudor que se escurren de la frente hacia los ojos, ya no puede desviar ni un minuto la vista, con el cuello endurecido y la cadera adormecida por el dolor... Al rato se retiran los niños, ya cansados de jugar... Se acuesta agotado con los dorsos de las manos frías sobre los ojos cerrados para calmar la congestión. Ya lleva más de dos semanas con la misma rutina.

Sin embargo, hoy ha sido un día especial; por fin creyó detectar lo que había estado esperando todo este tiempo.

En total, solo llegaron cinco niños, uno menos que en los días anteriores. Todos tenían alrededor de diez años, excepto el líder del grupo, que se veía mayor. Y había un perrito de compañía, que parecía haber sido maltratado, pues llegó lanzando ladridos lastimeros. El hombre se quedó tieso sin querer ante la premonición. Más que ladridos lastimeros, lo pusieron tenso los gestos de los niños, que se endurecían con una palidez extraña, como si hubieran venido preparados para algún rito horripilante. Casi sin decir palabras, los niños empezaron a recorrer con una

inquietud misteriosa las chatarras de hierro.

Luego, descubrieron una tabla de acero, medio hundida en la tierra en forma diagonal. La excavaron y cuidadosamente la tendieron entre todos. El mayor acostó boca arriba al perro sobre la tabla y lo sujetó con las manos. El muchacho del gorro de béisbol con la visera verde transparente estiró la mano hacia el vientre rosado del perro. Aunque las cinco cabezas se juntaron, tapándole la vista, el hombre supo de inmediato que la mano del muchacho realizaba movimientos rítmicos con un pistón. Otro niño soltó una risa perturbadora y movió su cuello blanco, arqueado bajo el sol de la tarde.

Permanecieron así un largo rato. El perro dejó de lanzar ladridos lastimeros. Unos cohetes estallaron sobre el canal y se esfumaron como pelusas en medio del humo amarillo que cubría la mitad del cielo, expelido por la fábrica de neumáticos.

—¡Hombre, ya estoy cansado! —gruñó el muchacho con el cuerpo erguido, mientras frotaba contra el pantalón la mano que ya había soltado el objeto.

—Es que todavía es un cachorro... —contestó alguien.

El mayor, sin resignarse aún, intentó hacer la misma maniobra un par de veces con la mano extendida por encima de la cabeza del perro, pero los demás niños ya parecían aburridos. El perro aprovechó el momento para ponerse de pie con un brinco y se arrastró hasta caer rodando de la tabla de acero. Trató de huir en veloz carrera.

Sin embargo, no le obedecían las patas traseras y apenas logró avanzar en cuclillas con la cadera pegada al suelo. Los niños se rieron al unísono.

—Como un oso marino... ¡Es idéntico al oso marino!...

El hombre quitó el ojo del agujero y chasqueó la lengua con irritación. Se sintió un tanto defraudado. Se aferró de nuevo al agujero tras secarse el sudor. Cosa extraña, se vio urgido por el miedo de que los niños se fueran de ahí sin más. Pero los niños ya se concentraban en otro juego sin intención de retirarse. El hombre renovó su enojo desenfrenado (desde luego no le cabía la serenidad para reflexionar sobre su propio estado psíquico...).

Ahora los niños se dedicaban a algo más pueril; como vieron que el perro se había metido en un hueco entre las chatarras, lo perseguían con ánimo desbordado, simulando la caza de una fiera. Con pedazos de acero y palos en las manos, se afanaban por enganchar al perro, que se adentraba cada vez más hacia el fondo. Pero este juego tampoco duró mucho tiempo; pronto sacaron al perro a rastras, hecho un estropajo, entre las chatarras. ¿Ahora con qué lo maltratarían?... En ese instante vieron una caldera roja muy oxidada... Era un tambor grande en que cabrían con holgura tres niños pero con una boca tan pequeña que apenas permitía meter un perrito. Al verse encerrado en la caldera por los niños, el perro se volvió tan fiero como un león caído en una trampa o en una cueva.

La superficie del tambor estaba llena de resquicios y de agujeros dejados por las tuercas desatornilladas, y los niños metían por ahí palitos y pedazos de acero para seguir gozando otro rato de la caza.

Mientras sacudía una vara de metal introducida en uno de los agujeros, uno de los niños gritó con voz excitada:

—Oigan, ¡vamos a despacharlo de una vez!

¿Pincharía al perro con la vara? Pero se opuso otro niño:

—Espera. Va a sangrar si lo matamos de verdad...

—Carajo, ¡bum-bum!

—¡Vendámoslo al zoológico!

—¿Se lo comerá un león?

—¡No fastidies! ¡El cuero es lo que vale!

—¡Bum-bum!

—¿Valdrá más de diez mil yenes?

—¡Más de treinta!

La mayoría parecía optar por la captura. Irritado, el hombre se limpió el sudor de las palmas de las manos contra el pantalón frotándoselas sobre las rodillas. Los niños intentaron sacar al perro, metiendo las manos por el extremo, pero el tambor resultó más largo que sus brazos y nunca llegaron a atraparlo. El perro empezó a emitir de nuevo los ladridos intermitentes. Pronto el mayor tuvo una ocurrencia; sacó un alambre, dobló la punta para hacer una argolla y trató de enganchar al perro. Montado a horcajadas en el tambor, apuntó al perro y lanzó la argolla desde arriba.

Hubo una ovación. Y retiraron con cuidado el alambre. Pero no lograron sacarlo por completo. A la mitad del trayecto el perro cayó y la ovación se disipó en medio de suspiros generales. A cambio se escuchó un clamor más estruendoso que venía flotando con el viento desde el canal de las lanchas, ubicado al otro lado del puente. Una lancha de motor fuera de borda cruzó a contracorriente. Mientras el hombre secaba el sudor de sus dedos, los niños ajustaron la curva de la argolla.

El sol de las cuatro de la tarde resplandecía como níquel derretido bajo el cielo cubierto de hollín. El humo amarillo brotaba en bloques de la chimenea de la fábrica de neumáticos. Agarrados al borde de la abertura de la caldera, los niños repitieron la misma maniobra con la tenacidad devota del pescador, mientras el hombre seguía observándolos a través del agujero de la pared.

Se oyeron en un instante docenas de silbatos sobre el puente; parecían apurar a un coche detenido. No era nada fuera de lo común, pero uno de los niños alzó la vista con un gesto casual y se volvió hacia el puente. Ahí lanzó un grito de sorpresa:

—Miren, ¡hay algo extraño!

Había dos niñas que salían del río, trepando por la escalera de piedra, anexa al muelle.

Las dos estaban empapadas; desde las cabezas y las orejas hasta las faldas les escurrían chorritos de agua. Una arrastraba, además, una larga soga de cáñamo de manila, que también despedía borbotones.

A juzgar por los ojos grandes, muy abiertos, y la forma de las narices, se podía suponer que eran hermanas, pero distaban mucho una de la otra en lo que se refería a

los gestos. La que arrastraba la soga era la mayor, de alrededor de diez años de edad. A pesar del mechón pegado que cubría buena parte de su frente, la cara se le veía ovalada. Quizá por ello aparentaba ser más pequeña o era su actitud indiferente, que producía la impresión distante, marcada por su gesto de cansancio. La menor, que tendría unos ocho años, vestía una falda gris y una blusa roja. En contraste con la otra, se mostraba inocente a primera vista, pero se le notaba en las comisuras de los labios un rictus horizontal que se podía tomar como una grotesca sonrisa intencional.

Las dos niñas subieron despacio la escalera de piedras, chorreando gruesas gotas de agua. Detrás de la mayor, que arrastraba la soga con un gesto tétrico, la menor erguía la cabeza en diagonal con esa sonrisa extraña en su rostro... Los niños permanecieron mudos con los ojos muy abiertos sin poder comprender lo que sucedía. El hombre también se quedó estupefacto, casi olvidado del dolor de rodillas. El viento que rebotaba con ímpetu dentro de los tres muros hacía flamear las camisas como banderitas, pero los vestidos y los cabellos de las niñas permanecían inmóviles. ¿De dónde, para qué llegaban ahí?

La mayor lanzó un leve suspiro después de mirar a su alrededor como para confirmar alguna sospecha. La menor dirigía su mirada sigilosa hacia los niños, siempre con la misma sonrisa extraña.

—Aquí no hay peligro —balbuceó la mayor.

—Sí —le respondió la menor con voz ronca, poco común para su edad.

Luego, las dos empezaron a estrujar los pliegues de las faldas, adheridos a las caderas planas.

Uno de los niños les preguntó con osadía:

—¿De dónde vienen?

La menor soltó una carcajada mientras que la mayor permanecía callada. Se acercaron a los niños en línea recta y se abrieron paso entre ellos con actitud despreocupada y se sentaron de espaldas al lado oeste de la caldera, contra la superficie quemada por el sol.

—¡Hey! ¡Quítense de ahí!

—¡La estamos usando, oigan!

La mayor se mostró indiferente por completo.

—¿Qué problemas hay?

La menor mantuvo la misma sonrisa extraña sin inmutarse.

—Queremos secar la ropa aquí.

Los niños estaban demasiado asustados para enojarse realmente. Al fin, el mayor se hincó para dirigirles la palabra:

—Entonces, ¡préstanos la soga a cambio!

—¿A cambio de qué?

Ahora todos se precipitaron a hablar al mismo tiempo:

—Es que se cayó un perrito aquí adentro.

—Qué soga tan resistente...

—¡Lo vamos a capturar vivo!

Al asomarse al interior del hueco, la menor reaccionó lanzando un grito jubiloso:

—¡Sí, hay un perro, hermana!

—¡Idiotas!

El hombre quitó el ojo del agujero y se puso de pie, sonándose la nariz con indignación. Empezó a caminar tambaleante con las rodillas dobladas para aguantar el dolor. Luego de atravesar el zaguán, se arrimó a la orilla del río con un gruñido y orinó de pie. Idiotas, esos malvados con huevos inmaduros... que ni alcanzan a mear la mitad de esto... Un barquero con la cabeza rapada alzó los ojos para mirarlo y le tiró una piedra, gritando algo ininteligible. El hombre escupió con indiferencia y siguió orinando.

A la vuelta se detuvo un instante delante de la choza. Justo en la esquina donde se cortaba el muro alguien atisbaba adentro por una hendidura.

El hombre concentró fuerzas en los músculos del cuello y adelantó el labio inferior. Dentro de la boca flotó la dentadura postiza, originándole una extraña sensación de tener tres caras. Se sintió humillado por una causa ignota. Avanzó derecho hacia el desconocido, que se retiró turbado, y le gritó como si se tratara de una persecución:

—¡Hey! ¿Qué haces ahí, hombre?

Pero la reacción del otro resultó completamente inesperada; en realidad, no se había turbado por recelo. Con un gesto suplicante se colocó el dedo medio de la mano derecha —el índice había sido arrancado desde la raíz— sobre los labios y la sacudió a diestra y siniestra con énfasis delante de la cara. Ahora era el hombre el que parecía más turbado.

—¿Quién eres?...

—¿Eres de aquí?

—¿Y qué?

—¿No conoces algo así como una entrada al interior? —El desconocido frunció los labios y tosió desanimado, bajando los ojos turbios hacia los pies—. Es que, mira, son mis hijas...

—¿Tus hijas?... ¡Imposible!

—Sí es posible... Mira por aquí... Mira... Esos niños malvados...

—Te advierto que está prohibido entrar aquí...

—Espera, te estoy diciendo que mires por aquí.

—¡¿Te atreves a ordenarme?!

—¿Ordenarte?

—Ya te he dicho que está prohibido entrar aquí.

—Qué hombre tan terco... Mira, y ahí verás... Niños malvados... Ahora mismo me las tengo que llevar... Por favor, ayúdame, hombre...

Al otear al desconocido, que refunfuñaba sin quitarse de la rendija del muro, el

hombre sintió que la repugnancia original iba siendo reemplazada por una misteriosa superioridad. La cabeza le apeataba, llena de mugre... La cara hinchada que rezumaría heces al ser aplastada... A pesar de que no parecía tan viejo con esos dedos cuadrados, provistos de cierta habilidad, se notaba consumido por el alcohol...

De repente el desconocido gritó; mientras gritaba, repetía con insistencia el mismo ademán de perforar el muro con la punta del dedo. El hombre acudió a otra rendija cercana para pegar el ojo.

No fue capaz de entender la escena en el acto. Arrastraban al perro encima del tambor. De seguro lo habían sacado de la caldera mientras él orinaba. A los lados del tambor las dos niñas se encontraban frente a frente. A cierta distancia las rodeaban los niños. Fue todo lo que vio y no encontró nada que mereciera tanto escándalo.

La mayor apuró a la menor con palabras ininteligibles. Cuando se preparó la menor, al hombre se le aclaró todo: las manos de las niñas apretaban la soga en el cuello del perro. De las manos de la mayor se extendía la soga hasta las manos de la menor, luego de dar una vuelta alrededor del cuello del perro. A la señal de la mayor, las dos tiraron al mismo tiempo en direcciones opuestas. Atormentado por la asfixia, el perro retrocedió en busca de auxilio, sacudiendo la cabeza a un lado y al otro. No logró zafarse, pero tampoco alcanzaron a asestarle un golpe mortal; el desequilibrio de fuerzas entre las dos niñas hacía que la soga siempre se deslizara hacia el lado de la mayor, antes de que lo llegasen a estrangular.

Petrificados como sapos muertos, los niños no se atrevían siquiera a ofrecerles ayuda. La mayor recogió el perro inerte para abrazarlo contra su pecho e inclinó la cabeza.

—¡Qué horror!

—¿Ves? ¡Qué niños tan terribles!...

Pronto comenzó algo peor; luego de entregar el perro a su hermana, la niña sujetó el cabo de la soga a un tubo grueso que se elevaba hacia el cielo en forma de “L” desde el costado del tambor; otra vez sobre la caldera, enrolló el cuello del perro con una vuelta. Juntas estaban a punto de tirar de la soga en la misma dirección.

—¡Qué horror, de verdad!

—Y son mis hijas...

—Ya lo matarán en un instante.

—Por favor, hombre, te lo suplico...

—Bien, haré una excepción entonces...

—Te lo agradezco.

El viejo vigilante entró a la choza para sacar la llave; desde luego no lo hacía ni por compasión ni por deferencia. Tuvo que disimular la aceleración de los pies con los temblores de las rodillas a fin de que el otro no sospechara ni una ni otra.

—Espera ahí un segundo...

Aprovechando el momento de encontrarse en la choza, atisbó por el agujero.

Parecía que las niñas ya habían logrado su objetivo; los niños, preocupados, se encontraban en rueda alrededor del pequeño animal inmóvil, que sangraba por los ojos.

Al detenerse frente a la puerta que conducía al interior, el viejo vigilante se dio cuenta de que el desconocido estaba pálido, con los ojos inflamados que resaltaban un halo negro en las orillas de los párpados. Conteniendo las ganas de echarse a reír, el viejo le habló:

—Anda, con ánimo pues.

—Esos malvados...

Cuando se abrió la puerta, los niños se volvieron a un tiempo. El perro, muerto, colgaba por el cuello, tenía la soga amarrada al tubo. Parecía no estar muerto del todo; las patas traseras, estiradas hacia el vacío, palpitaban sin fuerza de cuando en cuando...

Con las manos enlazadas, el desconocido se acercó lentamente a las niñas. Mientras avanzaba con pasos amenazantes, les habló en un susurro acariciador:

—Anda, Yoshiko... mi hija... vamos a casa, ¿me oyes?...

La menor se dirigió a su hermana con una sonrisa maliciosa. La mayor posó la mano sobre el brazo de la menor y retrocedió con celeridad, apartándola a una distancia segura. El padre intentó seguirlas a la misma velocidad, pero el terreno resultó tan dificultoso que tuvo que dar un rodeo.

—Dejen de ser necias... por favor, háganle caso a su padre...

—Yo no quiero morir. ¿Verdad, hermana? —La menor, esquiva, buscó el apoyo de su hermana.

—¡Tonta! ¿Para qué gritas? ¡Sinvergüenza!

Mientras las hijas se alejaban tres pasos, el padre tenía que avanzar seis; si eran seis, tenía que dar doce.

—¡Si tanto quieres morir, muérete tú solo!

—¡Qué idiotez! Ustedes no saben nada. Yo sí sé todo porque he vivido casi cinco veces más que ustedes.

—¡No quiero sufrir!

—¡No van a sufrir nada!

—El perro también sufrió, ¿verdad, hermana?

—Se trata de un sufrimiento efímero, que no dura nada... A cambio, mientras vivan, tendrán que sufrir toda la vida, ¡entiendan!

—¡Muérete tú solo!

—¡Deja de decir estupideces! ¿Cómo podría dejarlas abandonadas?... ¿Morir yo solo?... ¡Jamás sería capaz de semejante insolencia!... Anden, se lo suplico... háganme caso para tranquilizarme...

Parecía no alcanzarlas nunca. El perro seguía con las patas crispadas en la punta de la soga. El desconocido volteó hacia la puerta, como en busca de socorro, y escudriñó a los niños, que huyeron apresurados hacia el muro y desaparecieron uno

tras otro.

—Bueno, me rindo... —dijo el padre, despojado del ánimo para perseguir a sus hijas, y permaneció de pie con los brazos hundidos entre las chatarras—. Sigán portándose así para torturarme... Al fin y al cabo, no podré morir mientras ustedes sigan con vida... ¡Qué falta de consideración!... ¡Díganme cómo vamos a conseguir el alimento de esta noche!

—Tengo cien yenes —dijo la mayor con desgano.

—¿Cien yenes?!

—Me los dio un señor fulano.

—A ver, ¡muéstramelos! —dijo con voz exaltada.

—No te preocupes. Voy a comprar algo antes de regresar a casa.

—Bueno...

El padre, turbado, esquivó la mirada de la hija mayor y la mantuvo durante un buen rato flotando sobre los pies. De repente se quitó los zapatos. Mientras les extendía los zapatos a las niñas, dijo en tono apremiante:

—Bien, te los vendo por cien yenes... Es que, miren, el viento de hoy... ¿Sienten? El viento sureño que viene aplastante...

—No sirve de nada para la carrera de lanchas...

—Espera... Un día con este viento es especial... Sé que puede suceder algo inesperado...

—Esos zapatos están desfondados...

—Tonta. Por eso te estoy diciendo que te los vendo por cien yenes... Con las suelas firmes me los comprarían por más de trescientos yenes en cualquier tienda de segunda mano... Anda, dame los cien yenes... Apúrate, que pronto se acaba la última carrera.

—¿Prometes que no vas a morir si te compro los zapatos?

—¿Todavía no me entiendes? ¡Te estoy diciendo que no voy a morir mientras ustedes estén vivas!

Al recibir la moneda de cien yenes a cambio de los zapatos, el desconocido ya no volvió a la puerta y salió reptando a la fuerza por uno de los huecos por los cuales se habían fugado los niños. A la vez se oyeron pasos trepidantes fuera de los muros, que se dispersaron en una carrera ciega; los niños habían estado espiando a través de los resquicios sin resignarse a la retirada.

La hermana mayor puso cuidadosamente los zapatos sobre el suelo. La menor les dio un leve puntapié con una sonrisa irónica. Juntas desamarraron la soga del tubo y bajaron al perro, que había dejado de moverse por completo. La mayor arrojó el cadáver al río.

El vigilante cerró los ojos gruñendo. En la retina aparecieron dos sombras blancas tambaleantes. Ya no soportaba estar encerrado más tiempo detrás del agujero. Irrumpió en el depósito de chatarras arrastrando los pies y cerró la puerta a su

espalda.

—Vean, chicas, ¿quieren cien yenes? —lo dijo en un tono destemplado, mientras se le erizaban las venas capilares a los lados de la nariz. Casi se le quebró la voz con un ataque de tos—. Su padre es un... un vago insalvable... Será el primer hombre que cruza descalzo la gran vía para llegar al canal de las lanchas... A ver, ¿quieren cien yenes?

Las chicas permanecieron de pie, de espaldas al río, empequeñecidas y ensimismadas.

—¿Qué les pasa? Les estoy preguntando si quieren cien yenes... No se preocupen por un hombre tan degenerado... ¿Viento sureño? Qué risa... No le va a salir nada... ¿no creen? Pero, tú, niña, ¿por qué sonríes de una manera tan grotesca todo el tiempo?

El labio inferior de la menor se ensanchó aún más... un gesto que no podía ser sino una sonrisa... y de los ojos desbordaron grandes gotas de lágrimas, fluían a borbotones sin producir el menor gesto en el semblante.

—¡No estoy sonriendo! —dijo entre sollozos y empezó a dar pasos hacia el centro del depósito—. ¡Así es mi cara por naturaleza!

Dejando atrás al hombre aturdido, la mayor también se puso en marcha. La menor recogió los zapatos mientras la mayor tomaba la soga, y juntas atravesaron el montículo entre pedazos de fierro con la firme decisión de abandonar el lugar.

—¡Esperen, chicas! ¿No quieren cien yenes?... Dejen tranquilo al padre vago, que no va a aguantar mucho...

—Pero puede que papá gane algo...

—Mira, ¡cien yenes!... ¡Para cada una!... ¡Doscientos yenes en total!

La menor se detuvo abruptamente delante de la caldera. Pegó el oído a uno de los agujeros y lanzó un grito de sorpresa:

—¡Hermana, se oye el mar!

La mayor también detuvo los pies.

—Se oye el viento, querrás decir.

—No, en absoluto, ¡es el mar! Mira, ven, ¡es el mar! ¡Se ve el mar!

La mayor imitó a su hermana. En ese momento el vigilante las alcanzó sin pérdida de tiempo y agarró por la muñeca a la mayor para dejar la moneda de cien yenes en su mano.

—¡Aquí tienes los cien yenes!

Sin embargo, la niña escrutaba por el agujero con tanto entusiasmo que ni siquiera resistió la fuerza del vigilante. ¿Por qué estarían tan abstraídas? La curiosidad lo empujó hacia uno de los agujeros.

En el interior del tambor cruzaban en diagonal algunos rayos claros, y se veía en el fondo un bloque negro que temblaba sin cesar. ¿Qué sería? Cuando quiso enfocarlo bien, creyó ver el mar. No, imposible... El hombre, todavía incrédulo, cerró una vez los ojos y los abrió de nuevo para observarlo mejor... ¡Sí, era el mar!... ¡No podía ser

otra cosa!... Se convenció, era imposible verlo de otra manera... Del valle profundo, cortado limpiamente, subía una vertiente cada vez más empinada, y al quebrarse abría una vista panorámica que permitía observar el mar a lo ancho hasta el horizonte.

—Un barco... —murmuró la mayor al oído del vigilante, que también vio el barco enseguida; era un punto blanco y pequeño que flotaba sobre el horizonte.

—¡El mar está desbordando hacia afuera! —gritó la menor, y el viejo despegó la cara del agujero al percibir lo mismo... Ante sus ojos seguía existiendo el depósito de chatarras, tal como siempre lo había visto hasta entonces.

De repente el viejo sintió un agotamiento insoportable. Apenas se sostenía en pie con las rodillas temblorosas. Ya no le quedaban más fuerzas para llamar a las niñas, que se marchaban con los zapatos viejos y la soga. Solo se angustió por la incertidumbre, pues jamás se convenció del todo de que el rostro de la menor fuera así por naturaleza y que no se tratara de una sonrisa auténtica.

Anocheció. La mayor, que arrastraba la soga, y la menor, que llevaba colgados los zapatos viejos, caminaron despacio entre las casas, alineadas debajo de la gran vía. Era un camino oscuro, sin faroles, lleno de tablas para tapar las cloacas. Más adelante había una barraca desmoronada con una ventana baja, hecha con madera enchapada en lugar de vidrio. Cuando la quitó, se veía todo el interior de la habitación. Luego de confirmar que su padre estaba dormido, avanzaron de puntillas hacia la entrada trasera, de acceso libre, que ni siquiera tenía puerta.

Las hermanas se acercaron con más cautela a la cabecera del lecho, donde dormía su padre. La mayor le pellizó la nariz para verificar que se encontraba profundamente dormido, acto brusco pero necesario para realizar la labor planeada. El padre sacudió molesto la cabeza, pero no alteró en lo más mínimo su respiración acompasada por el sueño profundo.

Primero, había que enrollar el cuello, pero resultaba difícil pasar la soga, hecha flecos en la punta, por el hueco que se hacía entre el cuello y el lecho, era casi como ensartar una aguja delgada con un hilo grueso de algodón. Deberían buscar algún sostén. Vieron el mango de la escoba. Al amarrarle la punta de la soga, lograron pasarla. Le dieron dos vueltas alrededor del cuello.

El resto ya lo habían probado con el perro. Con el cabo atado a una columna, empezaron a tirar juntas de la soga. Sin embargo, la posición de la columna y del cuello no resultó muy apropiada, y tuvieron que arrastrar el lecho para cambiarlo de sitio. Cuando terminaron de fijar de nuevo la soga en la columna, el padre se dio media vuelta de repente; la soga se le aflojó un poco en el cuello, y tuvieron que volver a apretarla. Peor habría sido si se hubiera desplazado hacia el otro lado. No había tiempo que perder. De un aliento las dos vertieron todas sus fuerzas en la soga.

El padre abrió los ojos al instante. Las miró sin poder creer lo que le estaba sucediendo. Trató de decir algo sin lograrlo, con la lengua hinchada que se salía de la boca. Primero arañó en vano el aire con insistencia en busca de la soga, pero pronto se quedó sin fuerza y expiró, después de dar un par de brincos temblorosos.

Terminaron la maniobra con los pulmones desgarrados; se quedaron tan jadeantes que ni podían dirigirse la palabra. Pronto se dieron cuenta de que se asomaba un fajo de billetes de mil yenes y monedas de cien por debajo de la almohada.

Las niñas recogieron las monedas de cien y devolvieron cuidadosamente los zapatos viejos a la cabecera.

La “soga”, junto con el “palo”, es uno de los instrumentos más antiguos del hombre. Ellos fueron amigos inventados por los seres humanos, el “palo” para ahuyentar espacios negativos y la “soga” para atraer espacios positivos. Tanto el uno como la otra se encontraban donde fuera que hubiera humanos.

Hasta hoy día, ellos invaden y habitan en todas las viviendas, como si fueran miembros de la familia.

(1960)

## EL DIABLO

Un día encontré una trampa ratonera al fondo del armario. Aunque no recordaba haberla comprado se me ocurrió probarla, pues se percibía la presencia de roedores desde hacía algunos días; la instalé en un rincón de la habitación con restos de granos de soja fermentada como cebo.

Ese mismo día hubo una presa. Al volver a casa después del trabajo, escuché un chillido en la oscuridad. Cuando prendí la luz, vi que había quedado atrapado un pequeño animal extraño de color verde azul.

Esta no fue toda mi sorpresa; ese animalito, al voltearse para verme, juntó las dos manos como de lagartija y me habló suplicante en un japonés correctísimo, aunque con cierta aspereza:

—¡Sálveme, por favor, se lo ruego, señor! A cambio le voy a satisfacer tres deseos, cualesquiera sean...

—A ver, déjame decirte que estás cayendo en una contradicción —dije simulando serenidad para controlar la excitación—. Si estás dotado de una capacidad tan envidiable, ¿cómo no te has escapado tú solo de la ratonera?

—Es el castigo que me tocó por un descuido. Hasta satisfacerle tres deseos a mi vencedor, no podré recuperar mi infinita capacidad de transfiguración.

Ciertamente era coherente a su manera. Le quité la tapa, porque de todas formas no me importaba que me estafara, y resultó que era honesto de verdad.

—Le agradezco muchísimo —dijo con la cara azul, casi morada—. Adelante, señor, ¿cuáles son sus deseos?

—El tiempo, por ejemplo... ¿Qué te parece?

—¿El tiempo?

—El tiempo es oro, como dicen, y estoy tan ocupado todos los días que casi no me queda tiempo para hacer nada, ¿sabes?

—¿Cuánto quiere?

—Cuanto más, mejor...

—De acuerdo, señor.

Al decirlo, el animal alzó los brazos por encima de la cabeza y acercó lentamente los dedos de las manos. En un instante salió de entre las puntas de los dedos una chispa azul que produjo una descarga eléctrica, y se propagó en toda la habitación un fuerte olor a azufre.

—¡No se mueva! —me advirtió el animal con firmeza al verme asustado—. Usted ya dispone de cien veces más de tiempo.

—¿Cien veces más?

—Es lo máximo que le puedo ofrecer. No es tan insignificante como quizás usted crea, ya que la energía está en proporción con el cuadrado de la velocidad, ¿sabe? Con cien veces más de velocidad, tendrá diez mil veces más de energía. Esto quiere decir que usted ya cuenta con una fuerza casi equivalente a un jet... Chist, ¡no se mueva, hágame caso! Un brinco así de golpe puede ser mortal, pues las piernas se harán añicos al golpear el piso y el cuerpo en reacción saltará al vuelo, quién sabe adónde, y romperá el cielo raso como si fuera un cohete.

—¡Carajo, me tendiste una trampa!

—¿Trampa? ¡Cómo se atreve a decir semejante barbaridad! ¿Acaso no conocía esa famosa fórmula:  $E=1/2 mv^2$ ?

—¡Ni la menor idea!

—¡No se mueva, le estoy diciendo!... Pero qué extraño. Esta fórmula está tan divulgada que hasta sale en cualquier libro didáctico de secundaria.

—¡No sé nada de eso! ¡Basta, qué necio eres! Desembrújame ahora mismo, que no soy ningún maniquí... —grité angustiado sin poder soportar más esa situación.

—¿Me permite tomarlo como el segundo deseo?

—¡Como quieras! ¡Rápido, hombre!

—Está bien —dijo sonándose los dedos—. Relájese, que ya pasó el peligro. Ahora, ¿quiere pasar al último deseo?

Conteniendo las ganas de aplastarlo de un golpe, le repliqué:

—¡Dinero, entonces!

—¿Dinero?

—Ojo por ojo, brutalidad por brutalidad, pues.

—Brutalidad aparte, ¿de veras se conforma con algo tan trivial como el dinero?

—¿Acaso hay otra fórmula inconveniente que te lo impida?

—No, qué va. A mí me da lo mismo si a usted no le importa, señor...

—¡Deja de hacer insinuaciones ambiguas! ¡Dime todo lo que tienes que decir sin dar más rodeos!

—Con mucho gusto se lo digo, si es que lo puedo tomar como el tercer deseo...

Sin atreverme a romper el silencio, permanecí mudo durante más de diez minutos. Me sentí mareado, a punto de desmayarme, y terminé gritando desesperado:

—¡Carajo, cuéntame todo!

—Una cosa muy sencilla... —me contestó el animal con un gesto en su cara tan ingenuo como el de una muñeca de plástico—. Solo quería advertirle que, al hacer tantas compras, no iba a caber todo en esta pequeña habitación, señor.

—¡Maldito diablo!

—¿Diablo? ¡No me insulte, por favor! Soy un extraterrestre auténtico —apenas lo dijo, volteó para hacer una venia de lado—. Hasta aquí la segunda noche de la sección experimental de nuestro curso sobre la psicología terrícola.

Al recorrer la vista, caí en la cuenta de que había otros dos animalitos del mismo tamaño que cargaban una videocámara para filmarme. En el acto les lancé un tintero.

En ese mismo instante se esfumaron tanto la ratonera como los animalitos, dejando tan solo el eco de una risa sonora...

(1963)

## EL CUARTO DE LOS NIÑOS

—Mire por allí... Bueno, hoy no se ve bien... Es que por ahí se ve la punta de la torre de televisión cuando el cielo está despejado.

Un día festivo, o quizá un domingo cualquiera. Un rincón en la zona alegre, cerca de la estación terminal del tren de cercanías, donde hay un bullicio rebotante. En un pequeño restaurante localizado en el último piso del edificio de siete niveles, un hombre y una mujer se sientan cara a cara al lado de la ventana, separados por una mesa trémula. Una copa de helado con frutas almibaradas y chocolate delante de la mujer y una taza de café con un chorrillo de leche delante del hombre. Este sorbe con premura el café antes de exhalar todo el humo del cigarro y se sofoca con una bocanada en la nariz. La mujer, indiferente, apenas lo enfoca al límite de su vista con los ojos alzados. A juzgar por los vestidos de gala que traen puestos, demasiado llamativos, tanto el uno como la otra todavía no han llegado a entablar una estrecha amistad.

El hombre continúa en un tono dificultoso:

—A decir verdad, me gustaría subir un día a la cúspide de la torre para colocar una placa que diga: aquí hay petróleo. ¿Me entiende? Veá, el cielo sucio aumenta cada vez más de peso y ya está aplastando la ciudad entera. Tarde o temprano todo esto se convertirá en un inmenso campo de petróleo. Se supone que el carbón es de origen vegetal mientras que el petróleo proviene de los animales. Mire aquí abajo, que la avenida está llena de futuro petróleo. Es por eso que quiero enseñarles bien las técnicas de explotación petrolera a mis hijos.

Por primera vez se le asoma a la mujer una arruga de sonrisa por los rabillos de los ojos. Sin embargo, frunce la boca para borrar la sonrisa, mientras saca la punta de la lengua y retira de sus labios los restos del helado; luego murmura como si se excusara:

—Mis amigos siempre me han dicho que carezco de sentido del humor, pero encuentro muy graciosa su forma de hablar.

—¿Está resfriada?

El hombre le pregunta entre toses tan apuradas que la mujer también le responde con una pequeña tos, cubriéndose con la mano sin soltar la cuchara. Se oye un sonido al desgarrar la flema, y la mujer recupera la voz normal.

—No. Solo que he fumado demasiado.

—Menos mal. El helado no sería conveniente para alguien resfriado.

En un segundo la mirada de la mujer se posa en las pupilas del hombre y se desplaza lentamente hacia la ventana, dejando atrás un leve temblor.

—De veras no se ve la torre de televisión...

—No. Es por el hollín.

—Qué odioso.

—A ver, yo me pregunto si los seres humanos tenemos derecho a quejarnos del hollín.

—Bueno, tiene razón. —La mujer sonríe por los rabillos de los ojos por segunda vez, pero todavía no se ha relajado del todo—. Quizá somos igual de sucios que el hollín.

El hombre junta las manos al borde de la mesa y se endereza con los hombros un tanto retirados. El cuello descubierto deja ver el rastro de la afeitada, justo encima de la nuez de Adán, parece llamarle la atención a la mujer. Inquieto ante la mirada, el hombre baja los ojos hacia su pecho y retira las manos enlazadas de la mesa para colocarlas sobre la corbata; luego de respirar a todo pulmón, empieza a hablar con un brío renovado:

—Creo que ya deberíamos hablar con más franqueza, porque somos demasiado maduros para avergonzarnos...

—Estoy de acuerdo.

La mujer se relaja y endereza la postura de la cara, mientras desliza los dedos con agilidad a lo largo de las solapas del traje beige. El color rosado claro resalta la belleza de sus uñas grandes, pero el hombre no parece fijarse en ellas.

—Es que los dos sabíamos de antemano que este encuentro iba a ser incómodo.

—¿Cómo se le ocurre hablar así?

—Es decir, hay un hecho evidente de que hoy nos encontramos aquí por medio de las fichas de la agencia matrimonial... pero no creo que sea necesario preocuparse por un hecho tan insignificante...

—A mí no me preocupa nada...

—¿De verdad?

—Mire, sepa bien que solo hemos sido un poco más tímidos e inhábiles, y quizá menos listos que los otros.

—Qué alivio. —El hombre destraba las manos colocadas sobre la corbata y tiente el interior del saco con el pecho inclinado—. En realidad, a mí tampoco me preocupa de ninguna manera. Al contrario, siempre he tenido una confianza absoluta en las fichas con respecto al matrimonio. Creo que se deben eliminar elementos fortuitos como el amor para casarse de la manera más razonable.

—Solo hemos sido inhábiles, me parece.

—Claro, tiene toda la razón. —El hombre se encorva por encima de la mesa para terminar de tomar el café frío que queda en la taza, y enciende el cigarro con precipitación, mientras enrolla la corbata desde la punta con la mano desocupada—. Entonces, me gustaría saber cuanto antes lo que usted piensa de mí...

—¿Lo que pienso de usted?

—Sí, dígame con toda franqueza en caso de que no la convenza, porque a mí no

me molestaría de ninguna manera.

—Bueno... mire... es que me gustaría verlo otras veces en un ambiente más relajado, para saber si...

—¿Por qué? ¿Acaso no ha examinado bien los datos publicados en la ficha?

—Casi me los sé de memoria.

—No hay nada falso ahí.

—Lo sé... pero comprenda que esto no es como un test.

—¿Un test? —El hombre asiente en diagonal con admiración, quitándose la ceniza que le ha caído sobre las rodillas—. Claro, una metáfora interesante, muy apropiada para una maestra. ¿Pero qué se hace ante un hecho tan evidente? Yo seré reprobado si usted me exige algo más que un test, porque soy un asalariado común y corriente. Fuera de lo que puse en la ficha, no va a encontrar nada novedoso en mi vida, por más que explore.

—¿Usted sí es capaz de decidir solo con los datos de la ficha?

—Claro que sí. ¿Quiere que le diga la verdad? Usted no ha defraudado la expectativa que me generó al consultar la ficha.

La mujer, sorprendida, baja los ojos y se muerde el labio inferior. Revela una clarísima turbación en el tono del habla:

—Puede ser una conclusión apresurada. Ni yo misma estoy segura de haberme reflejado con exactitud en la ficha.

—Lo único que yo sé es que usted es una persona necesaria para mí.

—Pero...

—Una persona necesaria, le digo. ¿Qué más quiere?

La mujer contiene un suspiro secreto entre los labios fruncidos y cruza las piernas con el cuerpo apoyado por entero sobre el respaldo de la silla. El cambio de postura parece proveer de humedad a la aparente aridez de su figura.

—Recuerde que somos inhábiles los dos... No podemos estar demasiado prevenidos... ¿No le parece?... Ya veo que usted es muy sencillo y cándido... Es por eso que...

—Qué va —dice el hombre, acercando el fuego al cigarro que ha sacado la mujer—. ¿Usted sabe qué cargo tengo en mi empresa?

—Según la ficha, trabaja en un laboratorio de cosméticos.

—En un laboratorio de mentiras, mejor dicho.

Ahora la mujer se ríe de verdad. Y fuma el cigarro con elegancia.

—Me es imposible desconfiar de un hombre que me inculca el sentido del humor, ¿sabe?

El hombre apaga el cigarro con la cabeza ladeada y alza los ojos para escudriñar el rostro de la mujer.

—¿Usted sabe cómo se define el cosmético? Un objeto que embellece la piel femenina, dirán los publicistas. Sin embargo, los técnicos como nosotros lo vemos de una manera inversa: el cosmético es un objeto de aceite o plástico, fácil de producir

en masa a bajo costo, que no causa ninguna inflamación notoria por más que se aplique a la piel.

—Qué cuento tan terrible.

—¿Le parece?

—Quizá sea como usted dice... —La mujer saca un poco de helado derretido con la cuchara para verterlo en el cenicero, que aún tiene colillas humeantes—. Pero igual no deja de ser desagradable.

—A mí no me desagrada. Me dedico a los experimentos sin sentir remordimiento. De la misma manera, no me quejo del hollín. ¿Cree que soy cándido?... Le aclaro de una buena vez para evitar una mala interpretación que vivo sumergido en las mentiras a sabiendas de que son mentiras.

—Usted es demasiado delicado...

—¿Delicado, yo? No sabe que he matado gente.

—¿Ha matado gente?

—Dieciocho hombres hasta donde recuerdo. Y nunca he tenido una noche de insomnio.

Con los ojos entrecerrados, la mujer retiene en un instante el humo del cigarro en los pulmones y lo despide hacia el cielo raso.

—¿O sea que estoy siendo cortejada por uno de esos *tough guy* que salen en revistas amarillistas?

—Lamento decirle que no fui sino un soldado ordinario.

—Ah, fue en la guerra...

—¿Le parece lógico matar gente en la guerra?

—En la guerra matar sería una defensa legal.

—En tiempos de paz es válida la idea de defensa excesiva para controlar la calidad de la defensa, pero resulta que en el campo de batalla la ofensiva es la mejor defensa. Esto quiere decir que la guerra no es sino la sucesión interminable de defensas excesivas en público.

—Mi intención no consiste en aprobar la guerra, sépalo bien.

—¿Y por qué no? Yo no estoy en contra de la guerra. Es cierto que he matado, pero tan solo a dieciocho hombres. Por fortuna, buena o mala, no sé, fui un infante mediocre con muy mala puntería. Pero mire ahí abajo: puede haber entre ellos varios expilotos o exartilleros que hicieron su labor con mucha más eficacia. O quizá sean hijos de los soldados exitosos. ¿Cuál de esos hombres tendría derecho a reprocharme?

—Ninguno, desde luego. Es demasiado obvio.

—Por la misma razón, yo tampoco los reprocho.

—Claro. Ya estoy entendiendo. Ya veo por qué usted ha vivido soltero durante tanto tiempo.

—Preferiría que comprendiera por qué quiero dejar de ser soltero.

—Me gustaría comprenderlo, pero...

—Le estoy diciendo que usted es una persona necesaria para mí.

—Comprenda que no soy tan presumida.

—Ya lo veo...

—Déjeme reiterar que somos inhábiles. Ya sé que usted es una persona muy atenta y simpática... Pero me gustaría que aclarara más en concreto por qué dice que me necesita... ¿Me entiende?... Los dos ya somos maduros con una personalidad bien formada...

—Cómo no. Sepa que no recurrí a la ficha por un capricho momentáneo. Estoy hablando en concreto, tan concreto como esta mesa o este cenicero.

—Le agradezco la atención... Pero, vea, tengo la barbilla tan cuadrada como de hombre, las orejas sin gracia alguna y los labios maliciosos...

—Pero está segura de su vocación para educar a los niños, ¿no es cierto?

—Por cierto, me parece que usted tiene mucho de niño. —La mujer, que suelta una pequeña risa sin querer, no parece aburrída de esta larga y laberíntica conversación—. Pero hay una gran diferencia entre niños y adultos aññados.

—Estoy hablando de niños reales. ¿Usted no se siente obligada a rescatar a los niños de este hollín que está convirtiendo el mundo entero en un campo de petróleo?

La mujer mueve el cuerpo en diagonal e invierte la posición de las piernas cruzadas para mantenerlas más altas, pose que ha de ser como un remate elegante.

—Me parece que usted tiene vocación de religioso. Yo, que soy atea, me inclino a creer en el refrán que dice: quien bien te quiere, te hará llorar. Desde el punto de vista pedagógico, no es aceptable considerar la educación como un cultivo puro. En fin, prefiero ser egoísta en lo que se refiere al matrimonio.

—¿Me está diciendo que exponga a mis hijos al peligro de una epidemia?

—¿Sus hijos, dice?

—Claro, mis hijos. No soy tan filantrópico como para interesarme en hijos ajenos en el momento de proponerle matrimonio.

—Me parece que se está adelantando demasiado...

El debilitamiento del tono hacia el final de la frase parece ser un indicio de la timidez femenina. El hombre lo detecta sin pérdida de tiempo y trata de reforzar el tono de su habla como si se empeñara en ocultar su turbación interior.

—No, no me entendió. Me refiero a mis propios hijos, ya existentes.

El semblante de la mujer adquiere de repente un tono de pez muerto.

—Qué extraño. Según la ficha, usted no tiene hijos.

—Ah, la ficha... —El hombre se lame los labios, bajando la mirada a la taza vacía—. Sí, tiene razón, ahí en la ficha...

—¿Puso mentiras?

—No precisamente...

—Bueno, no serviría de nada escribir una mentira tan fácil de descubrir...

—No sé cómo decir... Es que no son mis hijos propiamente dichos... al menos no como los que podrían figurar en la ficha...

—¿Hijos clandestinos?

—Hasta cierto punto...

—O sea que todavía no los ha reconocido. ¿Son hijos naturales entonces?

—No se trata de un asunto tan sencillo como de hijos no reconocidos; le suplico que me comprenda.

—Temo no comprenderlo.

—Son hijos que no existen en el sentido estricto de la palabra y que tampoco pueden aspirar a una existencia real...

Con la mirada fija sobre el rostro del hombre, la mujer sacude la cabeza con un movimiento rápido y casi imperceptible, mientras hace un ademán de asentirse a sí misma, con una sonrisa traviesa que se asoma por entre sus labios abiertos.

—Ya lo entiendo... Ya sé lo que quiere decir.

—¿Cómo me entiende?

—Bueno... Ha de ser como un sueño.

—Puede ser, pero se trata de un sueño vivo, que respira aire y mueve extremidades.

—Me encanta su forma de hablar...

—Déjeme insistir en que son hijos reales y vivos. Desde el punto de vista biológico son hijos de hombres existentes. Le ruego que me crea, por lo que más quiera...

—¿Dónde viven?

—En mi casa, por supuesto. En el sótano, que está completamente equipado para que no haya ninguna incomodidad... Es un espacio ideal para vivir, con la excepción de que está aislado por completo del mundo exterior.

—Qué interesante... Siga, por favor...

—No estamos practicando juegos verbales, ¿sabe?

—Yo hablo en serio.

—Son dos niños, el mayor de trece años, el menor de nueve recién cumplidos... Pero dígame una cosa, ¿usted tendrá siquiera un mínimo interés en tutelar a mis hijos? ¿Puedo esperar que haya posibilidades de que usted me ayude?

—Cómo no, si usted me asegura que me necesita de verdad.

—Entonces, permítame una pregunta: si usted se pusiera en mi lugar... No, mejor no, no tiene sentido esta clase de preguntas hipotéticas...

—Tengo una tía, pariente lejana de otro linaje, que cuidaba gatos parecidos, ¿sabe?

—¿Gatos?

—Treinta en total a través de cuatro generaciones. Y nadie los veía.

—¿Usted me encuentra tan chiflado como esa tía, entonces?

—Mi tía no estaba chiflada de ninguna manera. Todos los días una pescadería le suministraba el alimento para treinta gatos. Los gatos sí existían; yo nunca lo dudé. Es facilísimo creer en la existencia de treinta gatos para satisfacer la necesidad de alguien.

—¿No ve que usted es una persona necesaria para mí? Ahora sí le puedo preguntar: ¿qué cielo prepararía para mis hijos en lugar de esta ventana cubierta por el hollín?

—Un cielo azul reverberante de verano, al lado de la playa.

—¿Por qué?

—Bueno, puede ser de otoño. El clima es más moderado y se dan frutos para la cosecha...

—Usted no es muy realista.

—¿Le parece?

—Los dos niños tendrán que sobrevivir a solas en la Tierra devastada. No estarán en condiciones de escoger estaciones. Hay que entrenarlos con severidad para que puedan superar cualquier dificultad.

—¿Hasta el hollín?

—No, el hollín y los seres humanos pronto se atacarán entre sí para extinguirse por completo. Por un motivo económico, primero les preparé el cielo del desierto.

—El desierto es demasiado duro para los niños.

—Claro, por eso les brindé un oasis en la cercanía. ¿Y qué cree que les sucedió?

—Ni idea.

—Los dos se capacitaron para detectar la ubicación de agua solo con el olfato.

—Muy interesante. ¿No quiere que pidamos otro té?

—¿Qué le parece si vamos a mi casa? Desde luego allí tengo té, y así tendrá oportunidad de conocer a mis hijos antes de llegar a una conclusión...

—¿En su casa puedo ver el cielo del desierto?

—No, ya liquidé el desierto. Ahora los niños viven en la jungla del tercer periodo interglaciar. Tiene un ambiente semejante a la época moderna en la medida en que se observa tanta variedad de fauna, incluyendo dinosaurios de diferentes tamaños, que luego se convertirán en carbón y petróleo.

—Así los niños solo terminarían llegando adonde estamos ahora, puesto que nuestros ancestros también sobrevivieron al mismo periodo de los dinosaurios...

—No, nada que ver, porque mis hijos están dotados de conocimiento y tecnología, ausentes en la época antigua. Además, con los aportes sistemáticos que usted les ofrezca a través del entrenamiento, tendrán una formación completamente distinta.

—¿Qué les ha enseñado sobre la modernidad del mundo real?

—Qué va. No hace falta inculcarles semejante barbaridad.

—Pero no será posible mantenerlos en un aislamiento total para siempre. Se escuchan bocinas de los coches desde el exterior; también los pueden sorprender las visitas inesperadas...

—Es un sótano con insonorización completa. Solo en una ocasión me vi en un apuro cuando hubo goteras en los tubos empotrados en la pared de concreto. El sótano se inundaba y para llamar un plomero no tuve más remedio que esconder a los

niños en una caja del rincón. Sin embargo, los niños atisbaron por una rendija de la caja y observaron al plomero mientras hacía la obra. Se armó un lío. No supe cómo explicarles...

—Pero deben saber algo sobre los hombres, ya que conocen a su propio padre. ¿Cómo es posible que la llegada del plomero los tomara por sorpresa?

—Es que les había dicho que no había otros seres humanos en el mundo, salvo nosotros tres.

—O sea que les tuvo que corregir la historia entera cuando vieron al plomero.

—Yo les dije: tengan cuidado, que ese hombre ha de ser un monstruo disfrazado para hacerse pasar por su padre...

—Tal como sucede en “Caperucita roja”.

—Exacto. De ahí en adelante, ha aparecido un monstruo tras otro... Fíjese que es muy conveniente... Antes había sufrido un terrible problema al no poder ofrecerles comida procesada, pero ahora que ya existen monstruos en el mundo, puede llegar cualquiera disfrazado para proveerlos de salchichas o fideos...

La mujer suelta las piernas y con una sonrisa coloca las manos juntas encima de las rodillas. Una figura muy femenina sin la rigidez anterior; las curvas ondulantes y profundas desde el cuello hasta los hombros parecen infundirle confianza en sí misma.

—Vamos, entonces, a ver cómo se encuentran los niños... No solo les hará falta educación, sino un poco de entretenimiento con juegos pueriles.

—A propósito, ¿cómo ve a la gente que pasa aquí abajo? ¿Todavía le parecen seres humanos?

—No, ya los veo como monstruos... no, son yacimientos petrolíferos... Y estamos en medio de las matas de helechos, en un bosque salvaje del periodo carbónico...

Los dos se levantan al mismo tiempo, como si hubiera un previo acuerdo, y el hombre paga la cuenta. En el ascensor la mujer compara sus hombros con los del hombre, que llegan casi a la misma altura, y alza los ojos para mirarlo con una sonrisa tenue. En lugar de devolverle la sonrisa, el hombre cierra los ojos con fuerza y sujeta el brazo de la mujer por encima del vestido. Ambos salen al ambiente de hollín. En sus espaldas se ven grabadas arrugas de forma idéntica, como si se tratara de una pareja que ha vivido muchos años en estado de dependencia mutua, apoyándose en un solo sostén.

Al bajar en la cuarta estación de una línea de tren de cercanías, toman un taxi para viajar un par de minutos más. La ruta ordinaria se realiza en autobús, pero hoy se permite un pequeño lujo. La residencia del hombre no deja de ser una casa normal, ubicada en una de esas vecindades prefabricadas, típicas en las poblaciones de las afueras, que se dividen en partes iguales en forma rectangular. Se parece tanto a otras casas de la zona que solo se distingue por el color del techo. En efecto, hay algunas

que tienen techo de acero pintado de verde con conductos del mismo color. De momento la mujer no la encuentra diferente a una casa común y corriente, y no le interesa saber nada más sobre la residencia del hombre.

Luego se sientan frente a la mesa, cara a cara de nuevo, para tomar el té. Ahora la mesa tiene una forma distinta, pero es igual de trémula, a tal grado que la mujer tiene que insertar la cajetilla de cigarrillos doblada debajo de una de las patas.

—¿Qué estarán haciendo los niños ahora?

—A estas horas... —dice el hombre, ladeando la cabeza para mirar el reloj de pulsera—. Claro, estarán arreglando sus instrumentos de caza.

La mujer suelta una risa susurrante, apoyándose con más peso sobre el respaldo de la silla, y levanta un brazo para alisarse el cabello con la mano. Luego empieza a hablar con un gesto de sorpresa ante lo vacío del espacio:

—Ya veo que usted sí lleva una vida de soltero.

El hombre le sostiene la mirada con ojos escrutadores y trata de ocultarle la sorpresa con una calidez acariciadora.

—Los niños nunca fallan en la caza. Mire, le digo una cosa con toda sinceridad: ya no quiero volver a llenar la solicitud de la agencia matrimonial.

—¿Qué tan grande es la presa de hoy?

—Los dinosaurios siempre son grandes.

—¿No hay temor de que aparezcan dinosaurios disfrazados?

—Ya les he hablado de usted.

—Procuraré ser comprensiva.

Al decirlo, la mujer levanta la taza de té a la altura de los ojos en simulacro de brindis como si agarrara una jarra de cerveza, y el hombre le responde con el mismo gesto; sin embargo, se nota un desequilibrio ambiguo en sus comportamientos, quizá porque los dos son conscientes de que ya están demasiado maduros para ponerse eufóricos de esa manera.

—Le advierto que mis hijos son bastante inestables emocionalmente...

—Me imagino —dice la mujer con afán, en un tono de excusa—. He venido por curiosidad, pero no me quedará mucho tiempo... Desde luego, vamos por etapas, sin prisa... Sé muy bien que hace falta paciencia para comprender a los niños...

—No se preocupe. Yo les voy a preguntar directamente, porque quizá la quieran conocer de una vez. Así los podrá ver hoy mismo.

—Claro, cómo no. —La mujer se sonroja con los ojos humedecidos—. Vaya y pregunte entonces. Les prepararé comida si tienen hambre.

—Creo que todavía es temprano para cenar.

—Bueno, pregúnteles qué necesitan.

La mujer se sonroja aún más, pero el hombre no se da cuenta y dice sorbiendo con ruido el té:

—Sí, voy ahora mismo... en cuanto termine este té...

Y los dos permanecen abstraídos en el té como si fueran dos pájaros que picotean

granos.

El hombre se levanta de repente, enjugándose la boca con el dorso de la mano. La mujer también se pone en pie con el rostro tan luminoso que casi enceguece. El hombre se adelanta y la mujer lo sigue.

—Aquí es la cocina.

—Sí, lo veo.

—Enfrente está el baño.

Cuando el hombre abre la puerta, se ve el cuarto de baño con toda la superficie cubierta de azulejos; el hombre entra sin titubear y la mujer se siente forzada a hacer lo mismo.

La mujer se detiene asustada. Con toda razón: a la bañera rectangular le falta el piso de azulejos y de ahí se baja hacia el fondo mediante una escalera empinada y estrecha, armada con madera áspera por unas manos inexpertas.

La mujer sonríe para disimular la turbación interior en espera de una reacción natural del hombre. Sin embargo, él no se muestra sonriente. Bueno, el efecto de una broma seria aumenta cuando la emiten con cara seria...

—Prenda la luz y cierre la puerta, por favor.

La mujer obedece; al momento siente una presión asfixiante en los oídos; no, no es la presión, sino el silencio. Cae en la cuenta de que el marco de la puerta está forrado de fieltro grueso y que la claraboya para echar el vapor también está cubierta por algún material parecido al alquitrán, y no hay ni un resquicio siquiera.

—Aquí abajo queda el cuarto de los niños.

Si la mujer no huye espantada en ese mismo instante, habrá de ser por la extraña entonación con que el hombre dice: “El cuarto de los niños”... ese tono un tanto misterioso, divertido, despreocupado y casi jactancioso... A lo mejor no hay nada que temer... En cualquier hogar puede haber escondido un cuarto secreto para los niños. Quizá ella es la única que no sabe que esa es la forma original del cuarto de los niños...

La mujer baja primero hasta la mitad de la escalera, y el hombre le extiende la mano con tal determinación que ella no vacila ni un instante.

—Adelante, cuidado con la cabeza.

Al pie de la escalera hay otra puerta forrada por completo de fieltro, tan voluminoso como un abrigo de piel, con una tranca gigantesca que sirve también de agarradero. Después de quitarla, el hombre empuja la puerta.

Lo primero que irrumpe en los ojos de la mujer es la onda de color verde oscuro... un objeto tembloroso con rayas verde oscuro y claro. Y se oye el sonido grave como el de un poste eléctrico cuando es arrastrado en la playa.

—Es la jungla del periodo carbónico —dice el hombre con jactancia.

¿El sonido vendrá de los dinosaurios que andan reptando?

—Parece muy amplio.

—Es tan solo un laberinto creado por el efecto de pantallas semitransparentes,

combinadas con la luz negra. No es que sea amplio de verdad.

—Ya veo que son bosquecillos de helechos auténticos.

—Más allá hay un pantano. ¿Alcanza a ver los reflejos en el agua?

—Se siente un bochorno aquí...

—He invertido la mayor parte de mis ingresos en este cuarto... Venga, vamos a explorar un poco.

De repente se oye el rugido feroz de algún animal salvaje.

—¿Qué será?

—Argosauro, una especie de dinosaurio carnívoro.

—Pero... ¿cómo?...

—Es una grabadora. Bueno, quién sabe cómo gruñirían los dinosaurios en realidad. Entre los reptiles, se ha conservado hasta hoy día una especie conocida como lagartija cantante, que emite sonidos neutros en lugar de esos rugidos bestiales; creo que se asemeja más bien a las ranas. Pero lo que importa no es el hecho, sino el efecto didáctico. Sea en el cine o en la televisión, los monstruos gruñen con mayor volumen cuanto más grande sea su tamaño. La voz de ahora también la grabé de un animé de televisión... Cuidado, que ahí no hay paso. Ese caminito es una ilusión proyectada en la pared... Venga por acá...

—¿Y los niños?

—Pronto aparecerán para hacerle travesuras. Ya se han acostumbrado a sorprender a los seres desconocidos.

—Bueno...

Justo en el momento en que la mujer cabecea tragándose la saliva, se mueven los helechos verrugosos que le tapan la vista por el hombro izquierdo, y el cielo gris azulado se ve despejado en diagonal sobre su cabeza; ahí van flotando, por algún truco desconocido, los dos niños, que la otean con curiosidad.

Uno de ellos —quizá el mayor— apunta a la mujer con una flecha puesta en el arco. Al lado queda el otro, que le extiende a su hermano flechas de repuesto con una rodilla alzada, masticando un chicle. Los dos son de tez blanca... mejor dicho, de piel sin color, semitransparente... con las cabezas que parecen arrugadas debido al escaso cabello, hecho con estopa de algodón.

Antes de que el hombre, turbado, alcance a gritar palabras ininteligibles, el niño dispara la primera flecha, que vuela rozando el cuello de la mujer con la resonancia aguda de un látigo. La mujer, que la ha esquivado por instinto, percibe el impacto inmisericorde de la fuerza destructora, casi inimaginable para un arco tan menudo, cuando la flecha rebota contra la pared de concreto simulado.

La mujer huye de prisa entre los pliegues de rayas verdes sin hacer caso al hombre, que grita desesperado a su espalda:

—¿Qué pasa, niños? ¿Qué están haciendo?

—Es un monstruo.

—No, niños, es su madre, que vino a enseñarles matemática.

—No es cierto. Es un monstruo.

La mujer cierra la puerta, plegándola como si fuera un abrigo de piel, y sube la escalera velozmente para salirse a rastras de la bañera; siente que se le rasga la ropa interior mientras se dispara a ciegas en busca de la salida a la calle. Cuando está afuera, deja de sentir la urgencia de correr; ya no hay temor de que la persigan los niños semitransparentes con el arco y la flecha en sus manos. Desde el comienzo, no fue ni miedo ni terror ante el peligro lo que la hizo correr. Camina derecho a la estación sin fijarse siquiera en las tres cabinas telefónicas que hay en el trayecto.

El tren de cercanías, en el cual la mujer viaja de regreso a casa, sigue avanzando hacia el centro de la ciudad, hundido bajo la capa de hollín acumulado. A pesar de que hay asientos vacíos, permanece de pie con la mano en una argolla, abstraída en el paisaje que se renueva cada segundo como si fueran periódicos que salen unos tras otros de la rotativa. Su propio rostro reflejado en el vidrio se sobrepone al flujo del paisaje. Esa cara asustadiza con los labios apretados hace un movimiento nervioso cuando el edificio de la escuela primaria cruza a alta velocidad delante de sus ojos. Ve en ese instante que hay niños dispersos, pocos por ser domingo o día feriado, que se entretienen, cada quien a su manera, en los rincones de la cancha. Luego la mujer alza los ojos; observa con indiferencia y pereza el cielo gris que ha perdido altura. Su corazón ha recobrado el ritmo normal. Aprieta más los labios; es lo único que puede hacer por ahora. Mañana será un día como cualquiera, al menos tan ordinario como hoy, con tal de que no abra la boca; aun cuando este cielo sea un paisaje falso, pintado por alguien, así como sucede en ese cuarto de los niños...

(1968)



KOBO ABE nació en Tokio en 1924 y falleció en la misma ciudad en 1993. Heredero de Junichiro Tanizaki, Ryunosuke Akutagawa y Osamu Dazai, es uno de los autores clásicos de la literatura japonesa del siglo xx. Cursó Medicina en la antigua Universidad Imperial de Tokio pero nunca llegó a ejercer la profesión. En su juventud acogió los postulados del marxismo y militó en el Partido Comunista Japonés, del cual fue expulsado por sus diferencias respecto de la libertad de creación y los derechos humanos en el entorno soviético. Es autor de las novelas *La mujer de la arena* (1962), *El rostro ajeno* (1964) —ambas premiadas y llevadas al cine— e *Idéntico al ser humano* (1967), además de numerosos relatos.